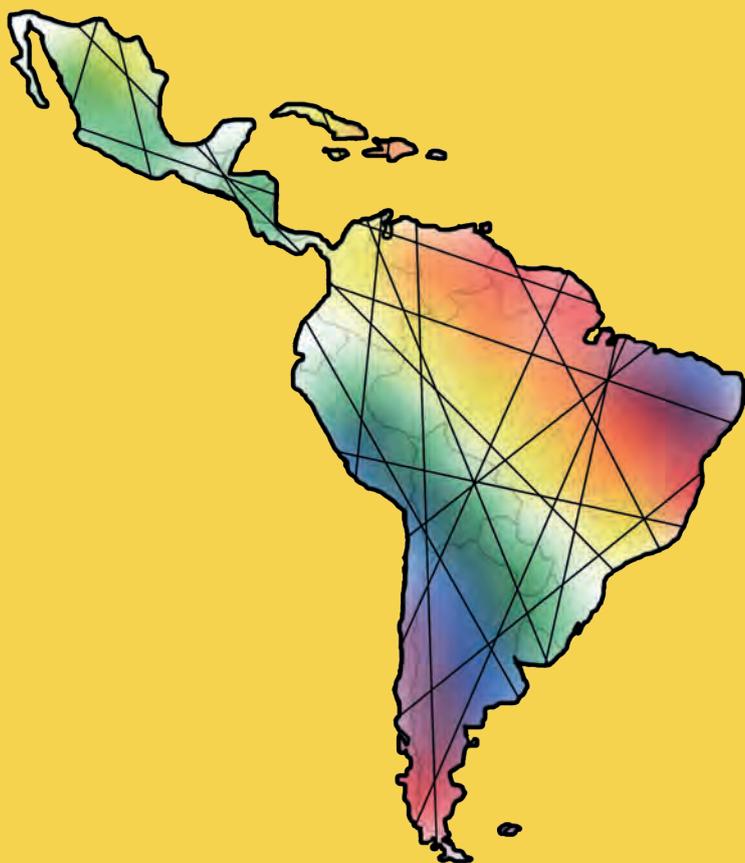


FRONTERAS FICTICIAS

Crónicas latinoamericanas



Agustín Francisca

Fronteras ficticias

Fronteras ficticias

Crónicas latinoamericanas

Agustín Francisca

Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata

Francisca, Agustín

Fronteras ficticias. Crónicas latinoamericanas.

1.a ed. - Campana: Agustín Francisca, 2020.

154 pp.; 20 x 14 cm

ISBN 978-987-86-4021-1

1. Crónica periodística. 2. Periodismo gráfico.

3. Narrativa latinoamericana. I. Título.

CDD 070.449

Fronteras ficticias es un Trabajo Integrador Final para obtener la Licenciatura en Comunicación Social, en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata.

1.ª edición: Abril de 2020

Diseño: Tania Páez

Ilustraciones: Nicolás Gramajo

A mamá y a papá, que me dieron alas para volar libre.

Agradecido

*con Pame, que me acompañó en la aventura de viajar;
con Cyn y con Flor, que me animaron en el sueño de escribir.*

Los viajes que se relatan en este libro se hicieron en enero del 2018 y del 2019, y las crónicas fueron escritas a lo largo del 2019, por lo que puede haber contextos socio-históricos desactualizados.

Obsequio de iniciación

RECORDAR: *Del latín re-cordis, 'volver a pasar por el corazón'.*

Eduardo Galeano

Estoy en la puerta, está todo listo. Estoy nerviosa. Me siento rara. Mi mochila tiene más peso del que puedo soportar, mi corazón late más rápido que lo normal. Me subo a la camioneta, nos saludamos. Vos también estás raro. «¿Cómo llegué hasta acá?», pienso. Y recuerdo haber tuiteado hace tres meses —por la madrugada, mientras un amor adolescente me pinchaba en más costillas de las que tengo— algo parecido a «Necesito irme de viaje. No importa con quién, no importa a dónde. Necesito irme» y que los algoritmos de Internet (que todavía no entiendo) hicieran que vos me leyeras y me escribieras: «Norte de Chile, Bolivia y Perú». Acepté. Me ofrecen un mate y digo que sí, pero, en realidad, quiero decir que no porque me duele la panza. ¿A vos no te duele la panza? Te observo. No, a vos no te duele la panza. Vos naciste para esto. No me acuerdo ni a qué hora sale el vuelo que nos estamos por tomar y vos ya sabes qué vamos a hacer en los próximos diez días. Te envidio dos minutos y se me pasa.

No sé si contarte ahora o esperar a que te enteres después de este viaje: esto no va a ser fácil conmigo como compañera. Si fuera bruja te vaticinaría que me voy a descomponer bastante seguido y que me voy a caer las veces que sean necesarias para que cargues con mi mochila, que puedo perderme dando la vuelta a la manzana al *hostel* y que puedo perder más cosas materiales de las que llevo, que soy el patito criollo de los viajes, porque nunca viajé. Pero, si fuera bruja, también te daría herramientas para enfrentar todas las adversidades que tu pésima compañera te puede ocasionar. Te daría, por ejemplo, un don lingüístico para que puedas comunicarte con un surcoreano médico y preguntarle si mi mano está fracturada después de volar de una bicicleta al lado de un precipicio. Quizás también podría darte el don de la espera para cuando estés subiendo una montaña de colores y mis pulmones todavía sufran los desvaríos de la altura. O podría darte otros más valiosos, como el de

la ubicación, para que sepas siempre en dónde estás parado, a dónde ir sin falta y cómo llegar a los destinos; el de la percepción, para que sepas a quién y cómo preguntar; acompañados por el don social de saber cómo comunicarte con las personas cuyo abecedario difiere de la *a* a la *z* con el tuyo. Tal vez podría meter en este *full pack* brujesco una inquietud lectora que te obligue a leer dos o tres libros por viaje para compartir las experiencias con tu compañera, y viceversa; para que visiten librerías; para que no le moleste a ninguno de los dos estar juntos pero en silencio; para que se cuenten y se escuchen; para que se conozcan; y para que tengan paciencia cada vez que deban explicar que no son novios, ni pololos, ni marido y mujer. Sobre todo, querría darte la valentía empática digna de un hombre para que también te enojas cada vez que minimicen a tu compañera por ser mujer. Por último, agregaría un don historiador para que, además del paisaje, te deslumbre y te apasione la historia. Pero en la academia de brujas nos dijeron que lo interesante es entregar dones que la gente todavía no tenga, y vos ya los tenés.

La camioneta se detiene y bajamos las mochilas. Estás contento, muy contento. Tus papás y yo también, pero entre nosotros tres está bailando africanamente un miedo nervioso, feliz y orgulloso de lo que estamos por hacer. Nos despedimos de ellos y nos alejamos. Me contás que te encantan los aeropuertos porque son los únicos lugares del mundo en los que parece no haber tiempo ni fronteras, hay gente de todas las nacionalidades y movimiento constantemente. En mi caso, es la primera vez que estoy en uno, pero soy consciente de que esto que acabas de decir lo voy a repetir en mi cabeza cada vez que vuelva. Después charlamos de lo gracioso que es estar esperando juntos un avión y del nivel de espontaneidad que tiene este viaje. Te recuerdo que hace unos años, sentados uno al lado del otro en el fondo del salón del colegio —casi terminando la Secundaria—, hablamos conociéndonos exactamente lo mismo que ahora: nada. Yo escribía textos tímidos en Internet y vos también, desde distintas perspectivas y con diferentes destinatarios. Entre colegas principiantes, esto causaba admiración. Nuestros compañeros, alrededor, charlaban y jugaban a las cartas. En el aire flotaba la incertidumbre de los egresados que no saben qué va a pasar con sus vidas. No quiero tentar a mis habilidades de bruja ni hacer de mi texto una ficción, pero ese momento se parece mucho a este. Estamos sentados, uno al lado del otro, mirando todo lo

que nos rodea. La gente viene y la gente se va, charlando y haciendo sus jugadas. Entre los dos vuela un aire incómodo, solitario, se nos mete en los oídos y nos susurra: «¿Qué estás haciendo? ¿Tenés total seguridad de esto?». Digo que sí.

En algún lado aprendí que hacer algo nuevo siempre desestabiliza, siempre es raro, pero que ahí está la gracia. No tengo miedo, traigo mil revoluciones en el corazón, de esas que me hacen pensar que puedo con todo y que me esperan muchas cosas buenas si me decido a salir a buscarlas. Con carita de nena ansiosa, te miro de reojo y espero que vos también las traigas; que vivas de aeropuerto en aeropuerto, sintiendo que no tenés límites ni horarios; que sueñes cosas que te parezcan ridículas e imposibles, que no te dé vergüenza imaginar; que escribas, como siempre imploré, de tus viajes. «Diez minutos para abordar». La sala empieza a levantarse. Quiero que desmientas los mitos de que la gente es mala y de que no es hospitalaria, de que andar afuera es peligroso, de que las calles son violentas. Quiero que demuestres que se pueden hacer amigos en un día, de esos que te van a partir el corazón cuando se separen en alguna ciudad. Quiero que tengas el itinerario pero que no lo cumplas al pie de la letra, que lo inesperado también te abrace. Ya vas a ver —dijo la bruja— que tu compañera es tan torpe que te va dar mucha risa y un poco de tranquilidad cuando las cosas no te salgan como querés. Abro la mochila y busco desesperada mi DNI. Sí, está. Claro que está. Calma. Todos mis pensamientos se aceleran. Me despido de la persona que estoy dejando sentada en mi silla. De la tuya también. Miro para atrás y ya no estamos. A partir de ahora somos estos. Quiero que entiendas que para sentirse en casa, primero hay que irse muy lejos; que vas a saber cuál es tu lugar cuando estés en movimiento. Quiero que te dé miedo y que no estés seguro, para que hagas algo que te cambie realmente la vida.

«Pasajeros del vuelo WGT546 con rumbo a la ciudad de San Salvador de Jujuy...». Es hora. Estamos en la puerta. Está todo listo.

Pamela Martínez



Lima
Paracas
Huacachina

Machu Picchu
Cusco

Puno

Isla de los Uros

Copacabana

La Paz

Sucre
Potosi

Uyuni
ColchaK

Mallcu

San Pedro
de Atacama

1

RECORRIDO SUR

ENERO DE 2018

Maldita sal

*Y si todos fuéramos capaces
de unirnos, para que nuestros
golpes fueran más sólidos y
certeros, para que la ayuda de
todo tipo a los pueblos en lucha
fuera aún más efectiva,
¡qué grande sería el futuro
y qué cercano!*

Ernesto «Che» Guevara

Cuando bajamos del colectivo, no estoy muy convencido de haber llegado a destino. Inmediatamente después del saltito necesario para aterrizar en el suelo, el clima característico del desierto no polar más árido del mundo nos recibe con una cachetada: el sol nos quema la piel descubierta y ni un soplo de viento nos da aire. Quizá por eso no me desespero tanto, sabía que así sería la bienvenida. Más allá o más acá, el chofer nos ha dejado en el pueblo que elegimos para dar el puntapié inicial de nuestro recorrido.

Volamos de Buenos Aires a Jujuy, la ciudad más al noroeste del país donde existe un aeropuerto. Tres horas después del arribo, sobre las dos de la mañana, tomamos un bus de larga, larguísima distancia: teniendo en cuenta la demora en la aduana, son casi quinientos kilómetros en quince horas aproximadamente, desde San Salvador hasta San Pedro. Bendito sea, el trayecto sirve como preludeo de lo que sufriremos en los días siguientes. Como nosotros, Pedro de Valdivia atravesó, en 1540, el desierto de Atacama para luego fundar Santiago, la capital de Chile. ¿Habría padecido las mismas sensaciones?

A medida que el colectivo avanza, nuestro cuerpo va sintiendo cada vez más los efectos de la altura: dolor de cabeza, mareos, náuseas, fatigas musculares. Pame, mi compañera, aguanta todo lo que puede, hasta que tenemos que descender en el paso fronterizo de Jama, un establecimiento recostado al borde de la ruta, bien mantenido, que señala la división

de los países. De otra forma, no es posible notarla: la cordillera de los Andes no muta los colores de sus montañas según se trate de territorio argentino o chileno.

Apago la música que suena en mis auriculares. Abandono *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, de Pablo Neruda. Tengo que calmar toda mi excitación por realizar mi primer viaje. Por un lado, debo entregar el papelerío y contestar preguntas molestas de los carabineros; por el otro, me inquieta el estado de mi amiga, que está viviendo su primera salida del país de una manera no muy agradable. Además, el hecho de no llegar a horario me hace pensar en la preocupación que estarán sintiendo mis viejos, y en este lugar no existe la señal telefónica.

Llegamos a la terminal de buses un 3 de enero a las tres de la tarde, un edificio sin vida, alrededor del cual funcionan algunas casas de comida con muy poco ánimo. Sin embargo, si bien creemos que saciar el hambre es el primer paso para volver a sentirnos bien, optamos por caminar —sí, en este estado— hasta el núcleo del pueblo. Con esta pesadez, en este clima hostil y con una enorme mochila, pesado complemento a nuestra espalda por los próximos veinte días, las tres cuadras de distancia parecen eternas.

Luego de preguntar en alojamientos que encontramos al paso, principalmente por las calles Caracoles y Le Paige (investigador y sacerdote jesuita que, en las décadas de los cincuenta y los sesenta, se enamoró de la región), donde se reúne el movimiento mochilero, ingresamos en el hostel Pangea Norte, que cumple con los requisitos básicos: precio asequible, wifi y cocina. En un golpe de vista, nos gusta y aceptamos. Pero no tenemos tiempo de relajarnos.

—No sabemos cuántos días nos vamos a quedar. ¿Qué se puede hacer por acá?

—Ahorita, en quince minutos, parte una visita para el valle de la Luna. La tienen que hacer sí o sí. Después les cuento qué más hay y vemos cuánto se quedan.

Para aprovechar el tiempo, tiramos las mochilas en la habitación y esperamos la miniván, que nos busca a las cuatro. De un momento a otro, casi sin darnos cuenta, termina el viaje y empieza la aventura.

El paisaje, al igual que en el parque provincial de Ischigualasto, se asemeja a un lugar extraterrestre; sin embargo, a diferencia del atractivo sanjuanino que evoca la luna, esta superficie reúne distintas tonalidades del rojo, por lo que creo estar en Marte. En sus cuatrocientos cuarenta kilómetros cuadrados, dentro de la cordillera de la Sal, distintas texturas particulares y una gran cantidad de volcanes decoran una vista panorámica alucinante.

Entre sus tantos íconos, como las Tres Marías, el Anfiteatro o la Duna Mayor, me cautivan las cuevas de Sal. Esta formación laberíntica, con paredes rocosas de color ocre, resulta impredecible para quien no conoce el lugar. Requiere del acompañamiento de una persona especializada y, además, de buen estado físico: en ciertos recovecos uno debe agacharse, arrastrarse o arquearse para atravesar los senderos. Por momentos, poca o nada de luz.

Una vez afuera del recinto, el sol reflejado en la superficie me encandila la vista, acostumbrada a la oscuridad del interior. Miro hacia abajo, encuentro una roca brillante y la levanto: está compuesta principalmente por caliche, como todas las formaciones, según me explica Pedro, el guía. Esta sustancia, que contiene nitrato de sodio, está presente en toda la región debido a que, en tiempos pretéritos, un gran lago o mar interior cubrió largas hectáreas del continente.

La sal, ícono del norte de Chile, es la protagonista principal de la historia de la población atacameña, que fue bautizada con la palabra *Atacama* por los españoles cuando llegaron en el siglo XVI. El legado de su gente se extiende, al día de hoy, hasta la Puna argentina y el altiplano sur de Bolivia, donde se utilizan antiguos topónimos del *cunza*. Lastimosamente, la hispanización de la zona, donde en algún momento se hablaron también el aimara y el quichua, no permitió la preservación de la lengua de los pueblos originarios.

Aplicado el *uti possidetis juris*, principio legal por el cual las nuevas naciones de Sudamérica mantuvieron las fronteras impuestas por la Administración colonial, Bolivia ejercía su soberanía sobre Antofagasta, que le daba una salida al océano Pacífico. Fue allí donde, a mediados del siglo XIX, se descubrieron grandes acumulaciones de salitre, el abono más pretendido en la agricultura europea y un componente vital de la industria

militar. Ese hallazgo cambiaría la dinámica de la región, hasta entonces despreciada, y la convertiría en el centro de atención: alejó el fantasma del hambre en Europa y trajo el fantasma de la guerra a América.

Con la interesada ayuda económica de Inglaterra, potencia hegemónica de la época, empresas salitreras de Chile se adjudicaron la explotación de esas riquezas, que eran enviadas a los puertos británicos. Así, el país trasandino, cuyo Parlamento estaba dominado por la oligarquía terrateniente, cumplía con un acuerdo de —poca— amistad que otorgaba a Londres el trato de «nación más favorecida»: los comerciantes ingleses monopolizaban el comercio en Santiago y en Valparaíso, y Chile se erigió como el segundo mercado latinoamericano para sus productos.

Cuando uno viaja por las rutas 23-CH y 27-CH —que conectan San Pedro con Jujuy y con Salta— y por vías secundarias, se atraviesan sectores asombrosos que se desprenden de los Andes, como la reserva nacional Los Flamencos, el salar de Atacama y los géiseres del Tatio. Pueden verse manadas de vicuñas trotando a la ribera de los caminos, zorros o chinchillas que se animan a entrometerse delante de los vehículos y aves de todos los tamaños sobrevolando los aires. Entre tanta vida silvestre, además, resaltan estructuras abandonadas.

—¿Podemos parar a ver eso? —le pregunto a Marta, apenas unos minutos después de atravesar un pueblo fantasma.

—Dale. Quince minutos y seguimos.

Bajo corriendo para no demorar mucho a un grupo que no tiene mi misma curiosidad, sino que quiere llegar a las lagunas altioplánicas Miscanti y Miñiques. Es una salitrera: tres edificios bajos y largos, junto a una torre desde cuya chimenea, hasta la Crisis del Treinta, gases tóxicos contaminaron pulmones chilenos, pero no ingleses. Cuando empujo la reja para ingresar al complejo, una mano se apoya sobre mi hombro.

—Te acompaño —me dice la guía—. Mi abuelo trabajó acá y me contó muchas cosas del lugar. Me moviliza que te interese esto.

Primero, rodeamos el establecimiento hasta llegar a su parte trasera. Ahí hay un claro blanco en el pastizal, donde no crece la vegetación, porque aún quedan restos de sal. No se ven muchas más construcciones,

la planta debe de haber sido parte de una compañía pequeña. Más cerca del horizonte, se puede adivinar una vía muerta, probablemente de la Nitrate Railways: el ferrocarril que enlazaba toda la región y sacaba los productos lo más rápido posible por el puerto de Antofagasta. También por ese territorio funcionó, entre los siglos XIV y XVI, el *Qhapaq Ñan*, el principal camino del Imperio inca, que puso en contacto a más de diez millones de habitantes del oeste sudamericano, desde Colombia hasta el sur de Chile.

Factores como los procesos productivos desarrollados en el lugar y el cantón salitrero al que correspondía influían en la cantidad de personas empleadas y en el tamaño del espacio. Si era necesario, se montaban campamentos no muy alejados donde vivían los trabajadores con sus familias. Otras firmas más grandes conseguían formar un poblado en el que se ofrecían espacios de diversión, servicios religiosos, sanitarios, educación, cementerios y medios de comunicación. Los obreros no tenían idea de lo que significaba el descanso dominical y laboraban, con el sol azotándoles el lomo, hasta dieciséis horas por jornada; en lugar de dinero real, como salarios percibían fichas que canjeaban en las pulperías, propiedades de las mismas empresas, donde caían a la mitad de su valor original.

Debido a su carácter dependiente con respecto a los países centrales del planisferio, la Gran Depresión impactó en Chile, y particularmente en el desierto de Atacama, como en no muchos otros rincones: un informe de la Liga de las Naciones estimó que el Estado trasandino fue el más devastado del mundo. La recesión de la economía global —y la invención, en Europa, de nitratos artificiales— provocó el derrumbe de las exportaciones de salitre, uno de los ingresos más importantes para un país poco diversificado en materia productiva. A partir de ese momento, varias industrias debieron recortar personal, si es que pudieron mantenerse abiertas, y los cesanteados comenzaron a vagar por las ciudades y los campos en busca de trabajo.

—Mi abuelo fue uno de esos. Hasta que falleció, hace diez años, veníamos dos veces por semana a caminar esta zona. Nunca lo superó. Era su vida —me cuenta, acongojada, y pienso en los personajes de *Hijo del salitre*, una obra realista, publicada por Volodia Teitelboim en 1952, que

narra los vaivenes que afrontaron los trabajadores, desde la época dorada hasta la decadencia de la industria.

De regreso a San Pedro, que fue la capital de la Atacama Alta, perteneciente a la intendencia de Potosí, esta vez sí paramos en Toconao. Esta localidad está ubicada a treinta y ocho kilómetros de San Pedro y, junto con otros oasis y *ayllus* circundantes, forma parte de su comuna. A diferencia de la cabecera, las casas de este lugar le hacen adoptar el apodo de «pueblo blanco»: están construidas en piedra liparita, que mantiene la temperatura independientemente de la estación climática.

No bien descendemos del transporte, en su única plaza, niños y niñas se congregan a nuestro alrededor para ofrecernos la especialidad de su gente: esculturas de piedra volcánica. No son de nuestro interés, pero les ofrecemos comprarles helados para combatir el calor. Aceptan inmediatamente. No conformes, lanzan la pregunta por la que ya fuimos advertidos:

—¿No quieren sacarnos una foto?

Marta nos contó que, si bien es una población muy educada y que evita caer en la simplicidad de vivir de las migajas del turismo, los chicos, alentados por los visitantes, han adoptado la mala costumbre de mendigar dinero. ¿Cómo? Posando para la cámara, a sabiendas de que muchos van a buscar modelitos para demostrar una cercanía con los pueblos originarios que, en muchos casos, no es más que un lavado de culpas.

Llegados a la ciudad, pedimos que nos dejen unas cuerdas antes de regresar al *hostel*. Pocas calles están asfaltadas, casi no hay veredas, y el polvo marrón invade la escena y las zapatillas. Las casas están hechas de adobe, en su mayoría, y son bajas: se puede ver el cielo celeste durante el día y una infinidad de estrellas por la noche. Como herencia de la planificación colonial, la plaza de Armas ocupa el centro, y a su alrededor se ubican los principales edificios: la municipalidad, la iglesia, el banco, la policía, la empresa de telefonía móvil, las agencias de cambio.

—¿Querés que haga un arroz para cenar? —sugiere Pame, con cierto dejo de cansancio.

—No me tienta, pero la realidad es que estoy fusilado como para hacer algo más elaborado.

En una esquina al paso, compramos el paquete más económico que encontramos en un almacén que está a punto de cerrar. Sin haber entrado siquiera a la recepción, ya puedo identificar un olorcito que me amarga. Unos huéspedes, de distintas partes del mundo, se han puesto de acuerdo para organizar un asado en el patio del alojamiento. Mientras tanto, a nosotros nos toca comer el plato más insípido que yo recuerde. Cansados, pero todavía con hambre, terminamos cenando en una casa de familia que sirve platos autóctonos a los viajeros: Roberta nos cocina, en el momento, pastel de choclo casero y nos regala una copa de un vino regional, que sirve para amortiguar el latente dolor de cabeza.

Cuando regresamos y nos tiramos en las hamacas paraguayas a hacer tiempo y comunicarnos con nuestras familias, un joven alto y pálido me cruza la mirada y sonrío tímidamente. Al notar que no bajo los ojos, se acerca tambaleando y se sienta en el piso, a mi lado.

—Pido perdón por hoy —se excusa en un español endeble.

No entiendo a qué se refiere. Examino sus rasgos y solamente puedo determinar que, probablemente, es oriundo del norte de Europa: Irlanda u Holanda, mis opciones más convincentes. No compartimos momentos más que con las personas que hicieron los mismos *tours* que nosotros, y ninguna de ellas está alojada acá.

—Yo estaba teniendo... sexo en la *room* —me aclara, en un esfuerzo por comunicarse en mi lengua que me alegra.

Siento cómo mi cara se ruboriza. Me cae la ficha. Con todas las corridas de lugar en lugar, me olvidé de la primera gran anécdota que tengo para contar cuando retorne a mi país. La primera vez que entramos a la habitación para tirar nuestras mochilas, nos costó abrir la puerta. Después de probar la llave unas cuantas veces, me ayudé con todo el cuerpo y la forcé con un empujón. Desde una de las cuatro camas (eran dos chuchetas, separadas por apenas dos metros), saltó, con nerviosismo, este chico, totalmente desnudo. Sobre el colchón, una joven de piel morena, pelo morocho y aspecto indio, también sin ropa. «Qué calor para semejante actividad», pensé y cerré apurado.

—*Don't worry!* —le digo, despreocupado, y me cuenta que efectivamente es de Ámsterdam y que ella efectivamente es de Nueva Delhi.

Además de las suyas y de la mía, el *hostel* ostenta colgadas, sobre las arcadas que rodean el *ping-pong*, el pool y el tacataca (metegol), unas veinte banderas de distintos países del mundo. Hay gente de todas las nacionalidades. Predomina el inglés, denominador común en la enseñanza universal, pero los angloparlantes y los hablantes de otros idiomas que no son el español ven con buenos ojos balbucear algunas palabras de nuestras tierras; no así los brasileños que, al ser muchos, optan por cerrar su círculo y no entablar demasiadas conversaciones.

Mientras suena un reguetón por todos conocido y unos se presentan con otros, mi ojo no puede dejar pasar por alto el lugar que ocupan las banderas de Chile y de Bolivia. Pegadas una al lado de la otra, son las primeras con las que uno se encuentra al caminar por el pasillo de entrada. Adrede o no, resulta una imagen simbólica, muy chocante, en una región que fue y sigue siendo disputada por ambas naciones desde fines del siglo XIX.

Hacia la década de los setenta, los bolivianos no poseían todavía infraestructura suficiente para explotar los recursos de la región, como sí lo hacían los chilenos, gracias a la financiación de capitales ingleses. En 1879, con todo su derecho, impusieron nuevas tasas a la Compañía Chilena de Salitres: un impuesto de diez centavos por quintal (cuarentaiséis kilogramos) de nitrato exportado. Y estalló la guerra, donde, hasta ese entonces, el desierto había hecho bien su trabajo de amortiguar conflictos latentes en la triple frontera.

Sin mediar palabra, Santiago, jactándose de una soberanía que no le correspondía, ordenó la ocupación del puerto de Antofagasta y la zona en conflicto, siempre con el apoyo de Gran Bretaña. La Paz, por su parte, acordó la colaboración de Lima, cuyo territorio de Arica también estaba siendo invadido. Así, recalentaron una pica que habían tenido, cuarentaitrés años atrás, por una competencia comercial.

Mientras la costa del Pacífico fue rápidamente obtenida por Chile, a través de batallas marítimas que quedaron en la historia grande, la retaguardia —el desierto— fue el escenario de enfrentamientos vitales

para confirmar el saqueo de las tierras. A menos de cuarenta kilómetros a la redonda de San Pedro, que hoy se erige como una de las capitales turísticas del país, milicias bolivianas fueron masacradas en el intento por mantener sus hectáreas y el honor de su patria.

El combate de Río Grande y el combate de Tambillo se llevaron a cabo en septiembre y en diciembre, respectivamente, del primer año de guerra. Ambos resultaron victorias para las guarniciones chilenas, que tenían como deber frenar la avanzada enemiga desde la cordillera de los Andes. A la prefectura El Loa, donde aún siguen emplazados los carabineros de la ciudad, el teniente a cargo le ordenó el envío de refuerzos para acabar con las revueltas bolivianas.

Me siento en el frente de la comisaría a ver pasar la tarde, cuando tomo la decisión, a pesar de la mala fama que tienen los policías chilenos, de ingresar al establecimiento. Me interesa saber cómo recuerdan ellos aquel episodio. Con la excusa de estar perdido, me dirijo hacia la recepción y no necesito más de una ojeada para darme por enterado.

—¿Sucede algo?

—Nada. Quería saber dónde queda el hospital.

Parados los más jóvenes y sentados los más veteranos —quizá los cabecillas—, los «Cazadores del Desierto» posan para la foto oficial, erguidos, orgullosos, soberbios. Es 1880 y quedan cuatro años para la finalización de la contienda, pero para este entonces ya han plantado bandera con firmeza en la región. La imagen pertenece al álbum gráfico militar y está colgada detrás del mostrador que da la amable bienvenida.

Como principal resultado de la guerra del Salitre, los altiplánicos cedieron a Chile la región de Antofagasta, mediante el Tratado de Valparaíso, en 1884, y el Tratado de Paz y Amistad, en 1904. Esta pérdida les significó no solo el despojo de ciento veinte mil kilómetros cuadrados de superficies ricas en salitre, sino también de la salida al mar (cuatrocientos kilómetros de costa, cuatro puertos y siete caletas), reclamo internacional que sigue vigente hasta la actualidad, y de Chuquicamata, una de las minas de cobre más importantes del mundo.

En tanto el mercado boliviano quedó aislado en una economía cada vez más globalizada, las fábricas del Norte Grande chileno (unos 185 084 km²) fueron fácilmente apropiadas por manos británicas, que pasaron a controlar el 70% de la producción de salitre, con lo que demostraron, una vez más, una maravillosa jugada del imperialismo. Divide —o enemista— a dos naciones hermanas y reinarás. Poco después, bajo la presidencia de José Manuel Balmaceda, entre 1886 y 1890, el Estado chileno ejecutó los planes de progreso más ambiciosos de toda su historia, según los especialistas. El mandatario perdió la guerra civil que su proyecto provocó y se suicidó: el embajador inglés no se molestó en ocultar su regocijo.

A ciento cuarenta años de ese fratricidio, Evo Morales insiste en la necesidad de activar conversaciones para encontrar una solución política a la mediterraneidad de Bolivia. El mandatario, a través de su cuenta de Twitter, acusó a «las élites políticas y económicas chilenas, al influjo de intereses de las transnacionales» de privarle al país altiplánico la salida al mar.

La Comisión Económica para América Latina y el Caribe analizó, en «El costo económico de la mediterraneidad», los casos de Bolivia y Paraguay, el otro país rodeado por tierra en todo el continente. La falta de acceso soberano a puertos marítimos obliga a exportar e importar productos mediante transporte terrestre a través de fronteras con países vecinos, lo que resulta en transacciones mucho más caras. Además —claro está—, la situación representa una dependencia en materia político-institucional.

Así como su economía se ha visto relegada en el mapa capitalista hasta el día de hoy, la derrota en la contienda generó en los bolivianos un sentimiento de pesimismo y desprestigio. Ese pretexto utilizó Daniel Salamanca, presidente del Altiplano en 1928, para justificar la guerra del Chaco contra los guaraníes: «Tenemos una historia de desastres internacionales que debemos contrarrestar».

—Nos estamos ahorrando un pasaje a Israel —le comento a Leo, un chileno que nos pasa a buscar por el *hostel* en una combi recauchutada y nos introduce por caminos de ripio hacia el interior del desierto.

En el tercer y último día de mi estadía en San Pedro de Atacama, visitamos unas de las pocas manchas celestes que decoran un territorio marrón de unos cien mil kilómetros cuadrados. La primera parada, esta que evoca en voz alta mi faceta ahorradora, es la laguna Cejar, un espejo de agua cuya alta salinidad permite a las personas flotar, como sucede en el mar Muerto. El pozo —porque eso es lo que asemeja—, perfectamente redondo, está dividido dos partes: un suelo playo, donde es recomendable zambullirse con calzado, ya que su superficie escarpada lastima los pies; y un abismo que causa temor hasta que uno confía en que la posibilidad de suspenderse no es un mito.

La sal, una vez que se está fuera de la laguna, se seca e impregna a la piel con una rapidez asombrosa; preciso una ducha para poder mover con soltura los pliegues del cuerpo, aunque funciona perfectamente como fijador para el cabello. Innecesario resulta el baño, porque Leo me incita, a los pocos minutos, a tirarme a uno de los Ojos del Salar: dos profundas cavidades en el medio de la llanura, donde la gente compite por ejecutar el clavado más aparatoso.

Cuando el cansancio ya empieza a pasar factura, la naturaleza nos despierta con un regalo y nos obliga a mantener los ojos bien abiertos. Sobre las horas finales del día, la laguna Tebinquinche se convierte en un escenario ideal para apreciar la puesta del sol. Sin nubes que molesten, como es normal en una zona tan seca, los rayos pintan de rosado todo lo que tocan: el cielo, el suelo, las montañas. Los flamencos, que llegan al lugar para alimentarse, nos hacen compañía mientras brindamos por la vida con un típico pisco.

Me alejo del grupo y me siento sobre una piedra: necesito un momento para mí. Los atardeceres me fascinan por su estética y me interpelan por su misticismo, sobre todo en parajes naturales tan recónditos como este. ¿A dónde va el sol? ¿Por qué las partículas del aire adoptan otras tonalidades? ¿Hasta dónde llega este efecto que estoy observando acá? ¿Quién más, como yo, deja de pensar en el caos del mundo y pone todas sus fuerzas en sentir y solo sentir este momento?

—Estoy en Chile. Hace unos ciento cincuenta años, acá mismo, debería haber dicho: «Estoy en Bolivia». Y si los poderosos

hubiesen tenido las suficientes ganas: «Estoy en Inglaterra». —Reflexiono y recuerdo una canción de Tabaré Cardozo y Canario Luna que también evoqué cuando cruzamos la frontera.

*El tiempo me enseñó que las banderas
son palos con jirones que flamean,
y el mapa es un papel que se reparten
los reyes mientras los hombres pelean.*

Amargo sabor

Mis ojos, apenas entreabiertos, hacen contacto inmediatamente con una porción de tierra rectangular y mal delineada. Mientras los demás intentan dormir unos cinco minutitos más y putean por el ripio que convierte a la 4x4 en un Samba, procuro que el sueño no me venza para no perderme de nada. Tardo unos segundos en reconocer el nuevo escenario que nos rodea. Cuando lo logro, me incorporo rápidamente en el asiento, para susto del chofer.

—¿Se puede ir a jugar ahí? —le pregunto, casi a los gritos, emocionado.

Oliver, molesto por el tono de mi voz, me fulmina con la mirada y se acomoda en el hombro de Pame, que ni se mosquea. Sin cambiar de posición, Lene y Ema, un poco apestados, tosen.

—Sí, pero en una hora ya oscurece acá —me responde, en voz baja, como queriendo sacarse un problema de encima.

Venimos de un cansador traqueteo por los desniveles andinos. Comenzamos el día muy temprano en Mallcu, otro pueblito de Bolivia, y esta es la segunda jornada de viaje desde que partimos de San Pedro de Atacama, en Chile. El destino final es el salar de Uyuni, una de las maravillas naturales de Sudamérica, para el que tomamos, por momentos, tramos de una ruta pavimentada y, principalmente, muchos caminos alternativos. Mientras tanto, pasamos por varias lagunas de colores, algunos géiseres, extrañas formaciones rocosas a las que les dimos nombres y un vasto desierto naranja.

La camioneta no ha emprendido la aventura en soledad. Otras dos la acompañan, todas manejadas por jóvenes locales que surfean el terreno con una docilidad envidiable. Donde yo veo una piedra imposible de superar, ellos encuentran la manera de dejarla atrás sin dificultad. Para quien sabe manejar, como es mi caso, resulta difícil ser acompañante y no evaluar las maniobras que uno haría. Contra mi exagerada e infundada preocupación, le delego toda la confianza a Elvis, el conductor, y me entrego al vaivén del vehículo y al disfrute del paisaje.

Nuestro grupo está conformado por cinco personas, además de quien escribe. Nos conocimos en la frontera entre Chile y Bolivia, cerca del cerro Zapaleri, el punto tripartito que comparten con la Argentina. Allí, a kilómetros de la civilización, sobre la nada misma y entre montañas marrones, se alza una casilla de cemento donde se realizan los trámites de migración. Tranquilamente uno puede evadirla y traspasar el límite sin la advertencia de nadie.

—Sellado: pase. Siguiete... ¡«Siguiete», dije!

El oficial les grita en español a los gringos, que no entienden pero cumplen con la orden debido al movimiento automático de la fila. Simplemente le importa saber cuándo saldremos del país, poco revisa en el pasaporte. Lamento no haberlo llevado, porque no puedo coleccionar un sello más. En unos años, esa marca, aparentemente irrelevante, trae al recuerdo experiencias y amistades efímeras pero intensas, así como también el desafío cumplido de haber pisado otras tierras. En su lugar, me manejo con el documento argentino, con el cual se puede circular por los países miembros del Mercosur.

Sí se llevan el escudo boliviano impreso Lene y Oliver, dos daneses que están cursando un posgrado en San Pablo (Brasil) y viajan durante el receso académico. Con el auge de *Vikings* en las pantallas, se me hace imposible no pensar en Ragnar y en Lagertha, no solo por sus pieles blancas y sus melenas rubias, sino por sus actitudes salvajes. Poco les importa salir de su zona de confort europeo y andar por estos lugares, carentes de infraestructura avanzada, sin más que una mochila.

—¡Baño natural! ¡Baño natural! —exclama ella, risueña, cuando pide que frenemos para hacer sus necesidades a la intemperie.

Él entiende y habla español con mayor soltura, a causa de un largo recorrido por Centroamérica. Para matar el aburrimiento, nos enseñamos palabras en nuestros idiomas, mientras practicamos el inglés, que es el nexa real entre todos. Ema, un argentino de veintisiete años que viaja solo y es quien pasa más tiempo como copiloto, nos da detalles de nuestro recorrido y de los alrededores. Pame, mi amiga, que es profesora de zumba, explica las letras y las coreografías de las canciones latinas de moda.

El piloto es un uyunense de poca estatura y piel trigueña, rasgos comunes en el Altiplano, con una timidez exasperante. Susurra en lugar de hablar, no abre la boca lo suficiente. Necesitamos pedirle que repita cada palabra, así como nosotros debemos versionar nuestras frases de *millenials*. No pocas veces se produce un silencio, cuando alguien no se anima a repreguntar algo que no entiende. El vínculo es entrecortado con él, a quien queremos integrar en nuestra conversación.

—Llegamos. Esto es Colcha K —anuncia sin demasiado entusiasmo.

Perteneciente al departamento de Potosí, en la esquina sudoeste de Bolivia, se trata de un ínfimo municipio escondido en un valle y encerrado por picos que superan los cuatro mil metros. Las estadísticas indican que tiene casi quince mil habitantes, pero nosotros vemos a no más de diez personas por sus pocas e inanimadas cuadras. La realidad es que sirve como alojamiento al paso para este tipo de travesías, y se destaca su hotel de sal, donde pasaremos la noche: la totalidad de la construcción está hecha a base del mineral, abundante en esta región.

—Dejemos las mochilas y vayamos a jugar al fútbol. ¡Vi una canchita en la entrada! —propongo inmediatamente después de descender de la 4x4. Los chicos tambalean, recién se están despertando.

Media hora más tarde, a la par nuestra caminan Paula, una adolescente chilena de Santiago, que ocupa otra camioneta, y Carmencita, la pequeña hija de los dueños del albergue, que nos presta su pelota. Las luces apenas iluminan las calles, que no acostumbran a soportar el peso de los autos y desprenden fácilmente un polvo molesto en cada pisada. Un frío seco hace crujir nuestras rodillas, después de estar inmovilizadas por largo rato. Yo, además, sufro la incertidumbre de no saber en qué condiciones se encuentra mi cuádriceps: en septiembre sufrí un desgarro y todavía no volví a las pistas.

—Che, esto está cerrado.

—¿No se podrá pasar por algún lado?

Mientras analizamos, entre ocho, cómo entrar al rudimentario estadio municipal, una voz chillona llega desde una de las cabeceras.

—¡Por aquí! —Nos indica la niña, habitué del lugar, que sin que nos diéramos cuenta, y por primera vez, soltó la mano de la santiagueña.

En la cancha —de once— no asoma nada verde, ni siquiera un yuyo. La gente de la zona se las arregla para combatir la aridez a través de complejos sistemas de riego; sin embargo, al parecer, no consideran necesaria la llegada de agua acá. Sí se ven, aunque muy suaves, las líneas blancas que delimitan el terreno de juego. Pedir por redes para los arcos ya es un lujo. ¿Se habrá llenado alguna vez esa única tribuna de madera que tiene cinco niveles? Para este partido, solo tres espectadores: Pame, Ema y Gordon, un inglés desganado al que llevamos a la fuerza.

En principio, la idea es pelotear para pasar el rato hasta que se haga de noche. Cuando planifiqué el viaje, uno de mis objetivos era jugar al fútbol en la famosa altura de Bolivia, donde los visitantes tiran la toalla y los locales se multiplican por todas partes. Me crié con relatos que aseguran que acá la pelota no dobla y que los dos pulmones con los que nacemos no alcanzan. Estamos a tres mil ochocientos metros, algo más que en La Paz. Ya el caminar se me hace difícil, y saltar una piedra me agita. Suficiente para el desafío, ¿no?

Se complica cuando tres pibes del lugar saltan el alambrado, ese que nosotros evitamos, y nos retan a duelo. Después me percaté de que los vi sentados en una esquina: ellos también nos ojearon, y nos siguieron.

—Les jugamos.

—Somos cinco. Que pase Lene o Paula para ustedes, así cada equipo tiene una mujer.

—No, jugamos así.

Con un simple golpe de vista, calculo que el mayor tiene veinticuatro años y los otros dos, entre dieciséis y dieciocho. Son flacos y largos, visten las camisetas del Barcelona y del Real Madrid, y ninguno usa botines: un par de alpargatas y cuatro pies descalzos. Nosotros llevamos ropa de abrigo —pantalones largos, por ejemplo, a diferencia de ellos— y calzamos toscas zapatillas de *trekking*.

El equipo local forma un triángulo, con el más grande en el arco y los dos pibitos bien arriba. Por nuestra parte, Paula elige atajar, para seguir charlando con Carmencita, unos pasos más allá de la línea; Lene y yo nos paramos en defensa; Nick, amigo de Gordon, flota por el centro, sin demasiada idea sobre el deporte en general; y Oliver se hace llamar Jon Dahl Tomasson, el reconocido goleador de la Selección de Dinamarca.

No tardamos más de cinco minutos en darnos cuenta de que la cosa viene seria: en dos jugadas, ya nos meten dos goles. Los bolivianos se deslizan por la cancha con velocidad y atacan sin piedad, al tiempo que nosotros sufrimos cada movimiento que damos o intentamos dar. Está claro que tenemos todas las de perder: cinco personas provenientes de la llanura —una de Santiago de Chile, dos de Aarhus, una de Londres y otra de Buenos Aires— están jugando, de visitantes, contra tres altiplánicos en la altura.

Con nada de planificación —¡si vinimos a divertirnos!—, atinamos a correr para todos lados, en busca de tironear, al menos, una camiseta. Despavoridos, el corazón comienza a aumentar la velocidad de los latidos y la cabeza le sigue el ritmo. Los músculos se calientan sin problemas, pero las piernas, pesadas, no se despegan del piso. A la condición física se le suma otra dificultad: la densidad de población con la que la cancha cuenta. Si bien somos más, nuestras participaciones son ineficaces: envalentonados por la excepcionalidad del acontecimiento, buscamos la heroica, hacer largas zancadas y escabullirnos por los lógicos huecos que ellos dejan en la retaguardia. ¿Quién no soñó con gritar un gol en un lugar insólito? ¿Hacerlo en este escenario no es lo más cercano a tocar el cielo con las manos?

Cuando asumimos nuestra notoria inferioridad, mientras desde afuera llegan gritos de aliento, Oliver se me acerca y, en una mezcla agitada de danés, inglés y español, me sugiere una estrategia para optimizar recursos. Nos pararemos todos en zona defensiva —él, un poco más adelantado— y haremos marca escalonada: dos perseguirán al dueño de la pelota, otros dos tapanán al posible receptor y el que tenga más oxígeno —casi siempre, el vikingo— saldrá disparado para arriba en el poco probable caso de que recuperemos la posesión.

—Papelón, amigo. Los están bailando. —Me moja la oreja Ema, cuando me acerco al lateral para pedir agua y aire. Solo consigo un mate lavado y dos bocanadas.

Lene y Nick, inhábiles pero voluntariosos, entienden a la perfección cómo ejecutar el arte de molestar. Con perseverancia e ingenio, rodean al rival y les comen los talones, los hombros y hasta la nariz. Este, harto de tanto pegote, suelta la pelota y llega mi turno de entrar en acción. Sin aparentar demasiada predisposición, paradito frente al otro contrincante, a sabiendas de que su único plan es tirarla larga y ganar en velocidad, lo obligo a salir para adentro —donde está Oliver esperando— y confío en adivinar la dirección de su salida y puntear la pelota. Lo logro en tres oportunidades y, exhausto, las festejo como un gol con un puño apretado. El danés concreta dos y es quien los grita realmente, porque yo observo en cuclillas y con la garganta seca. Desde la tribuna le cantan una canción en honor a Christian Eriksen que nos enseñó durante la travesía.

—¡Suficiente!

Carmencita, aburrida, se mete en el medio de la cancha y empieza a correr atrás de la pelota. Las chicas la animan y les piden a los bolivianos que le permitan participar. Nick, calladito, aprovecha para retirarse y unirse a la hinchada. Ema entiende que el partido está terminado y también salta al campo. Los locales mueven sus manos para todos lados: están ofuscados y quieren espantar a los intrusos para volver a la victoria. Con el juego desvirtuado, Oliver se me acerca y me hace un gesto con las manos.

—*Done* —nos decimos, y nos tiramos al piso, agradecidos por el parate.

Para mi sorpresa y entusiasmo, Pame y Ema tienen preparada una bebida que no esperaba encontrar en esas latitudes: ella consiguió yerba en un quiosco y él aportó un mate y una bombilla que compró en Jujuy. Los europeos prefieren bajarse otras botellas de cerveza hecha a base de coca, que probamos en un almacén de San Agustín, a orillas de las vías muertas del tren. Con el sol escondiéndose detrás de las montañas, un empate así sabe bastante bien, bien amargo.

Corazón del diablo

*La propuesta de dinero y
otros intereses sólo debería
hacerse a los infames que
pelean por mantener la
esclavitud, mas no a los
que defendían su dulce
libertad, como él lo
haría a sangre y fuego.*

Juana Azurduy

La llegada le imprime más misticismo a una de las ciudades con mayor protagonismo en la historia de América Latina. Mi cabeza rebota contra el vidrio, mientras escucho poemas de Eduardo Galeano y miro por la ventana cómo las casas que cuelgan de las sierras aparecen y desaparecen al compás del zigzagueo de la ruta. Cuando el sol empieza a caer, fogatas dispersas sobre las laderas parecen avanzar contra el poblado, que bien acostumbrado ha estado a la ocupación de sus vidas por culpa de esa inoportuna protuberancia de la corteza. Llevamos unas cuatro horas corcoveando por los doscientos kilómetros que separan Uyuni de Potosí, y el frío del altiplano se las ingenia para meterse entre el armazón de un colectivo destartado. Recién llegados del Salar, una señora, cuya voz se imponía a los gritos en los alrededores de la terminal, nos encajó con facilidad unos rudimentarios boletos —papelitos escritos a mano— a la mitad de su precio, con tal de no dejar ningún asiento libre.

Bajamos unas cuadras antes del estadio Víctor Agustín Ugarte, que alberga los encuentros del Club Real Potosí y del Nacional Potosí, los equipos de fútbol locales. Con la mochila a la espalda, apenas despiertos, caminamos casi dos mil metros cuesta arriba por la Universitaria, una de las arterias principales. Son las siete de la tarde. Finaliza la jornada laboral, y los comerciantes salen disparados para sus hogares y nos esquivan,

nos topan, cabeza gacha, sin pedir permiso ni disculpas. Los últimos faroles encendidos solo iluminan la avenida, las callecitas que la cruzan comienzan a perder vida. Extenuados por la inesperada caminata, a cuatro mil metros sobre el nivel del mar, por fin damos con La Vicuña, donde nos espera Víctor. Este señor alto, moreno y elegante regentea una vieja casona, donde vive junto con su familia. Ubicada a no muchos pasos del centro colonial, la casa de huéspedes tiene dos pisos, cuatro habitaciones compartidas, escaleras y pisos de madera crujiente, un patio interno, retratos de un extenso árbol genealógico y olor a otra época.

—Con suerte están acá. El tema, ahora, será irse. —Nos recibe, en un ambiente falto de luz, con una frase un tanto desafortunada.

Desde noviembre de 2017 los médicos bolivianos están en puja con el Gobierno nacional a causa de un artículo del nuevo Código Penal, que habilita a la Justicia a aplicarles penas más severas en casos de negligencia. A los profesionales de la salud se les suman los transportistas de carga pesada, también afectados por la naciente norma, quienes echan leña al enfrentamiento mediante bloqueos en todo el país. Además de ese malestar, el paso del Rally Dakar por la capital enardece a la población de un país que, con una situación interna en conflicto, maquilla sus problemáticas para vender al exterior una cara bonita. Al día siguiente de nuestro arribo, tanto Potosí como La Paz, nuestro próximo destino, se encuentran sitiadas y las empresas de colectivos no aseguran el recorrido completo entre una ciudad y la otra. Viajeros que vienen del norte nos comentan que, en plena noche, se los hace bajar en el medio de la autopista, atravesar las manifestaciones a pie y tomar otro bus al otro lado de las protestas.

—Es verdad, no les mintió. A nosotros, que estamos en auto, nos golpeaban las puertas a patadas cuando quisimos salir para seguir nuestro viaje. —Solloza, asustada, una pareja argentina que comparte habitación con nosotros.

Por la mañana, a pesar de una molesta lluvia, caminamos en un radio de cinco cuadras: veredas angostas, calles de adoquines, fachadas coloridas, grandes balcones, disposiciones comunes a la mayoría de los cascos antiguos de aquellas ciudades latinoamericanas que fueron importantes durante la época colonial. Hacia el sur, tapado por la neblina, asoma el cerro Rico: con sus variadas tonalidades de color rojizo, oculta su pico entre bajas nubes,

como si ya no quisiera saber nada con ser la diva de la región. Sin embargo, los locales no alzan la cabeza para verlo, dan pasos cortos y veloces en una ciudad apagada por el clima, por el paro y por la historia.

Quizá las únicas personas que no abandonaron su actividad habitual y se refugiaron en sus casas son las vendedoras ambulantes de frutas y verduras. Sentadas sobre cajones, en la puerta del cerrado mercado 10 de Noviembre, ofrecen a los transeúntes, en voz baja, un tanto avergonzadas por ese atropello, las delicias que la Pachamama les brinda a ellas. No muchos saben que su ahora aspecto típico no tiene nada de autóctono. Fue el rey Carlos III quien impuso la vestimenta utilizada por las labradoras extremeñas, andaluzas y vascas, así como el virrey Toledo lo hizo con el peinado raya al medio.

Puedo sonreír recién, entre tanta desolación, cuando leo un mural pintado en una escuela: «Un pueblo de hombres educados será siempre un pueblo de hombres libres, la educación es el único medio de salvarse de la esclavitud».

También me da pena, debo decirlo. Entre el siglo XVI y el XVIII, esta gente, triste con justa razón, sirvió como mano de obra esclava para poner en marcha la acumulación europea de capitales: a costa de ocho millones de cadáveres —y de otros tantos mitayos malvividos que no figuran en las incompletas estadísticas— emergió en el «Viejo Continente» la era de producción capitalista, entre otros motivos apuntados por el mismísimo Karl Marx en su famoso libro *El capital*. En palabras de su colega Friedrich Engels, los indígenas y los esclavos negros configuraron —no por voluntad propia, claro está, sino por la de los empresarios mineros— un «proletariado externo» de la economía europea. Sin ningún tipo de pudor más que el presente, cualquier potosino podría jactarse tranquilamente de haber convertido a la Europa de cinco siglos atrás en la Europa que hoy conocemos.

Durante esos largos y atroces años, la vida colonial sudamericana giró en torno a Potosí. Desde la Capitanía General de Chile enviaban trigo, carne seca, pieles y vinos; mulas, ovejas, lanas, tejidos y carretas provenían de las provincias argentinas Córdoba, Tucumán, Salta y Jujuy; en el puerto de Arica se embarcaban los metales hacia Lima, el centro administrativo del Virreinato del Perú. En ese auge, hasta las herraduras de

los caballos estaban hechas de plata, así como también las calles por donde circulaba el Corpus Christi, y al emperador Carlos V lo maravilló tanto su opulencia que le otorgó el título de Villa Imperial. Sin embargo, el trabajo forzado de los originarios se despachaba rápidamente hacia la metrópolis, y las migajas que acá quedaban se destinaban a la construcción de iglesias, casas de juego, escuelas de baile, salones y teatros, todo para el cómodo disfrute de los administradores españoles.

Ahora la ciudad es una maqueta de lo que fue. Las paredes, rajadas por el paso del tiempo y de los saqueadores, se caen a pedazos. Hasta los templos parecen estar a punto de desplomarse, a pesar del poder que construyeron los eclesiásticos durante el período colonial. Maravillosa conjugación del sincretismo: los originarios, ni lerdos ni perezosos, han sabido aprovechar esa imposición religiosa y apropiar símbolos católicos en consonancia con sus creencias precolombinas. En los altares y en las imágenes, rostros morenos y rasgos indígenas traen al recuerdo una memoria colectiva que hace todo el esfuerzo por no ser olvidada. Aún logran mantenerse en pie y protagónicas la torre de la Compañía, el convento Santa Teresa y las iglesias de San Francisco y de San Lorenzo, que funcionan también como museos y monasterios. Son las joyas del casco viejo, separadas unas de las otras por pocas cuadras, y dan cuenta de la importación de corrientes artísticas que cruzaron la mar: el Barroco se impregna en la arquitectura, en cada recoveco de su interior y en sus fachadas y cúpulas imponentes.

Desde 1545, cuando el indígena Huallpa hizo fuego y accidentalmente alumbró una hebra blanca, el destino de la gente del Altiplano estuvo atado a la vida y a la muerte del camino que los dioses y los españoles le señalaron. Acorde al censo de 1573, Potosí albergaba a ciento veinte mil habitantes; veintiocho años después, alcanzaba la misma cantidad que Londres y superaba a Sevilla, a Madrid, a Roma y a París. Otro conteo, hacia 1650, arrojó la cifra de ciento sesenta mil personas. Producto del descubrimiento de la plata en el cerro Rico, se había convertido en una de las ciudades más grandes y ricas del globo terráqueo. Para la época de la Independencia, la población de lo que hoy es Bolivia superaba la del actual territorio argentino. Al día, Potosí es hogar de solamente un tercio de la población que ostentaba hace cuatro siglos.

Interesado en variar la ornamentación de su Templo del Sol en el Cusco, el inca Huayna Cápac se movió hasta el *Sumaj Orcko* ('cerro hermoso', en quechua) y mandó a trabajar a sus súbditos. Quisieron cavar en la piedra, y el rugido de la naturaleza motivó un cambio de nombre: el cono pasó a denominarse *Potojsi*, que en aimara significa 'trueno, revienta, hace explosión'. A diferencia de ellos, los obreros del siglo XXI ya no tienen de dónde rascar, aunque siguen muriendo en el intento. De manera legal o clandestina, ciento ochenta y cinco mil kilos de oro y dieciséis millones de kilos de plata emigraron, entre 1503 y 1660, a España y otros destinos del planeta: ese siglo y medio de saqueos triplicó las reservas europeas. Escritores bolivianos, enorgullecidos por un pasado que nada se refleja en el presente, aseguran que con la cantidad de metal extraído es posible construir un puente que una el pico del cerro con la puerta del Palacio Real español, en Madrid. Sin embargo, las arcas del país ibérico no engordaban: tras una escala en la Casa de Contratación de Sevilla, el dinero llegaba a poderosos acreedores genoveses, flamencos y alemanes. Los Fugger, por ejemplo, le financiaron al papa la construcción de la basílica de San Pedro, en el Vaticano.

—Perdón por eso. —Se disculpen Oliver y Lene, en nombre de los europeos.

Mientras me las arreglo para explicarles esta historia a unos amigos daneses, con los que compartimos una travesía de tres días por la esquina suroeste de Bolivia, llega el «menú turístico» a nuestra mesa. El bar fue, originalmente, una casa de familia, que encuentra la manera de sacarles provecho al espacio y a la afluencia de viajeros: se aprieta en un cuarto, al fondo, y coloca mesas y sillas de plástico en la entrada y en la terraza para recibir comensales. Fideos, una pata de pollo, ensalada mixta, arroz y papas fritas se reparten en partes iguales un plato descartable redondo, acompañado por la tradicional *chicha*, una bebida alcohólica que deriva de la fermentación, en este caso, de la uva. Sobre una heladera, un televisor antiguo muestra el minuto a minuto de los bloqueos, y entre el ruido de los cubiertos siguen llegando comentarios sobre lo difícil que está salir de la ciudad. Me asomo por la terraza, sin apoyarme por miedo a que se derrumbe. El mediodía ha despertado nuevos sonidos: se escuchan bocinazos y altoparlantes que amplifican los reclamos.

Minutos más tarde, atravesamos puertas y pasillos hasta llegar al corazón de una casa, una sala pequeña donde entra poca luz y solo los bajitos no deben encorvarse. Nos desvestimos, soportamos el frío por algunos segundos y recibimos botas, pantalones, chalecos, barbijos y cascos. Con la vestimenta habitual de los mineros, subimos a una miniván y nos dirigimos hacia una de las tantas bocas del cerro Rico; tiempos atrás, el método de reclutamiento no era voluntario, mucho menos cómodo. Por orden del virrey Toledo, los campesinos, junto con sus mujeres y sus hijos, eran arrastrados desde dieciséis provincias del Virreinato del Perú, casi desnudos, para picar piedras y moler sus pulmones. La mayoría de ellos era de filiación étnica aimara, y debían caminar largos kilómetros desde sus pueblos de origen; de cada diez, siete no volvían. Las inocultables consecuencias del trabajo se desparrramaron con rapidez por los alrededores: provocaban tal desesperación que muchos indígenas solicitaban ante los tribunales hacer valer su condición de mestizos, lo que los eximía de ser designados en socavones o vendidos en el mercado. Las pésimas condiciones laborales hicieron que la población del Altiplano descendiera de 1 045 000, en 1570, a 585 000, en 1620.

Antes de adentrarnos en el cerro —que hoy no tiene la misma altura ni los mismos colores que ayer, a causa de las explosiones que se han realizado en su interior—, cumplimos con el ritual de preparación. Guiados por un local, visitamos el mercado minero, donde se venden aquellos artículos necesarios para el oficio que no son suministrados por las cooperativas de trabajo.

—A los muchachos les gusta recibir regalitos. Si no, quizá no nos dejan pasar —aconsejó Juan.

Inmunes a la ebriedad, los trabajadores beben alcohol etílico, cuya composición apenas tiene un cuatro por ciento de agua, para mantener sus cuerpos ardientes en el interior de la montaña, donde la variación de la temperatura hace enloquecer al termómetro humano. También fuman cigarrillo de tabaco, como si aspirar polvo no bastara para acelerar la agonía. La frutilla del postre es la coca, bendita planta de los Andes que aleja el hambre, el sueño y la deshidratación. Desprestigiada desde la aparición de la cocaína, los andinos masticaban la «hoja del Diablo» en sus ceremonias no cristianas, y la Iglesia hizo todo lo posible por arrancarla de

raíz. Sin embargo, su efecto ha sido imprescindible: como paliativo ante la explotación y como base de remedios para indigestiones, resfríos, dolores y el mal de altura. Vistos los poquitos centavos que reciben los mineros, más vale mascar coca que mascar comida.

Ingresamos al cerro Rico por la mina Salvadora, uno de los cientos de socavones que agujerean su majestuosidad. Un cartel sobre su entrada indica que es un polvorín, es decir, un lugar dispuesto para guardar pólvora y otros explosivos; el diccionario indica, además, otra acepción: 'situación que, por su conflictividad, puede estallar en cualquier momento'. Tranquilizadora bienvenida. Del frío al calor, el ambiente interior encierra una espesa y nociva mezcla de gases, humedad, polvo, químicos y humo. El camino, embarrado, está señalizado por cables, pero perderse es muy fácil si uno es un completo novato. Las galerías se ramifican en todas las direcciones, grandes salas surgen cada tanto, profundas depresiones esperan para tragarse a algún intruso sin aviso. Los ojos dilatan sus pupilas al máximo para lograr captar la poca luz que ingresa y hacerse una idea de lo que tienen delante. En puntos estratégicos se encuentran colocadas lámparas, con focos quemados o por quemarse, pero los cotidianos conocen de memoria todos sus recovecos y poca importancia les dan a los artefactos: desde pequeños, viven más tiempo adentro que afuera.

—¡Cuidado! ¡Abran paso! —gritan tres o cuatro obreros, que aparecen de entre la neblina de polvo empujando, sobre unas vías añejas, un carro lleno de escombros.

A pico y pala desgarran las paredes y separan minerales, agachados, en cuclillas, acostados, arqueados, en la posición que sea necesaria con tal de llevarse hasta el último gramo. Sin arneses ni ninguna otra medida de seguridad, se juegan la vida en cada incursión hacia el corazón del cerro: detonaciones o derrumbes inoportunos son cosas de todos los días. Cada mañana, las familias se despiden como si fuera la última vez. Y ellos, conscientes de su suerte, se encomiendan al «Tío», dios y protector de las minas. En una pequeña cueva se erige un santuario cuyo protagonista es una escultura roja con figura humana, cuernos de diablo y un pene grande y erecto, que representa la fertilidad. La Pachamama, la mujer, y él, el hombre, están casados; los mineros lo veneran como a un santo, al igual que a la Madre Tierra. Para agradecer o para pedir una buena extracción,

le ponen cigarrillos en la boca y coca en el suelo, lo salpican con alcohol y le decoran la cabeza con guirnaldas.

—Es demoledor el olor —comento en voz baja.

—Nosotros ya estamos acostumbrados. Acá perdemos el olfato... y el sabor —responde el guía, mientras nos señala la salida.

Con la mirada hacia el suelo, caminamos en fila india hacia la luz que se ve al final del túnel. Una vez afuera, respiramos aire libre —no tan puro, de todas formas— y visualizamos luz solar, y nuestros sentidos lo notan considerablemente. El cambio de temperatura también se siente: el calor y la humedad del interior quedan atrás, y el frío seco de las alturas andinas golpea hondo en los huesos. Esa variación de estímulos es la causa de la que fue la primera enfermedad profesional del continente: la neumoconiosis, que atacaba a los indígenas, cansados, sudorosos e intoxicados, y los fulminaba en poco días o segundos. En la actualidad, los pulmones de los mineros tienen un plazo de caducidad demasiado corto: a los treinta y cinco años, el letal polvo de sílice les carcome el sistema tegumentario y el respiratorio. Se les puede ver la piel gris, áspera y agrietada a los trabajadores —algunos de ellos no superan la mayoría de edad— que separan las piezas extraídas del cerro en enormes volquetes; se les puede ver, también, la mirada perdida y triste, como quien ya está acostumbrado a una amarga rutina y desiste en la búsqueda de alternativas superadoras. Agotados físicamente, la explotación les quita hasta la diversión durante el tiempo de ocio: vuelven a sus casas cansados, saludan a sus familias, pasan hambre para que sus hijos puedan dormir con la panza llena, y a la mañana siguiente nuevamente dicen adiós con la incertidumbre del último beso.

El cerro Rico ofrece una vista panorámica de la Villa Imperial, que luce sus casitas bajas recostadas sobre la ladera de una elevación entre otras tantas, como el *Huakajichi*, el «cerro que ha llorado». Los terrenos que encierran a la ciudad no desentonan en la gama de los grises y los marrones. El suelo está podrido, la lluvia cae sobre él y le inyecta contaminantes de la industria minera. El resultado es el estancamiento, la condena a la monoproducción: no crece el pasto en las áridas, pedregosas e infértiles tierras. Desde la ocupación española, la economía de las Américas ha sido más abastecedora que consumidora y ha sido moldeada sobre la base de las demandas europeas, primero, y estadounidenses, más tarde. Bajo

la lógica de la desigual división internacional del trabajo, no resulta extraño que las clases dominantes —dominantes hacia adentro, dominadas hacia afuera— jamás hayan tenido ni la más mínima intención de diversificar las economías internas. Queda de manifiesto hoy que las regiones con mayores niveles de subdesarrollo y pobreza son aquellas que han mantenido vínculos más cercanos con la metrópolis y gozado de sus beneficios en el pasado: el caso de Potosí es alarantemente ejemplificador.

De regreso en el *hostel*, todavía conmovidos por la realidad que acabamos de enfrentar, Víctor, que se comprometió a mantenernos al tanto de la situación nacional, nos informa que aún no se ha levantado el paro. Nuestra idea es marchar esa misma noche hacia La Paz, donde volveremos a reunirnos con un argentino que conocimos en la frontera con Chile, y no lo podemos hacer. Un contratiempo así obliga a repensar un itinerario ajustado a una planificación según días y destinos. Mi cabeza empieza a maquinarse. El viaje soñado está arruinado. No llegaré a visitar todo lo pensado.

—Chicos, ¿quieren juntarse con nosotras?

Unas muchachas santafesinas, que se hospedan en la casona y visitaron la mina junto a nosotros, me salvan. En ese momento, el dardo tranquilizante más efectivo está compuesto por agua caliente con sabor a yerba. Hace dos semanas que no tomo mate. Reunidos en el comedor, le enseñamos a Oliver, un vikingo hecho y derecho que le hace honor a los personajes icónicos de su patria, nuestra bebida típica, y él, vía Skype, le traduce nuestros comentarios a su padre, que se encuentra en Aarhus (Dinamarca). Mientras tanto, Pame, con la aprobación de Lene, musicaliza el ambiente con canciones latinas mundialmente conocidas. A pesar del clima ameno que se genera, mi espíritu inquieto no me permite disfrutar el rato: debo saber cómo seguirá nuestro trayecto. Un día más acá será un día perdido.

En silencio, me alejo del grupo y me dirijo a la recepción. Le ruego al dueño me ayude a salir de Potosí. Navego por distintos sitios de Internet y no puedo encontrar ninguna información certera. El país está paralizado; las ciudades, inconexas. No me basta con leer siempre las mismas noticias en una pantalla. Necesito saber qué pasa afuera, que alguien me comunique de manera oficial que no puedo subir a ningún colectivo y dejar atrás este pueblo triste y apagado.

—Vea en la terminal. Si no consigue algo que lo saque de aquí, tengo un contacto al que puedo recurrir.

No anuncio mi partida. Me escapo, sin avisar ni despedirme de mis amigos. Quiero pensar alternativas por mi cuenta y averiguar opciones concretas. Necesito silencio: es una decisión un poco egoísta, pero la soledad me permite aliviar el estrés, procesar el conflicto y no descargar mi mal humor en terceros que nada tienen que ver. Opto por caminar sin mapa y preguntar a los locales. La estación queda a unas veinte cuadras del centro histórico; las calles no logran seguir una línea recta y serpentean por el desnivel del terreno. Mi ansiedad por llegar no se lleva bien con los cuatro mil metros de altura: cada paso en subida acelera mi ritmo cardíaco. A pocos metros de mi destino, la situación ya empieza a quedar clara. Autos particulares y colectivos, estacionados sobre la calle; algunos vehículos se cruzan de vereda a vereda. Solamente se puede avanzar caminando entre los choferes, que forman rondas y debaten sobre el conflicto que los congrega. La terminal está fuera de servicio; sus accesos, cerrados. De este lado de la reja, una señora parada sobre un banquito actualiza los estados de los principales destinos nacionales:

—Tarija: cancelado. Oruro: cancelado. Cochabamba: cancelado...

A su lado, algunos oportunistas aprovechan la convocatoria a su alrededor y ofrecen sus recién ideados servicios privados:

—¿A dónde va? Yo lo llevo —gritan, vehementes, sin escuchar la respuesta.

En la misma posición me están esperando los chicos. El mate se terminó y se renovó unas cuantas veces; y ya apareció un segundo equipo. Ahora la música es danesa —o noruega, o sueca—, y Oliver y Lene narran anécdotas que demuestran su afamada resistencia al alcohol. Explicar el truco resulta muy difícil, y la sorpresa es la universalidad del UNO: aunque con distintas reglas, todos saben jugarlo, incluso los europeos. Yo me siento, sin ganas de participar, al lado del vikingo. Espero lo que sucede a los pocos minutos: me llama Víctor.

—Un amigo maneja un coche y los puede llevar a Sucre por la madrugada, cuando todavía no están activados los bloqueos.

La Ciudad Blanca, sede del Poder Judicial de Bolivia, queda a ciento cincuenta kilómetros de Potosí. Oliver me comentó vagamente su idea de pasar por allí antes de subir a La Paz, donde se encuentran el Ejecutivo y el Legislativo. Mi intención, básicamente, es escapar. Si debo modificar el itinerario que confeccioné durante un año, prefiero moverme y conocer, aunque no estén en la lista original, otros sitios, en lugar de permanecer varado en el mismo lugar. Así las cosas, nos queda el resto del día a orillas del cerro Rico.

Con otra actitud, cambiamos la pasividad de la espera y decidimos salir a recorrer la ciudad, sin rumbo, por donde nos lleve el instinto. Nos metemos por callejones con y sin salida. No respetamos las veredas y nos tropezamos en las calles de adoquines. Entramos y salimos de tiendas; preguntamos precios de productos que no nos interesan. Disfruto una de mis experiencias favoritas: zambullirme en una pequeña librería, esas que escapan a los circuitos comerciales y difunden mayoritariamente títulos sobre temáticas nacionales: entre ellos, están *Raza de bronce*, de Alcides Arguedas, y *Diario de campaña en Bolivia*, de Ernesto Guevara. Descubrimos, en una agencia de turismo, que, a veinte kilómetros, existe el Ojo del Inca, una laguna de aguas termales en donde se bañaron, según cuenta la historia, Túpac Amaru y otros caciques. Un frente señorial nos obliga a parar el paseo desinteresado y a observar desde la vereda opuesta: es la Casa Nacional de Moneda, un archivo que guarda valiosísimos documentos históricos, principalmente sobre actividades económicas, como el tributo y la mita. El edificio tiene más de cuatrocientos años y maravilla la conservación de sus patios internos, sus fuentes y sus arcadas. En el esplendor de la plata, la pecunia de la ciudad llegó a tener tal peso financiero en el mundo colonial —como ocurre actualmente con el dólar estadounidense— que Sancho Panza, en *El Quijote de la Mancha*, retrucó la famosa expresión: «Vale un Potosí».

Entrado el atardecer, no tenemos ganas de cocinar y nos acercamos al parque central para buscar algo que comer. En lo posible, la idea siempre es probar algún plato típico de la zona. Durante la tarde encontramos restaurantes atendidos por familias que se enorgullecen de la gastronomía local. La cazuela pica en punta como la primera opción: se trata de una sopa a base de maní, que tiene como acompañantes papas, arroz o fideos y una carne dura, que te hace extrañar la Argentina. Sin embargo, perdemos

—o ganamos— el tiempo por culpa de dos particulares manifestaciones convocadas en la plaza 10 de Noviembre, que permanece decorada con alusiones navideñas. En su corazón, unos quince jóvenes, algunos con la vestimenta del colegio todavía, encierran una pareja de raperos excitados por la arenga. Emulan una batalla de gallos, una competencia en la que los participantes se desafían mediante la improvisación de rimas en torno a una temática en especial. En este caso, no se habla de otra cosa que no sea de fútbol, con Messi, Ronaldo, Barcelona y Real Madrid como protagonistas. Incluso, la mayoría de ellos visten sus camisetas. Veo una sola de uno de los equipos de la ciudad.

Por otro lado, sobre la vereda del Gobierno Autónomo Departamental, miembros de organizaciones sociales continúan reclamando a favor de la revocación de los artículos controversiales del nuevo Código Penal. Mientras las mujeres preparan una cena popular en una gran olla sobre fuego, los hombres sostienen banderas y amplifican sus consignas con micrófonos. A los médicos y a los choferes se les han sumado agrupaciones mineras, que dependen del transporte para hacer circular su producción. Los trabajadores de las minas no son inexpertos en el tema, acumulan ya una larga experiencia en la lucha por su dignidad: en la Revolución de 1952, conformaron milicias —tanto en Potosí como en La Paz, Sucre y Oruro— y usaron sus cartuchos de dinamita como armas para derrocar al Gobierno de facto. A partir de ese episodio, surgieron radios gestionadas y financiadas por los propios obreros: el objetivo era comunicar los distritos mineros, inconexos hasta entonces, y suplantar la prensa escrita, que no tenía en cuenta el alto nivel de analfabetismo de la población. Años después, sus descendientes siguen confiando en el poder de la voz propia para contar su realidad.

—Che, ¿y si comemos *pizza* y fue? Después tomamos un té de coca para no sentirnos tan ajenos —propone Pame y acompañamos.

Algunos faroles han decidido que ya ha sido suficiente y dejan de iluminar las calles repentinamente. Noto una capa de polvo flotar a contraluz. La ciudad ha renunciado al esfuerzo que hace por vivir durante el día. Dos perros trotan a nuestro lado. Yo tiritó de frío, un frío seco, del altiplano, que hace sonar las articulaciones y chocar los dientes. Lene y Oliver le enseñan a Pame saludos en danés: «*Godnat, min ven*». Nadie habla muy fuerte. Todos preferimos resguardar nuestra garganta, y las bocas

apenas asoman por sobre el cuello de las camperas. A lo lejos solo se escucha una cumbia y el soplo de la brisa, que no basta para correr las nubes y presentar a la luna en todo su esplendor. De repente, la campana de la catedral Metropolitana rompe con el silencio de la noche. Unas palomas, asustadas por el sonido, echan a volar agitando bien fuerte sus alas. Más allá de eso, Potosí está hecha una calma. Son apenas las diez, y ya no se oyen los zapatos de los hombres de clase, ni los tacos de sus señoras. Ya no se escuchan las bandas de música ni las obras de teatros traídas de Europa. Ya no se sienten los picos y las palas chocar contra la piedra; ahora solo hay materia para trabajar durante el día.

De la opulenta Villa Imperial solo queda el nombre. Por estos días, representa una de las devastaciones más alucinantes de la historia colonial. Sin embargo, a pesar de su inocencia, debe bancarse el desprestigio y la estigmatización de pertenecer al «Tercer Mundo». No fue ella quien hizo méritos para recibir esa etiqueta, sino los poderosos, los mismos que así la catalogan. Bolivia comenzó la carrera por el desarrollo con desventaja: los metales que le saquearon empujaron, antes del pitazo inicial, unas casillas adelante a los países europeos, quienes luego impusieron el juego. Esos capitales, que estimularon las inversiones en producción manufacturera, dieron el empujoncito necesario para la Revolución Industrial. La concentración de Europa significó, entonces, la desconcentración de América, que nunca pudo reponerse de aquel arrebató. Es una competencia que nació en condiciones desiguales y con reglas injustas, pero la cual no puede abandonar: debe sobrevivir surfeando las decisiones de los ganadores. No tiene otra salida.

Con un poco de vergüenza, nosotros la encontramos. Ulises nos pasa a buscar por el *hostel* a las cuatro de la mañana. A las mujeres les indica en qué mejilla deben saludarlo; la otra está ocupada con un bolo de coca. A los hombres nos da un fuerte apretón de manos. La temperatura es aún más desgarradora; el silencio, ensordecedor. Enciende el motor del auto y lo deja calentar mientras arregla el precio con Víctor, quien se ofreció a hacernos de intermediario. Hablan en aimara para que no podamos entenderles. El dueño de la casona nos despide con afecto y yo atino a abrazarlo, pero me separa educadamente con la palma de su mano. El único movimiento de la ciudad es el de los papelititos que logran escaparse de bolsas rotas por dientes animales. Los semáforos siguen funcionando,

aunque no los respetemos. Cuando llegamos al primer bloqueo, donde se alza una carpa armada artesanalmente, un señor semidormido abre su ojo derecho y, sin levantarse de su silla, nos hace una seña. Si intenta frenarnos, poco le importa nuestro avance. El segundo bloqueo presenta mayores inconvenientes. Ruedas en el camino obligan a disminuir la velocidad y a esquivarlas en zigzag. Al frenar, dos personas salen del campamento a increparnos. Una golpea el auto con una patada, sin mediar palabra. La otra, por suerte, reconoce al chofer. Solo le pide algo de provisiones para mantener el paro. Superado el obstáculo, nos miramos y suspiramos. Lo logramos.

Descendiente

La capital folklórica del Perú todavía parece apagada, aunque no tan dormida como yo: me costó entender dónde amanecí cuando sonó el despertador a las seis de la mañana. Con los ojos pesados por el sueño, camino junto al grupo hasta el muelle. Las calles están deshabitadas, el sol se oculta detrás de unas nubes grises, flota en el aire una neblina espesa y el frío seco roe los huesos. Es una escena triste o tenebrosa, según el ánimo de quien juzgue. La escasa visibilidad no ayuda para reconocer la plaza de Armas, la municipalidad, la basílica y otros edificios principales, como tampoco lo pudimos hacer anoche, cuando llegamos después de un breve paso por Copacabana (Bolivia), antes de la frontera.

La marcha es lenta, cansina. Por las calles que cortan la avenida, vía directa al objetivo, se suma gente a la típica peregrinación de todas las mañanas en Puno. Nadie habla con demasiado entusiasmo, solo algún sonido ocasional rompe el silencio ensordecedor. Paso a paso nos acercamos al destino y aumenta la temperatura del cuerpo, gracias al movimiento y al agua, que conserva el calor del día y regula la amplitud térmica de la ciudad. Unas minivanes descansan en el estacionamiento público, a metros del atracadero donde nos esperan las lanchas para zarpar. No somos los únicos locos despiertos: algunos pescadores artesanales madrugaron mucho más que nosotros y ya están en sus balsas cazando truchas con redes.

—Sean muy bienvenidos al lago navegable más alto del mundo y el más grande de toda Sudamérica.

A casi cuatro mil metros sobre el nivel del mar, así nos recibe el capitán a bordo de nuestra embarcación, que se prepara para andar un pequeño trecho, unos treinta minutos, por el emblemático espejo. El horizonte sigue sin verse; la nave avanza, choca la bruma con decisión, pero no diviso hacia dónde nos dirigimos. Queda confiar en la costumbre de aquellos hombres que lo frecuentan día tras día, casi con los ojos cerrados, hombres que nacieron y crecieron a sus orillas y que conocen cada uno de sus rincones. El ruido del motor me retumba en la cabeza, mientras miro por la ventana e intento adivinar la forma de las montañas a lo lejos. Me cuesta. Sin embargo, en dirección opuesta a la nuestra, veo figuras humanas

que parecen emerger de las tinieblas, caminar sobre el agua, patinar sobre la superficie.

—Están yendo a la escuela. Hacen este camino todos los días.

A medida que nos adentramos más y más, los rayos solares empiezan a agujerear el cielo. La luz ya es suficiente para contemplar el paisaje. A la silueta de los Andes se le suman, frente a nosotros, unas curiosas plataformas. Una de ellas es nuestro punto de anclaje. Nos acercamos lentamente, para no generar muchas olas, y yo hago contacto visual con un alegre pequeñito que nos espera en la esquina. El conductor pega la embarcación de manera paralela a uno de sus laterales, de modo que podamos bajar cómodamente. Mientras completan el procedimiento necesario para asegurar nuestro descenso, nunca nos desviamos la mirada. Curioso, acompaña nuestro movimiento hasta frenar en el preciso lugar que pisaremos por primera vez. Se queda quieto. Revolea los ojos para todos lados, como buscando a alguien entre tantos extraños. Alza la mirada ante cada visitante. Cambia su preocupación por una sonrisa cuando me encuentra.

Desde hace más de mil años, el Titicaca ha sido hogar de varias culturas andinas. Según la leyenda, aquí vio la luz el mismísimo Tahuantinsuyo: desde sus profundidades emergió Manco Cápac, el fundador de la primera dinastía inca, que, guiado por el Inti —el dios Sol—, sentó las bases del Cusco. La ambición de sus emperadores los llevó a poner sus ojos nuevamente en estas tierras, pero ya estaban ocupadas por otra civilización. Ante el avasallador avance de los conquistadores, los uros, que vivían a su alrededor, se subieron a sus canoas y se refugiaron en pequeñas islas. La arriesgada estrategia de estos hábiles navegadores dio resultado: son de los pocos pueblos que han sobrevivido a la hegemonía incaica, y hoy sus descendientes continúan habitando el interior del lago. Alejados de la civilización moderna, subsisten gracias a la pesca, a la caza, a la elaboración de tejidos y a la producción de artesanías. Empero, encuentran su espacio en el turismo: algunas familias les abren las puertas de sus casas a los viajeros.

Las mujeres de la comunidad, vestidas con los coloridos trajes característicos del Altiplano, forman dos hileras y nos reciben al ritmo de una agradable canción de bienvenida. Al final del pasillo humano, el presidente de la isla nos espera para darnos la mano y hacer una reverencia ante cada uno. Los más chicos también están preparados para nuestra

visita: nos acompañan hasta unos troncos que forman una ronda y sirven de asientos. A mí me guía, como acompañante personal, el nene que me atrapó a la distancia. Mientras sus amiguitos siguen haciendo su trabajo, él decide sentarse a mi lado. Cuando el último visitante abandona la lancha, esta se va y el cabecilla gira hacia nosotros.

—No tengan miedo. Ya van a volver a tierra firme.

José, que heredó el gobierno de la isla tras la muerte de su padre, es el representante de las cinco familias que conviven en esos pocos metros cuadrados. Los otros cuatro hombres realizan tareas que necesitan ser hechas fuera de allí: traer provisiones de Puno, principalmente. Una vez que nos acomodamos todos, se presenta con unas primeras palabras en aimara, la lengua que hablan entre ellos —además del español— y que adoptaron luego de la desaparición del *pukina*, el idioma originario. El resto de la explicación continúa en un español bien marcado, aunque con algunas pausas. Ayudado por una representación a escala menor, nos cuenta cómo se alza el islote sobre el que estamos. Yo sigo pegado a mi compañerito, que no deja de apretarme los dedos aunque su atención esté puesta en mis llamativas zapatillas. Cada tanto le devuelvo una caricia en el pelo.

Estas especies de plataformas amarillentas están construidas con un tipo de junco llamado totora que crece en el agua, cuyas raíces se recolectan, se secan y se enlazan en grandes bloques. Un importante detalle, aunque parezca insignificante, es que las plantas no deben tener mucha tierra, porque eso haría que se hundieran. Alcanzan entre dos y tres metros de espesor, y cada tres semanas se añade una nueva capa en lo más alto. En total, llegan a soportar unos veinte años. Para evitar que se desplacen con el viento, se utiliza un mecanismo con cuerdas, estacas y piedras que funciona como ancla unos tres metros debajo de la superficie. Así flotan, diseminadas por el sector este del lago, en la zona peruana, alrededor de ochenta islas, y conforman un colectivo que es regido por un jefe máximo.

—Esta planta es nuestra fuente de vida. Estamos acá gracias a ella. Dependemos de ella —nos dice José a cada rato, mientras la enseña, la corta y la mastica, para demostrar que también es parte de su alimentación diaria, además de combustible y medicina.

Finalizada la exposición, nos da vía libre para que recorramos su vecindario. Intento pararme en un solo movimiento, pero no cuento con un pormenor: entierro los pies en el piso y no hago equilibrio para mantenerme. El chiquito se ríe. Es la primera vez que lo escucho, hasta este momento no había emitido sonidos. Me siento otra vez y, con una mirada cómplice, le pido ayuda. Aprieta fuerte mi mano y cree que él me ha levantado. Sonríe con pocos dientes y muchas ganas. Chocamos los cinco.

—¿Cómo te llamás?

No me contesta. Me mira apenado y encoge los hombros.

—No habla español. Nunca cruzó. Es muy chiquito todavía —me dice el presidente—. Se llama *Paka Tuya*, pero puedes llamarlo «Tuta» simplemente.

—¿Qué significa su nombre?

—‘Vuelo de águila’. La tarde que llegó, un águila no paraba de rondar por aquí.

Cuando tanteo con el brazo, Tuta ya no está a mi lado. Lo encuentro en la puerta de una de las casitas, esperándome quietito, mirándome de frente. Él, en cambio, descubre con total naturalidad los huecos ideales para apoyar sus piecitos. Las viviendas, también hechas a base de totora, son pequeños monoambientes rectangulares donde duerme una familia entera. A sus espaldas, ocultos al público, unos paneles solares —suministrados por el Gobierno nacional— les permiten disfrutar de unas pocas horas de electricidad durante la noche. La comida, de todas formas, la cocinan con fuego sobre plantas húmedas o, cuando llueve, en hornillos a gas dentro de las habitaciones. De repente, una pelota cae al agua. Otro jovencito se acuesta en la plataforma y la alcanza. Él y otros dos chicos, de unos doce años, juegan al fútbol con arcos improvisados —de juncos, obviamente—, sin temor a que las limitadas dimensiones de la cancha les arruine la diversión.

—¡Llegó el momento del paseo! ¿Quién se anima?

Donde nos dejó la lancha, ahora está lista una embarcación típica que tarda más de seis meses en construirse: del material dominante en la isla, dos canoas con rostros de dragones se unen para sostener un segundo piso, donde van tratados como reyes los visitantes, mientras abajo reman y cantan los uros. La travesía recorre apenas las piernas delanteras del animal que le da el nombre al lago: *Titicaca* en el idioma local quiere decir ‘puma de piedra’, y desde el espacio se puede ver, con imaginación, que forma la silueta de un felino. Los conductores de ese mediodía son dos adolescentes que aún encuentran en las islas motivaciones suficientes para quedarse; la mayoría, sin embargo, se muda a la ciudad en busca de otras oportunidades más ambiciosas. Por eso los más viejos temen que la forma de vida ancestral de la comunidad se extinga en un tiempo no muy lejano.

—Quedate y pateamos. ¿Querés?

—Bueno, pero también juega Tuta.

Los nenes, con evidente aburrimento y unas caritas de súplica que me compran, hacen una propuesta a la que no me puedo negar. El juguete más lindo del mundo contagia en todas las latitudes y no puede ser rechazado jamás, ni en una ciudad de hormigón al nivel del mar ni en una isla artificial a pocos metros de las nubes. El deporte más popular demuestra, una vez más, que las diferencias culturales quedan reducidas a simples anécdotas. Armamos un círculo y nos pasamos la pelota, mientras cada uno grita el nombre de un futbolista: Messi y Cristiano, los primeros en ser mencionados. No me sorprende.

Cuando Neymar hace volar la pelota y esta pega en uno de los turistas, el juego se acaba. Tuta, el menos culpable, sale corriendo a esconderse entre la falda de su madre, que está arrodillada y ofrece recuerdos genéricos del lugar, que bien pueden encontrarse en Puno, en Arequipa o en el Cusco. Otras señoras, junto a ella, tejen telares, muelen frutos en morteros y descaman pescados frescos. Las materias primas llegan y los productos artesanales salen siempre en manos de los hombres, que parten temprano y vuelven tarde de largas recorridas por la ciudad y otros pueblitos costeros. Así y todo, la mayor fuente de ingreso la encuentran en el turismo, al que no se pueden resistir. Ocasionalmente reciben monedas extras cuando encuentran, sin ninguna intención, valiosísimas piezas

de un antiguo templo preinca que los arqueólogos descubrieron sumergido en el lago.

La embarcación regresa a la isla, yo no me percato, y Tuta se abalanza sobre mí. Me abraza. No habla español, apenas balbucea el aimara, pero entiende perfectamente qué viene a continuación y me lo hace saber. Me clava la mirada, mezcla de tristeza con optimismo: ¿intenta convencerme de que me quede con él? Trata de decirme algo, pero no puedo comprender a qué se refiere. Me hace señas con una mano, y con la otra me toca el pantalón. Lo encuentra en mi bolsillo: buscaba mi celular.

—¿Una foto?

Asienta con la cabeza, despacito. Se me tira otra vez y posa para la cámara. La madre, que ha visto toda la secuencia, lo alza y lo entretiene con un junco. Él se lo pone en la boca y empieza a masticarlo. Cuando sus ojos se distraen buscando la parte más tierna, me alejo y subo a la lancha. Me despido de José, le agradezco por su hospitalidad y le pido que la comunidad no pierda su esencia. Elijo sentarme en la ventanilla opuesta a la isla para que Tuta no me encuentre. Yo ya lo veo ojeando para todos lados. Miro por la ventana: el sol pega de lleno, sobre nuestras cabezas, y la bruma de la mañana no existe. Enfrente, nos espera Puno, viva, despierta. Y después de ella, el Cusco y Lima, y la Argentina más tarde, algún otro país quizá, otro continente tal vez. Mientras a mí se me acerca la hora de volver a la ciudad, a la civilización moderna, dejo atrás a un chiquito que vive en el medio de un lago y que camina descalzo sobre un piso de juncos. Pero, por suerte, siempre está acompañado por el águila que estoy viendo volar sobre nosotros en este momento.

Resistencia eterna

*No se puede hablar de
descubrimiento de América,
porque se descubre lo que se
ignora o se encuentra oculto.*

Rigoberta Menchú

Bien saben los agentes de viajes que el Machu Picchu es la joya más codiciada del Cusco. Bien recuerdan los locales que la ciudad tiene otras cuantas reliquias valiosas. Y no solamente alberga construcciones fabulosas, sino también historias atrapantes que piden a gritos ser contadas. De hecho, la *llaqta* ya llevaba varios años alejada del protagonismo que supo tener en la región cuando, en la plaza central del otrora Imperio incaico, se cometió uno de los primeros y más macabros asesinatos políticos de las efemérides latinoamericanas. Mal que les pese, los verdugos no pudieron acabar con el legado del bandido; más bien lograron todo lo contrario: su sello ha quedado marcado en el corazón del pueblo, divulgado en relatos, pintado en murales y erigido en monumentos.

La séptima urbe más poblada del Perú, con casi quinientos mil habitantes, fue uno de los puntos neurálgicos del período virreinal, se declaró Patrimonio de la Humanidad en 1983 y fue considerada la «capital histórica» del país en la Constitución Política de 1993. Entre calles de adoquines, templos precolombinos y edificios coloniales se mezclan y crean un testimonio vivo de la invasión española sobre un territorio ya desarrollado por una de las grandes civilizaciones prehispánicas. Aquí se condensan el desmembramiento de las comunidades, la explotación de los nativos, el saqueo de los recursos naturales, la cristianización de las creencias indígenas y la invisibilización del idioma originario. ¿Qué habría sido de nuestro continente si una tormenta hubiera desviado las carabelas de Colón?

«Bienvenido al Cusco», celebra un cartel en el acceso sur que nos abre las puertas de la ciudad, tras cuatrocientos kilómetros y siete horas desde Puno, a orillas del lago navegable más alto del mundo. Un insuperable dilema propone la grafía del topónimo. Los peruanos prefieren el uso de la *s*, aunque la *z* ha logrado mayor promoción fuera de sus fronteras gracias a prestigiosas fuentes, como la Unesco, la *Ancient History Encyclopedia* y la *Lonely Planet*. Asimismo, el gentilicio *cuzqueño* está registrado por la Real Academia Española, cuando no *cusqueño*. Lo cierto es que el nombre original era *Qosqo*, que en quechua quiere decir ‘ombbligo del mundo’ o ‘centro del universo’, pero los cronistas foráneos, ante la ausencia de un lenguaje escrito, redactaron como les sonó: *Cuzco*. Sin embargo, tal es el rechazo de los locales a la imposición española que en 1976 se prohibió la utilización de esa escritura en las comunicaciones municipales, en un dignificante intento por recuperar las raíces de su significado.

Dos leyendas se disputan el origen de su fundación, pero ambas coinciden en el largo camino que tuvieron que andar sus creadores: del Títicaca o del cerro Tampusoccto emergieron y, guiados por Inti, el dios Sol, alzaron un asentamiento que trascendería épocas. Ya habitaban grupos étnicos en la zona desde hacía tres mil años, según vestigios encontrados, pero fue en 1440 cuando Pachacútec, después de vencer a los chancas, instauró el Tahuantinsuyo. Los siguientes soberanos expandieron sus hectáreas —hasta superar los dos millones de kilómetros cuadrados, entre el Pacífico y el Amazonas, desde el sur de la actual Colombia hasta el centro del Chile de hoy— y siguieron desarrollando el Imperio, cuya arquitectura de avanzada es ejemplo vigente para nuestros profesionales. No duró más de cien años el auge: en 1533 Francisco Pizarro entró sin pedir permiso y se apoderó del corazón imperial. La resistencia continúa hasta la actualidad.

—Aquí los podemos dejar, chicos —avisa el chofer de la miniván.

Nuestro alojamiento se encuentra en el medio del casco histórico, unas cinco cuadras a la redonda por donde los grandes vehículos no tienen autorizado transitar. En cambio, sí lo hacen autos particulares y taxis, todos alborotados, a los bocinazos, al tiempo que la gente cruza sin importar el color del semáforo. Los vendedores ambulantes copan las muy angostas veredas, por lo que se hace menester dominar el arte de la caminata por

los cordones. Un método alternativo es la renguera: un pie arriba y el otro abajo, siempre y cuando se advierta el tintineo de las bicicletas. La situación me trae a la mente la imagen del pasado colonial, un pasado que persiste en cada rincón de la ciudad. Puedo imaginar a los administradores trasladarse en carretas tiradas por caballos, mientras los indígenas deambulan, cabeza gacha, avergonzados por su condición, únicamente por las aceras que tienen permitidas.

—Disculpe, señora. Estamos buscando el *hostel* Inka Wild.

—¿Quiere maíz? Es muy buenito, señor —inquire una mujer que, encorvada, carga verduras sobre su espalda, dentro de un saco que la envuelve.

—Queremos saber dónde queda el *hostel* Inka Wild. ¿Nos puede ayudar?

—También tengo papa. ¿No quiere usted?

Un pequeño anuncio indica que esa casona, de frente blanco común al resto, es el hospedaje que estamos buscando. Es atrapante el triunfo sobre el tiempo: las edificaciones de la época española se mantienen de pie, si bien dentro ya no contienen talleres de oficios caducos. Ahora, detrás de sus gruesas fachadas viejas, se esconden restaurantes, bancos, tiendas, farmacias y demás negocios de este siglo. Aunque de baja estatura, prominentes balcones se estiran hasta besar al de enfrente y niegan la luz a los peatones, que ya acostumbrados están a no ver el sol. El Cusco se emplaza en un valle de la sierra andina, y es época de humedad y lluvias: enormes nubes grises cubren los cielos por donde vuela el cóndor de los Andes, y gotas gordas esperan el primer estruendo para caer sin más preámbulo.

El clima tenso cede el brazo y comienza a lloviznar, justo después de que nos acomodamos en nuestra habitación. Empapados llegamos a lo que anteriormente formaba parte de la *Haucaypata*, el convocante espacio que servía de escenario para las ceremonias más esperadas y celebradas del calendario. Herencia típica de la planificación colonial, al igual que en los tantos centros virreinales de Latinoamérica, el trazado reticular gira en torno a este lugar: la plaza de Armas. No tuvieron reparo los invasores a la hora de explicitar el avasallamiento: donde antes había

majestuosos palacios incas —ahí vivieron los emperadores indígenas y, más tarde, las autoridades españolas—, ahora hay templos católicos. La basílica de la Virgen de la Asunción y la iglesia de la Compañía de Jesús, ambas de estilos europeos y color cobrizo, sobrepasan la altura de las construcciones vecinas y acaparan la atención del paisaje. En el siglo XVI, fueron concebidas con el objetivo de fomentar una convivencia fraternal entre la cosmovisión local y la extranjera, entre oprimidos y opresores, aunque la simbología no deja dudas: se procuró implantar una creencia sobre la otra. En ciudades acaudaladas del virreinato, como el Cusco y Lima, la cantoría de los santuarios constituyó el mayor difusor cultural de la Colonia.

Ironías de la época, la armonía entre las civilizaciones jamás interesó verdaderamente. La dinastía de los Habsburgo —que gobernó España entre los siglos XV y XVII— implantó, en sus colonias latinoamericanas, la mano dura en pos de la unidad espiritual en torno al catolicismo. Asimismo, los europeos, que lógicamente eran menos en cantidad, se vieron privilegiados por un incorruptible sistema de castas, creado por ellos mismos, que segmentaba a la población sobre la base de su mestizaje con indígenas y con negros. Los españoles peninsulares estaban en la cúspide, por encima de los nacidos en América, los criollos; y los pueblos nativos fueron designados a ocupar el subsuelo. Merecido lo tenían por adorar a un dios bisexual: Viracocha, el más destacado entre las creencias andinas, que era blanco y barbudo. Otras extrañas coincidencias como esta motivan la conjetura de que las divinidades de las religiones indígenas fueron, en verdad, europeos que desembarcaron en el continente tiempo antes que Cristóbal Colón confundiera su trayecto a la India.

Esta tarde las escalinatas de la catedral hacen de gradas para cientos de personas que disfrutan cómo, delante de las narices del poder eclesiástico, un desfile de cusqueños canta y baila en honor a la Pachamama. Unos pocos hombres dirigen un grupo de mujeres que, atados a su espalda, cargan a sus bebés, inocentes y desentendidos. Ellos llevan pantalón de traje oscuro, camisa blanca, un chaleco variopinto y un chullo, el tradicional gorro con orejeras del Altiplano andino. Ellas visten negras polleras hasta las rodillas, coloridos ponchos con adornos geométricos y un sombrero marrón. Todos de piel morena, calzan sandalías hechas a base de caucho, avanzan pausadamente y le sonríen al público que los anima. En la época

colonial, esta misma danza habría sido castigada con la horca o, en el mejor de los casos, con el azote, porque daba vida al diablo. Orgullosa debe de estar, entonces, desde la fuente principal, entre bancos y jardines, el inca monumental de bronce que se erige en representación de todo el pueblo y señala el horizonte del Cusco.

El sitio más pintoresco y mejor conservado del casco es el barrio de San Blas, sobre una cuesta que lleva su mismo nombre, al que se llega por la calle Hatun Rumiyoc, un angosto camino empedrado que abre paso a antiguas casas de estilo colonial. En el laberíntico sector viven familias que ofrecen habitaciones y artesanos que ofertan sus manualidades —orfebrería, cerámica, tallado, imaginería—, y persisten los muros contruidos por los incas hace más de cinco siglos: fueron hechos de una piedra tan pulida que aún se lucen sin ningún material adicional. A la hora de poner manos a la obra, los bloques elegidos no respondían a un molde particular, por lo que se pueden encontrar diversas formas azarosas, aunque siempre de lados rectos. En el inicio del sendero principal, un atractivo particular congrega a los curiosos: la famosa y enigmática «piedra de los doce ángulos». Considerada Patrimonio Cultural de la Nación, los expertos señalan que, si se removiera esa pieza poligonal de casi seis toneladas, el palacio arzobispal, la construcción donde está incrustada, se vendría abajo inmediatamente.

En la cima de la pendiente descansa el Sacsayhuamán, una de las joyas de la arquitectura inca —que sigue siendo elogiada y admirada por los que saben y por los que no— que rodean el centro histórico cusqueño. Descrito por primera vez en 1534, aún se debate su utilidad: ¿templo, fortín o palacio? Cualquiera haya sido, aunque no se descarta una convivencia entre sí, hoy persisten solamente sus tres plataformas de piedra labrada, lo único que los españoles no pudieron sustraerle para construir sus casas y sus iglesias. Las piezas son de enormes proporciones, pesan cientos de toneladas, y la perfecta mano de sus creadores, que pulieron detalle por detalle, no permite que ingrese ni un alfiler entre ellas.

—¡Cuidado con la cabeza!

—¡Cuidado con los pies!

El complejo, al que se llega un poco exhausto por la caminata y la altura, presenta, además de algunas llamas pastando su suelo verde, grandes portales y pequeños recovecos, torreones sobre sus gruesas murallas y escalones traicioneros. Pasaron largos años y el material sigue siendo extremadamente sólido y firme, a pesar de mi mejor intento por mover siquiera una baldosa. Si bien se cree con más seguridad que representaba un lugar de culto a la cosmología andina —actualmente, cada 24 de junio hospeda el *Inti Raymi* o *Fiesta del Sol*—, no le falta nada para considerarse una edificación militar: su estilo ciclópeo y su ubicación sobre la ciudad la hacen ver imponente e impenetrable. Su cara sur ofrece una vista panorámica propia de un documental: el cielo encapotado, la cordillera de los Andes en el horizonte, los tejados rojos de las casas y la plaza de Armas, el único claro, en el centro de la imagen.

Luego de satisfacer nuestros ojos con el paisaje, caminamos al costado de la ruta unos cuantos metros, mientras turistas blancos y rubios suben en camionetas, hasta llegar al sitio arqueológico de Qenko. A ciencia cierta se sabe que este sí oficiaba de espacio dedicado a las ceremonias en honor al Sol, a la Luna y a las estrellas. La traducción de su nombre anticipa lo que se puede esperar: una gran roca se sitúa en el centro de la escena. Los incas creían que algunas piedras eran sagradas, porque servían como instrumentos de medición astronómica, y rodearon a la de mayor tamaño con un altar, que a su vez está encerrado por un bajo muro semicircular donde se sentaban los fieles.

Más arriba, siempre por el mismo camino, las últimas dos obras que custodian el Cusco desde lo alto. El pueblo, también centro religioso del Imperio, organizaba sus santuarios sobre la base de «ceques» donde debían erigirse. Sobre una de esas líneas imaginarias se apoya Tambomachay, un adoratorio especial. En este lugar de descanso el soberano se relajaba en sus baños y contemplaba la apacible naturaleza de su entorno. Además, a través de canales hábilmente distribuidos, se repartía a toda la ciudad el agua, fuente de vida venerada: representaba lo masculino y, junto con la femenina tierra, engendraban una fértil unión. Hace seiscientos años ingenieros hidráulicos del incanato hicieron los cálculos necesarios para que el líquido, proveniente de las napas subterráneas, no chocara y se desperdiciara; hoy ni una gota moja lo que no debería.

El poderío europeo no se limitó a ocupar territorios que ya tenían dueños, sino también se dedicó a propagar ideas parciales sobre estas civilizaciones, de las que quedan resabios en la actualidad. Entre las gentes de América, aunque no lo contaran en sus regresos al otro lado del Atlántico, había una amplia gama de expertos obradores capaces de levantar complejos arquitectónicos fenomenales. Y no disponían, para tomar magnitud de su nivel de desarrollo, del hierro, el arado, el vidrio, la pólvora, la brújula ni la rueda, por una simple razón: no conocían esos elementos. En cambio, los invasores, que gozaban de las invenciones del Renacimiento, ya tenían experiencia en sus usos, así como en el papel y la imprenta: allí se volcaban los comentarios de estas bestias salvajes del «Nuevo Mundo».

Frente a los acueductos, sobre la ladera del cerro, la fortaleza de Puca Pucara completa el grupo de los cuatro recintos icónicos del Cusco. Sin embargo, es el único construido con otro material: caliza, que, en esa ubicación, se tiñe de rojo cuando la impactan los rayos del atardecer. Tan cerquita del sol, frondosa paja abunda los suelos del lugar, que desde lo alto anticipaba ataques enemigos gracias a una panorámica privilegiada. Debido a que se encontraba a la vera del *Qhapaq Ñan* —una red de caminos de treinta mil kilómetros que unía el Tahuantinsuyo y que ahora está cubierta por matorrales—, este lugar fue utilizado, asimismo, como tambo para acopiar alimentos, lana, leña y otros productos, y como descanso para los chasquis, mensajeros que transmitían órdenes y noticias por todo el territorio incaico. Es por eso que cuenta con varias habitaciones, además de terrazas y túneles.

—Por favor, comamos en el primer lugar que veamos —pide Pame, cuando terminamos la última visita.

—Estoy fusilado, necesito tirarme en el pasto.

—Almorzamos, porque no doy más, y hacemos la digestión por ahí.

Mientras caminamos cuesta abajo, frenando la estampida con los cuádriceps tensos, una alpaca blanca cruza la ruta en nuestra dirección. En un principio, nos asustamos. Venimos contemplando el paisaje, y es nuestra primera reacción ante la sorpresa. El animal no se percata de nuestra presencia y sigue su camino. Rodea una casa y se junta con

otro de su especie, de color negro y más pequeño. No bien me acerco para acariciarlo y tomarle una foto, una niña abre la puerta de un golpe.

—Un dolarito, señor.

No tiene más de diez años. Viste ropa típica y usa trenzas.

—¿Qué precisan? —Aparece la madre, con tono preocupado.

—Estamos bajando para la ciudad, pero tenemos hambre. ¿Dónde podemos comer por acá?

—Los restaurantes están a cinco kilómetros recién.

Agradecemos la desalentadora respuesta y seguimos, ofuscados. Lamento no haber confiado en el choclo que me ofreció una señora en el camino. El viento sopló, las nubes se corrieron y el sol, encima de nuestras cabezas, quema. Estamos sofocados y sedientos. No tenemos ganas de esperar el colectivo, pero tampoco fuerzas para andar.

—¿Quieren cuy? —grita la mujer, haciendo exagerados ademanes con los brazos.

No entendemos a qué se refiere, pero nos acercamos interesados.

—Estamos comiendo un plato típico. Mi marido y yo los invitamos a pasar.

Nos miramos incrédulos. De una foto cobrable a un almuerzo gratuito, en tan solo cinco minutos. Exagerada analogía: del capitalismo salvaje al comunitarismo indígena. Me alegra saber que no han caído definitivamente en las garras del mercado. No sabemos de qué se trata la oferta, pero en este momento negarnos a semejante propuesta es un lujo que no podemos darnos. Aceptamos, no sin cierta desconfianza. Tropiezo con el escalón del recibidor por los nervios.

—Por favor, pasen. —Nos invita con una dulce voz y un amable gesto, y corre la cortina que da paso al interior de la vivienda. No hay puerta.

—¡Bienvenidos! Siéntanse como en su casa —exclama su esposo, que espera parado, entusiasmado por nuestra visita.

Durante el corto período que duró nuestra indecisión, el señor ya había agregado dos platos, dos cuchillos, dos tenedores y dos vasos. La comida está servida; el sifón con chicha morada, también. Solo faltábamos nosotros. La nena nos indica los asientos que nos corresponden.

—Esto es cuy chactado. Se lo fríe en aceite adentro de un horno de barro o tapado con una piedra. Hoy lo vamos a acompañar con papas hervidas, pero también sabe muy rico con yucas fritas, maíz o salsa criolla.

El conejillo de Indias, pequeño roedor típico de la gastronomía cusqueña, se sirve entero. Procuero no examinar demasiado su cuerpito a la hora de degustarlo. No quiero retener esa imagen en mi mente por el resto del día. Sí perdura la sensación de saciedad: diferente en gusto a la carne que acostumbramos comer, es un alimento muy nutritivo, muy pesado. Me invitan a completar mi degustación con aguardiente en un pequeño vaso de colores. La somnolencia se apodera de mí, no puedo levantarme de la silla. Ellos, mientras tanto, siguen con sus actividades: él afila cuchillos, ella le cose una ropita a su hija y la nena juega afuera con las alpacas. Jamás nadie me apura, no nos echan ni lo insinúan.

Cuando recuperamos algo de energía, agradecemos y nos despedimos, todavía sin poder creerlo. La siguiente parada es, como pactamos, una planicie con vista a la ciudad, donde nos recostamos a observar las formas de las nubes y a escuchar el canto de los pájaros. Cambio de planes: imagino estrategias de guerra en esta superficie escarpada. ¿Cómo un imperio tan grande como el inca, en vínculo estrecho con la montaña, fue abatido tan fácilmente por un puñado de bárbaros venidos de la llanura?

Desde el norte de Sudamérica, Francisco Pizarro arribó al Cusco con ciento sesenta y ocho soldados —que inicialmente fueron tomados como buenos augurios porque los confundieron con seres mitológicos— y excentricidades fulminantes. Los ochenta mil hombres del ejército incaico aguantaron la embestida con garrotes, piedras, lanzas y corazas de paño, pero nada pudieron hacer contra arcabuces, espadas, cañones y armaduras de acero. Tampoco hubo equiparación entre guerreros de a pie frente a jinetes sobre caballos, animales que fueron reintroducidos en el continente —originarios de estas tierras, se habían extinguido— por los europeos, quienes los habían conocido gracias a los árabes. Mucho menos combate les pudieron presentar a los bichitos que las

carabelas amablemente trajeron: la viruela, el sarampión, la gripe, el tifus y la peste bubónica mataron a muchos más que la esclavitud o el suicidio. Huayna Cápac murió atacado por pústulas, por ejemplo. Los invasores aprovecharon también las fracciones internas del incanato, que se encontraba en plena guerra civil entre los hermanos Huáscar y Atahualpa por la sucesión del trono. El último fue el primero en acoger al conquistador y sufrió una forma de agradecer un tanto particular: fue secuestrado y, a cambio del oro exigido para su rescate, recibió el beso de la muerte en el cuello. Hábiles oportunistas, buscaron cómplices y estrecharon lazos con los sacerdotes, los funcionarios y los militares, lo que les permitió vencer definitivamente a las jefaturas indígenas supremas.

Unas gotas caen sobre mi frente y me despiertan de una necesaria siesta al sol después de semejante almuerzo calórico. Entre imágenes de la naturaleza y movimientos bélicos, me quedé dormido sobre el pasto, con la cabeza apoyada en una piedra. Corre una brisa y se me eriza la piel; es el momento indicado para estrenar el suéter de lana que compré en el barrio de San Blas. En media hora nada más, en un abrir y cerrar de ojos, el cielo se ha encapotado con nubarrones grises que asustan.

—Está empezando a llover. Vayamos antes de que se largue —le advierto a Pame, que se dio cuenta y, sin embargo, lo disfruta.

Emprendemos el regreso por un camino alternativo: en lugar de bordear la ruta, bajamos a la ciudad por una larga y empinada escalera que atraviesa la periferia del centro. Nos cruzamos con niños que vuelven de la escuela y con jóvenes que juegan al fútbol en un playón. Todos nos miran asombrados, no pueden creer que tomemos ese atajo a pesar de las terribles advertencias que los agentes de viajes dan para que el visitante evite salirse del ambiente turístico. Empero, muchas veces son las experiencias más enriquecedoras. Lo sabemos y lo comprobamos.

—¡Venga, venga!

Una adolescente, con el uniforme del colegio todavía puesto, nos saluda con una sonrisa poco habitual. Está parada en la puerta de una casa blanca, igualita a las contiguas.

—¿Quieren coca?

—No. Muchas gracias.

Intentamos mostrarnos firmes sin dejar de ser amables.

—No tienen por qué asustarse. La coca acá no es mala.

La miro a Pame, y ella da el paso adelante.

—¡Yo quiero probar! Me duele la cabeza. Quiero ver si realmente sirve.

Le pego un codazo y vuelvo a clavarle la mirada.

—¡Bien! Me acompañan por acá.

La chica nos hace entrar a la casa. Ella va primero, a paso veloz; le sigue Pame, entusiasmada; y, último, yo, que examino todos los cuartos que atravesamos. Las puertas de las habitaciones no existen, la cocina tiene cuatro platos sucios, como recién usados, y el living presenta un desorden que pinta una escena perturbadora. Nadie anda por ahí, impera el silencio. Accedemos a un patio interno lleno de macetas y cercado por medianeras bajas que permiten ver, a lo lejos, las montañas. Un sonido se comienza a escuchar, parece provenir del fondo. Pame pregunta por el nombre de una planta que se repite por todas partes. Yo le veo un aspecto conocido, pero no puedo afirmar con seguridad nada. Seguimos en la misma dirección, derecho, hasta que chocamos con un portón negro. Abre y explota el bochínche.

—¡Sean bienvenidos! —Nos recibe una señora que viste un delantal—. Este es un museo de la coca. Lo manejamos con mi esposo y mi hijo mayor. Quien los trajo hasta aquí fue mi hija Andrea. Imagino que los trató bien, ¿verdad?

—Estábamos un poco perdidos y nos llamó. No teníamos pensado venir. Ni siquiera sabíamos que existía esto, para ser sinceros.

—Ay, sí. Ella es así. Le gusta mostrar lo que hacemos. Cuando vuelve de estudiar, antes de que oscurezca, se para en la calle para invitar a algún desprevenido que se equivocó de lugar.

En distintas salas, la familia explica la siembra, el cuidado y la cosecha de esta hoja icónica de los Andes. En el noroeste del Perú se encontraron

restos mascados hacía miles de años, mientras por las calles del Cusco se pueden ver locales que siguen amasando un bolo en sus mejillas. Esta antiquísima sana costumbre no es bien vista por aquellos que se creen aptos para entrometerse en las culturas ajenas: expertos internacionales aconsejan prohibir su cultivo y su consumo, principalmente porque temen la propagación de la cocaína. La coca carga con una desdicha: la ignorancia injustamente la emparenta con ese adictivo químico, a pesar de evitar mareos y náuseas y de ser la base de remedios caseros centenarios. Además, la hoja funcionó, al igual que la yerba mate, los tejidos y el cacao, como «moneda de la tierra»: en el sistema económico de la Colonia, natural y no monetario, los principales productos regionales circulaban como medio de pago.

Ya sobre las últimas horas de la tarde, cuando el cielo empieza a apagarse y las farolas se encienden lentamente, nuestro derrotero hacia el *hostel* encuentra otra excusa para demorar la llegada. En el corazón de la ciudad, mientras autos van y personas vienen, mientras una mezcla insoportable de sonidos se adueña de las calles, el convento de Santo Domingo descansa recostado sobre su majestuosidad. Es otra de las obras católicas que, muy respetuosas del prójimo, pisotearon un santuario indígena. Allí los nativos le dedicaron al Sol y a otras divinidades el Coricancha, un recinto cuyo interior —paredes, piso y techo— estaba bañado en oro, según pudieron apreciar los españoles antes de que la sed los poseyera y devoraran cada quilate. Desde la reconstrucción de la iglesia en 1534, apenas un año después de la conquista, ambos templos se fusionan para crear una sola estructura: la base conserva los muros incaicos —algunos han permanecido ocultos detrás de un revestimiento de barro— y la parte superior responde al estilo colonial.

Los enviados cumplieron con lo solicitado: el papa Alejandro VI obligó, a través del breve *Inter caetara* de 1493, la tarea de evangelizar a las poblaciones descubiertas en la América. Al racista parecer del sumo pontífice, tardaron cuarenta y cuatro años en resolver el problema, cuando Paulo III, mediante la bula *Sublimis Deus*, declaró a los indígenas «verdaderos hombres». Quizá la haya leído o quizá se le haya traspapelado, lo cierto es que poca importancia le dio el sacerdote Bernabé Cobo: en su *Historia del Nuevo Mundo*, fechado en 1653, le otorgó a la ignorancia de

los nativos la explicación de su politeísmo. Un siglo antes, la misma línea había seguido Juan de Betanzos, intérprete y mano derecha de Francisco Pizarro; para su falta de empatía, el culpable de confundir el Bien con el Mal en el corazón de los infieles era Satanás.

—Antes de llegar al Machu Picchu, hay muchos otros lugares que fueron parte del Tahuantinsuyo y que valen la pena ser visitados.

El día después de recorrer la ciudad del Cusco, es el momento de conocer sus alrededores. El guía, que pretende valoremnos todos los atractivos de la zona, va parado en la miniván, de espaldas al chofer y de frente a unos quince turistas. Demuestra una capacidad adquirida con los años para mantenerse firme en el lugar, a pesar de que el camino zigzagueante nos lleva a los demás de un lado a otro del asiento. Habla al micrófono en español y da indicaciones en inglés a los dos franceses sentados en la primera fila. Afuera llueve y el cielo no regala indicios de que vaya a parar. Hay una humedad, sin embargo, cálida: pegajosa, asquerosa, molesta. Yo escucho música con un oído, el otro presta atención a los datos curiosos que suelta José. Mi mirada, clavada en el paisaje. Estamos bordeando el río Urubamba, fuente de vida del Valle Sagrado de los Incas, sobre cuyas tierras fértiles se asentaron típicos pueblitos andinos y el centro de producción de alimentos más importante del incanato. El microclima de la región, a unos seiscientos metros por debajo del Cusco, generó las condiciones perfectas para el desarrollo agrícola. Afluente de la cuenca del Amazonas, también fue parte de la cosmología religiosa: su curso, creían, representaba la contraparte de la Vía Láctea en el planeta.

Pisac, la primera parada del camino, alberga una de las ruinas mejor conservadas. Sin embargo, nuestro interés pasa por su tradicional mercado artesanal, que ofrece una variedad inmensa de productos regionales —cultivos y artesanías— desde hace más de quinientos años. Mala planificación la nuestra: no es domingo y la plaza no tiene ni un puesto activo, solamente casillas de madera sin vida. La lluvia, además, ha espantado a los vendedores callejeros. Buena suerte la nuestra: cuando estamos a punto de reincorporarnos a la ruta principal, una señora nos chifla y nos abre el portón de su fábrica, una textilera.

—Acá no le hacemos miedo al agua —le dice al conductor, que baja la ventanilla porque no entiende cómo debe reaccionar.

Antes de la llegada de Francisco Pizarro, los tejidos artesanales alcanzaban una perfección que cayó estrepitosamente cuando los españoles encerraron a los indígenas y los forzaron al trabajo industrializado; el desmejorado producto, de todas formas, cumplió su rol: hacía mover la economía de la Colonia. Ahora algunas nostálgicas les siguen haciendo honor a sus antepasados y los siguen produciendo uno a uno, a mano, con paciencia de elefante; mientras la industria despacha el mismo estampado de a miles gracias a las máquinas y los vende a precios más bajos con los que ellas no pueden competir. Sami, la dueña del taller, tiene a cargo alrededor de diez jóvenes interesadas en rescatar del olvido algo de la cultura autóctona. Los hombres no se acercan, ellos están destinados a los trabajos de la chacra. Con un hablar pausado —para que se le entienda su español poco practicado, ya que aún se comunican en quechua—, la encargada nos explica, sentada en el piso y rodeada de vasijas, las etapas de la producción.

Una vez que llega la materia prima, cada tejedora se dedica a todo el proceso de fabricación, por eso cada prenda es única: no solamente se hacen ponchos, sino también gorros, mantas de bebés y caminos para las mesas, por ejemplo. El primer paso es lavar la lana —de oveja o de alpaca— con *savta*, una raíz similar a la yuca, que, rallada y mezclada con agua, sirve como detergente también para el pelo y la ropa. Cuando ya se seca, toca el hilado o *puska*, que se realiza con ruecas y enlazando un hilo con el otro, sin hacer nudos ni desperdiciar nada. Por último, llega el momento de teñirla dentro de un mortero. Todos los colores están producidos de manera orgánica: se utilizan arbustos, flores, insectos, distintos tipos de maíz; el limón y la sal se usan para desgastar hasta alcanzar la tonalidad deseada; y la orina de niños funciona como fijador. Existe una infinidad de patrones, que principalmente están dominados por animales originarios de la zona: el burro, la paloma, el cóndor, la serpiente y el cuy, entre otros.

El mineral que actúa como degradante es traído en sacones de las salineras de Maras, la siguiente parada de nuestro recorrido, un complejo de más de tres mil piscinas cavadas que penden de una montaña. Según en qué dirección impacten los rayos del sol, el blanco predomina sobre la ladera, pero también hay variedades tonales gracias a la presencia de magnesio, calcio, potasio y silicio. En épocas de sequía, cada pozo —de una

dimensión de cinco metros cuadrados aproximadamente— se alimenta de un manantial subterráneo hipersalino que se formó hace millones de años: cuando la temperatura sube y evapora el agua, la sal se cristaliza en la superficie. Este es de los pocos lugares en el mundo de donde se la extrae rosada, rareza que se vende en puestos cercanos o se puede levantar directamente de los piletones. Camino por los delgados pasillos que se marcan entre ellos y tomo algunos puñados: sabe demasiado salado, más de lo normal, y necesito agua de inmediato para quitarme el gusto. Provechosos de sus recursos, los peruanos crean chocolates salados también, así como los hacen de coca.

A pocos kilómetros de las minas, unos extraños círculos se hunden—hasta treinta metros— en el terreno. En un primer golpe de vista, esas terrazas concéntricas, una encima de la otra, parecen estradas de un anfiteatro. Los nativos, en realidad, alzaron allí un laboratorio agrícola de excelencia para estudiar las condiciones ideales que requería cada cultivo: los pisos, ubicados a distintas alturas, adoptan un microclima propio y favorable para una especie en particular. Esta inteligente disposición genera que, en un mismo lugar, se aprovechen varias zonas ecológicas con temperaturas diferentes, cuando naturalmente no se encontrarían en ese bioma. Además, las sombras tampoco quedaban fuera del control de los expertos indígenas: piedras verticales indicaban sus límites acordes al crepúsculo, durante solsticios y equinoccios. En el recinto se producía más de la mitad de las verduras del Imperio, se aclimataban plantas salvajes adaptadas al consumo humano y se hacía crecer la hoja de coca, reacia a ese ecosistema sin la ayuda del hombre.

—Los invito a que se sienten en el pasto y respiren profundo —nos dice José tras su explicación.

La hierba es un colchón verde y esponjoso. El aire huele raro: huele a pureza. Algunas nubes, casi transparentes, manchan un cielo celeste. Todos los visitantes observan en silencio. Solo algunos probamos la experiencia sugerida. Yo me recuesto sobre una de las paredes, cierro los ojos, siento tranquilidad, los abro y observo. Otros, inquietos, dan vueltas alrededor del sitio, suben y bajan escaleras, buscan el ángulo óptimo para la mejor foto. El murmullo de dos personas resuena en el ambiente como un altoparlante, aunque no se pueda identificar a quiénes corresponden

las voces. Unas chicas dibujan la escena con carbonilla, otras la describen con palabras en sus anotadores. Un grupo de fotógrafos analizan la exposición de la luz antes de captar el momento. Esa congregación de peregrinos del siglo XXI dificulta la tarea de recrear los movimientos que se daban durante el incanato: sin zapatillas de *trekking*, sin cámaras ni binoculares, con otras vestimentas, con otros accesorios, los indígenas exploraron todos los rincones de la superficie, sus formaciones y sus deformaciones, sus potencialidades y sus debilidades, para propiciar una agricultura de subsistencia.

En la actualidad, los transgénicos contaminan, el mercado monopoliza y el monocultivo unifica; la que sale perdiendo es la diversidad que lograron desarrollar aquellos entusiastas campesinos: ¡tres mil doscientas cincuenta variedades de papa llegaron a cosechar! El íntimo vínculo de los locales con la naturaleza, el conocimiento de sus tierras y la capacidad organizativa del pueblo permitieron estas innovadoras obras públicas, ejemplos vigentes para los ingenieros agrónomos que cruzan el mundo con tal de admirarlas de cerca. Si ese complejo se levantara con los métodos de hoy, se gastaría una fortuna por hectárea. No les hizo falta tanto presupuesto a los incas, que siglos antes alzaron todo sin conocer la rueda, el caballo ni el hierro. Tras la llegada de los españoles, la producción se vio truncada por las políticas impuestas por la conquista: decidieron dedicar los suelos a la exportación, lo que redujo la fertilidad, y enviaron a las comunidades hacia Potosí para traficar plata y oro a través de los mares. La demanda de productos aumentó, pero los trabajadores fueron explotados y, ya que Europa ponía la plata y había que satisfacer sus antojos, los sobrevivientes murieron por el cambio de la dieta.

—Ahora nos dirigimos a la última visita del valle, parada obligatoria antes de emprender el camino rumbo al Machu Picchu.

Mandado a construir por Pachacútec, el único bastión inca que continúa habitado es Ollantaytambo, cuya fisonomía delata una impronta inconfundible: calles de adoquines y edificios al estilo colonial. Sus habitantes no se resignan al paso del tiempo y, contra la globalización, conservan tradiciones centenarias de sus antepasados. Mientras tanto, la plaza de Armas es el punto de encuentro designado para las minivanes que parten hacia una de las dos maravillas del mundo moderno que tiene

Sudamérica. Mochileros llegan de todos lados cargados de expectativa y ansiedad, corren de acá para allá buscando el vehículo que les corresponde, están a un día de concretar el objetivo principal de sus viajes. A esa vorágine se le contraponen la tranquilidad de los *hippies* que venden pulseras y collares en el piso, sobre mantas, y fuman marihuana sin importar cuál sea la hora del día. Sin embargo, unos metros más allá del caos turístico que irrumpe en la calma de un enclave andino, el complejo arqueológico del poblado tiene el mágico poder de inspirar, con su imponente majestuosidad, un respeto que apacigua voces.

—Observen los detalles, no dejaban nada librado al azar.

De cara a la cuenca del río que abre paso entre los picos y forma una ancha grieta en la cordillera, se destacó por ser principalmente un centro militar, aunque también se le dieron usos religiosos y agrícolas. Emplazado sobre la unión de dos laderas, su altura le otorgó a la resistencia inca una posición privilegiada durante las batallas que libraron contra los invasores españoles en 1537. Al día pueden verse, con mucha atención, los daños que dejaron aquellas peleas, cuando no provocaron destrucciones casi totales. La construcción —lítica, por supuesto— dispone de andenes paralelos que escalan la montaña y, en la cima, de distintas atalayas con vista periférica. No por casualidad su nombre, en lengua nativa, significa ‘lugar de observación desde lo alto’. El complejo también cuenta con depósitos, granjas y santuarios, diseminados en perfecta armonía por distintos sectores, sin romper con la robusta y temerosa imagen bélica de su arquitectura.

Ya de regreso a la cuna imperial, nos apartamos del río Urubamba y paramos en Chinchero, otro poblado típico, encerrado por los picos más altos del sector cordillerano. Pintura de una época que se resiste a perecer, su sencilla plaza emana un aire ancestral gracias a las vendedoras callejeras que se reúnen para ofrecer ponchos y explican, orgullosas, los significados de sus patrones. Sobre uno de sus laterales, el palacio inca que alguna vez fue casa de Túpac Yupanqui se mantiene erguido, impoluto, con una base de enormes piedras. Resistió al fuego que encendieron los incas cuando huyeron de los conquistadores y quemaron las provisiones; desde la victoria de los españoles, resiste el peso de un cuerpo blanco invasor, la iglesia de Nuestra Señora de Monserrat, y el simbolismo de

sus cruces católicas clavadas en lo más alto. Mientras tanto, a pesar de las corrientes políticas que cruzaron el océano e invadieron el país y el continente, todavía sus habitantes se organizan en *ayllus*, un sistema incaico que congrega a las comunidades indígenas de los Andes. Estos colectivos familiares estuvieron en peligro de extinción cuando, durante el siglo XIX, el liberalismo se propuso occidentalizar el Perú. En consonancia con el Decreto de Trujillo que en 1824 dictó Simón Bolívar, los legisladores abolieron —de palabra— mecanismos del feudalismo español: la encomienda y el tributo; pero condenaron supuestos resabios primitivos en la organización de los nativos y motivaron la instalación de la propiedad latifundista sobre sus tierras. Así resuelto, los privilegios de la oligarquía no se inmutaron, y la explotación del hombre por el hombre tampoco cesó.

Andar kilómetros hacia adelante y años hacia atrás es cansador: una jornada maratónica por el Valle Sagrado y por la historia del incanato agota física y mentalmente. Entrada ya la noche, esta vez el transporte nos larga frente al convento franciscano. En el parque que lleva el nombre del santo, la gente rodea a unos artistas callejeros y hace palmas. Porque la curiosidad siempre da un empujoncito más, nos acercamos. Es un grupo indigenista conformado por tres jóvenes de la Argentina, de Bolivia y del Perú —cada uno viste un poncho con los colores de su respectivo país—, todos con rasgos andinos en sus rostros. Con un orgullo que puede adivinarse en sus expresiones, ensayan música del Altiplano: soplan la quena, tocan el charango y golpean el bombo, entre cables, micrófonos y parlantes que desentonan con la puesta en escena. Un chullo sobre el piso ansía tragar monedas y eructar nuevas canciones. Los vientos, las cuerdas y los golpes parecen solamente saber evocar nostálgicas historias de guerra y pérdidas e inmortalizar héroes recordados a través del tiempo por sus luchas; todavía gritan, también, por la emancipación latinoamericana, mientras incluyen expresiones en idiomas originarios. La temperatura de la performance aumenta cuando una mujer es rememorada: Juana Azurduy, «la flor del Alto Perú». Y los locales que pasan se suman a cantar por su eterno líder: *el eco nombra aún / a Túpac Amaru*.

José Gabriel Condorcanqui vivió bajo el yugo colonial desde los primeros parpadeos que dio en 1741 en la provincia de Tinta. Hijo de cacique, descendiente de un prestigioso árbol genealógico, pudo estudiar, a diferencia de sus coterráneos, en un colegio religioso del Cusco y heredó

los negocios de su padre: administró terrenos y animales de carga, lo que le permitió juntar unas monedas y codearse con los capos del Virreinato del Perú. No obstante, su suerte no era la de todos, y lo tenía muy en claro. Medida tras medida, la Administración española profundizaba la penosa vida que sobrellevaban los indígenas. Él alzó la voz del malestar social, intentó visibilizarlo por la vía legal, pero los funcionarios del rey cometieron el error de no querer escucharlo. Sin demasiadas vueltas, tomó prisionero al corregidor y lo ejecutó a la vista de las comunidades oprimidas. Su siguiente decisión fue cambiarse el nombre y, en honor a su antecesor ejecutado por luchar su misma causa, adoptó el que ahora todos recuerdan por las calles peruanas. El pueblo no le dio la espalda: quienes no habían muerto todavía a causa del trabajo forzado al que eran sometidos, venidos de los cuatro puntos cardinales, se pusieron a las órdenes del inminente jefe.

La sociedad de la época estaba profundamente dividida. Los de arriba rechazaban a los de abajo y los de abajo rechazaban a los de arriba: la lucha por los privilegios movilizó a la Colonia en no pocas oportunidades. Para no vivir en constante batalla, las autoridades seguían una pauta bastante parcial: si las protestas venían de personalidades destacadas, las cosas se resolvían fácil y sin violencia; si los revoltosos eran de las clases bajas, una represión brutal los acallaba. Bajo estas normas de juego, los criollos rechazaban el vínculo con los indígenas, aunque la misma injusticia los castigara, porque veían en su incivilizada intervención una amenaza para su estatus. En este contexto, si bien no fue concebida de esta manera en sus principios, el oriundo de Surimana comandó, a los treinta y nueve años, la sublevación anticolonialista más importante de la historia latinoamericana. Todos los grupos no privilegiados se sumaron a los desde-siempre-perjudicados y la búsqueda de justicia social se convirtió en una posición independentista.

Las armas europeas no dieron lugar a más que una resonante victoria que asustó a los poderosos: al final de la guerra, apenas contabilizaron entre quince mil y diecisiete mil quinientas bajas, mientras que los rebeldes enterraron unos cien mil cadáveres. Aunque el alzamiento luchó hasta agotar sangre y sudor en 1783, las tropas reales tomaron prisionero a su cabecilla en abril de 1781, junto con su esposa Micaela Bastidas, dos de sus hijos y otros cuantos familiares y fieles. Cuenta la leyenda que, cuando un enviado del rey lo visitó en la cárcel para arrebatarle los nombres de

sus secuaces, él respondió: «Aquí no hay más cómplices que tú y yo: tú por opresor y yo por libertador, merecemos la muerte». Su destino final lo condenó a ser el protagonista de uno de los más crueles magnicidios de los que se tengan registro en los libros. Como un espectáculo montado en la plaza de Armas, después de cortarle la lengua, ataron sus brazos y sus piernas a cuatro caballos que se alejaban para descuartizarlo. Moribundo seguía demostrando una fortaleza inaudita: el cuerpo no se partió y ordenaron decapitarlo en la horca. Sus extremidades pasearon por la colonia, cual visita ilustre, para apaciguar cualquier idea loca que quisiera levantarse contra los realistas. El torso fue quemado y sus cenizas aún flotan en el río Huatanay. Además, acabaron con sus compañeros Túpac Catari, Bartolina Sisa y Gregoria Apaza, y sugirieron hacer lo mismo con toda su descendencia, hasta el cuarto grado.

El escarmiento funcionó: bastión leal de la España imperial, el Perú fue uno de los últimos países en proclamar su independencia en Hispanoamérica. Los sectores criollos prefirieron relegar su autonomía antes que ver cómo, con una revuelta social de las bases, su nivel de vida sufría consecuencias no deseadas. De todas formas, Condorcanqui, que profesaba la fe católica, nunca se propuso recrear el incanato ni imponer su cultura: buscó, mejor dicho, una convivencia entre la monarquía inca y el igualitarismo y entre el catolicismo y los valores espirituales autóctonos. El temor estuvo latente hasta casi cuarenta años después: durante el auge de los procesos emancipatorios, no hubo una revolución local, mientras gran parte de sus vecinos ya habían conformado sus primeros Gobiernos patrios. La liberación llegó del exterior: unidos en combate, los responsables fueron los ejércitos de José de San Martín y de Simón Bolívar. Pero la semillita la había plantado, incluso antes que la Revolución francesa y la Independencia de los Estados Unidos, Túpac Amaru, el primer libertador de América.

VENTANA ABIERTA

AL ESCENARIO



San Pedro de Atacama (Chile)



Colcha K (Bolivia)



Villa Imperial de Potosí (Bolivia)



Islas de los uros (Perú)



Cusco (Perú)



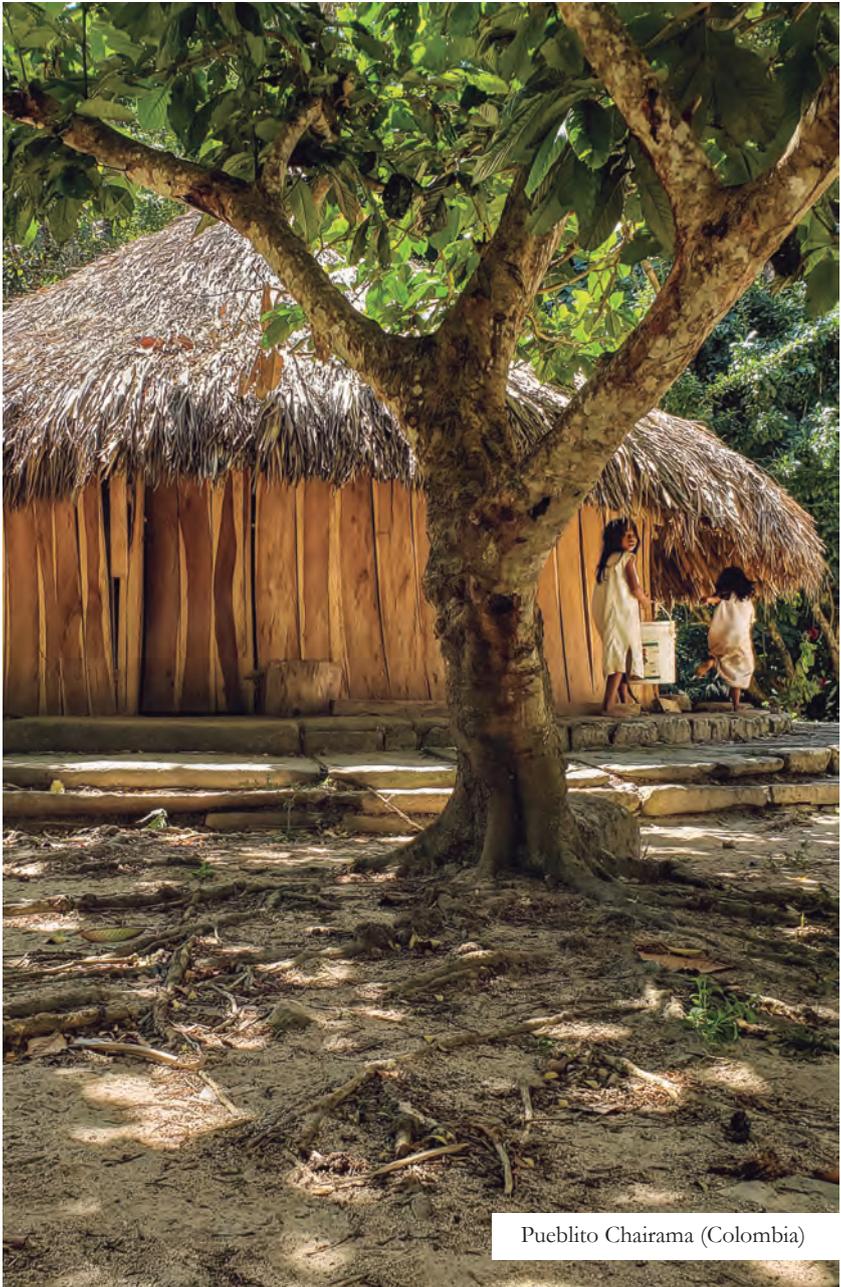
Quito (Ecuador)



Rumichaca (Ecuador-Colombia)



Medellín (Colombia)



Pueblito Chairama (Colombia)



RECORRIDO NORTE

ENERO DE 2019

Mundo a la mitad

*Algún día América tendrá
una voz de continente, una
voz de pueblo unido, una voz
que será respetada y oída;
porque será la voz de pueblos
dueños de su propio destino.*

Salvador Allende

Así como se separan la Argentina y Chile, Ecuador está partido en dos por la cordillera de los Andes: al oeste, desciende al océano Pacífico la llanura costera; al este, se abre paso la profunda y verde Amazonía. Sin embargo, la Sierra comprende toda una región en sí misma. En este tramo, la columna vertebral de Sudamérica irrumpe en el medio del país como un callejón formado por dos cordones montañosos paralelos, cuya escenografía dio que hablar a uno de los científicos más destacados de la historia. Fue el alemán Alexander von Humboldt quien, a principios del siglo XIX, bautizó al valle con el nombre de Avenida de los volcanes: es que en unos cuatrocientos kilómetros se alcanzan decenas de picos que alguna vez, más acá o más allá en el tiempo, han escupido fuego. Entre los mil quinientos y los más de seis mil metros sobre el nivel del mar, la ruta ofrece aventuras maravillosas, como una laguna en el cráter del activo Quilotoa, el «columpio del fin del mundo» frente al Tungurahua y el supremo Chimborazo, que ostenta el punto más alejado del centro de la tierra, aún más arriba que el mismísimo Everest. En ese voluminoso y escarpado escenario, a los pies del Pichincha, se encuentra Quito, la segunda capital más alta del mundo después de La Paz (Bolivia).

Custodiada por montañas desde todos lados, parece sufrir de asfixia: está encajonada, comprimida, angosta, extendida de norte a sur. Esa es la dirección —y viceversa— que recorren los choferes todos los días por larguísimas avenidas para llegar de una punta a la otra. Cuando yo llego desde el Cotopaxi, arribo a Quitumbe; cuando parto rumbo a Tulcán,

lo haré desde Carcelén: entre ambas terminales terrestres, ubicadas en posiciones opuestas, hay casi treinta kilómetros. El Sistema Metropolitano de Transporte fue inteligentemente planificado para abarcar la mayor parte del territorio y acortar distancias de manera rápida: son tres los corredores que paralelamente circulan a lo largo de la ciudad. El trolebús viaja rápido por su exclusivo carril central, aprovecha la onda verde que lo habilita a que semejante estructura alcance tanta velocidad y cruza ajetreadas calles perpendiculares. Un señor petiso y bigotudo pisa el acelerador con naturalidad, ojea los espejos casi instintivamente y tiene la soltura como para charlar con un amigo que rutinariamente se sienta en el primer lugar. La estación principal es su punto de partida: subo cuando todavía nadie ocupa el volante. El conductor lo toma a la hora exacta que indica la pantalla del *ball* central y emprende su camino prácticamente vacío, tal es así que utilizo dos butacas: una para mí y otra para mi mochila. A medida que atraviesa barrios residenciales y se acerca al centro histórico, los espacios se reducen cada vez más. Es pleno mediodía: los chicos salen de las escuelas y cuentan sus andanzas a los gritos; los grandes, en cambio, van o vienen del trabajo con mala cara.

—¿Le puedo dejar esto acá?

La señora, a la que le cedo un lugar, no me contesta. Me mira con ojos incisivos, pero no me da respuesta: entiendo que accede a que mi bidón de agua quede entre sus piernas. Yo subo mi mochila a mi falda.

—Venezolanos... —murmura, casi sin abrir la boca, llena de fastidio.

Por la ventana veo, hacia ambos lados, cómo las laderas de las montañas verdes y marrones también están teñidas por modestas casas agrupadas en bloques. En la base, por el contrario, se han construido más departamentos, aunque ningún edificio suma demasiados pisos. El cielo, reino del majestuoso cóndor andino, se puede contemplar celeste, con pocas nubes, hasta las primeras horas de la tarde; de todas formas, el sol no castiga y la temperatura obliga a usar un abrigo liviano. Si bien los ecuatorianos se caracterizan por ser serenos y tímidos, ajenos a los ruidos fuertes y molestos, el tráfico caótico es habitual para una jornada semanal. No es un obstáculo para ciertas personas que, como un ejército de hormigas, se escabullen entre los vehículos y ofrecen objetos, de los más variados, que no llego a identificar desde mi posición. Justo cuando

el semáforo cambia a verde, por la ventanilla del chofer se asoma una mano, cuyo dueño no se inhibe y trota al ritmo lento de los primeros metros. Parecen decididos a vender bajo las circunstancias que sean. Los menos osados se paran en las esquinas e interceptan a la gente, le acercan sus productos sin que sean solicitados, gritan precios y hacen ofertas especiales en el acto. Son locales móviles: la vidriera es una caja colgada del cuello y apoyada sobre sus panzas; en la espalda, llevan una mochila donde guardan mercancía para llenar los huecos vacíos del frente. Economía de subsistencia aplicada: uno no tiene que buscarlos, ellos lo buscan a uno.

Tras unos cuarenta minutos de andar, en los que aprovecho para dar un primer vistazo a la dinámica de mi nuevo destino, me bajo, gracias a la ayuda de un joven que sigue mis pasos, en el Mariscal. Se trata de la moderna «gringolandia» —como la llaman los locales—, la zona predilecta para los viajeros, un tanto alejada de los atractivos patrimoniales, pero en el corazón de la movida nocturna: los *hostels* colindan con bares y *salsatecas*, que tienen como epicentro la plaza Foch. Escenario de la «caza de gringos», los ecuatorianos intentan conquistar corazones extranjeros, sobre todo durante las fiestas de fin de año, según me contarán más tarde mis compañeros de habitación. Al momento de mi llegada, arrastro un fuerte dolor de cabeza, producto del ascenso al volcán Cotopaxi, por lo que no recibo con mucho ánimo las canciones a todo volumen que ingresan —¡a las dos de la tarde!— por la ventana del cuarto. No es muy agradable sentirse mal cuando uno está de viaje y solo. Aunque llevo un improvisado botiquín de emergencias, prefiero no tomar pastillas. Tampoco quiero pasar las horas tirado en la cama. Voy a la recepción, donde atiende un chico muy alegre y respetuoso.

—¿Qué te anda pasando, hermano? Tienes una cara...

—Me pegó la altura. Voy a salir a comprar algo para comer.

Vuelvo con lo primero y más sencillo que encuentro: unas salchichas. Entro a la cocina desganado. Si pudiese evitar la cena, lo haría y estaría tapado por las frazadas en este mismo instante. Por si fuera poco, hay cuatro personas en la sala: entre ellos, el recepcionista, que se llama Gustavo. Saludo fríamente y busco las cosas que necesito. Ellos hablan a los gritos y se ríen a carcajadas. No es el mejor ambiente para mí. Además, tampoco les entiendo

mucho. Me preparo mi plato y me alejo. A mi lado viene a sentarse uno de ellos. Lleva una caja con cigarrillos de distintas marcas.

—¿Quieres, amigo?

—Te agradezco, pero no

—Mira que te lo puedo dejar *baratico*.

—No fumo. Gracias.

El hombre, que debe de tener unos treinta años, ordena los paquetes y despliega billetes verdes que saca hechos un bollo de sus bolsillos.

—¿Vos vendés en la calle?

—Y sí, hay que ganarse la *platica* como sea.

—¿Y por qué te viniste para acá?

—En mi país está todo muy jodido, tú sabes. Y aquí se hacen dólares fáciles.

En medio de una crisis por la caída del precio del barril de petróleo, Ecuador adoptó el dólar estadounidense en el 2000, en reemplazo del inestable sucre, que estuvo en vigor durante ciento dieciséis años. Es el único país de Sudamérica que ha dolarizado su economía; en Centroamérica, también lo han hecho Panamá y El Salvador.

—Y les mandamos a nuestros familiares, para que ellos también puedan salir.

—¿Todos los que venden en la calle son venezolanos?

—Todos compatriotas...

Yo miro un cuadro que está colgado en la pared. Él interrumpe su oración de golpe. Levanto la vista por el silencio repentino. Los ojos le lagrimean.

—¡Vente, marica! Está listo esto.

Gustavo mueve su cabeza y le pega el grito a Hugo, que se levanta rápido.

—¿Vas a dejar solo a tu nuevo amigo? ¡Tráelo para acá, hombre!

La primera impresión que me causó se está confirmando: el tipo, de boca grande y tono melódico, es extremadamente cálido. No cruzamos más que unas pocas palabras cuando llegué, y ya me está invitando a su mesa.

—Este también es un *pana*: José. —Le pega un golpe jocoso en la cabeza a un muchacho mal sentado, con dientes chuecos y ojos saltones—. Este es Ricardo, coterráneo tuyo, un *boludo* como vos. —Señala a un cuarentón grandote, que viste íntegramente de negro, incluso las botas.

Me acercan una silla y me dan un cuchillo. Todos ayudan en la preparación, cada uno corta un ingrediente: sobre la mesa hay tomate, queso y cebolla. Gustavo, transpirado y ahumado, es el líder del grupo y el encargado de elaborar el pan de maíz, famosamente conocido como *arepa*.

—¿Comiste alguna vez? Esto es de Venezuela, papá. No de Colombia, eh.

Solo las conocía de nombre. Sabía que alguna vez las probaría, tenía la idea, pero jamás creí que sucedería en Ecuador. Por baratas y por sencillas, es la base de la dieta de los exiliados, que las apropiaron como un rasgo de su identidad en torno al cual se reúnen y recuerdan su tierra.

—¿Te sobraron salchichas, che? —remarca el vocativo, mientras le guiña el ojo a José, que larga una risa que retumba en las paredes.

Y así, casi sin darme cuenta, me olvido del dolor de cabeza. El ambiente es fraternal por demás: nadie notaría que, venidos de distintas latitudes y realidades, recién acabamos de conocernos. Las arepas se desarman en cada mordisco, mientras uno aprovecha para robar algo del relleno, dos se descomponen de la risa y un celular immortaliza el momento en un video. Intercambiamos expresiones características de nuestros respectivos países, nos enseñan movedizos pasos de baile y charlamos eufóricamente sobre fútbol argentino, al que miran mucho más que al vinotinto. De hecho, Gustavo me pide la camiseta de Boca, algo que me alegra, pero me niego, y finalmente nos sacamos una foto: yo, con la azul y oro; él, con la de su Selección. De fondo se escucha la música del noctámbulo barrio, pero nosotros somos el único ruido que suena en el *hostel*. Solo de vez en cuando aparece un huésped semidormido en busca de agua, aunque ninguno se anima a pedirnos que hagamos silencio.

—Aunque aquí ganemos en dólares, por esto la Argentina es un paraíso para cualquier venezolano: ¡tienen la misma buena onda que nosotros! Aquí la gente es muy fría, triste, y eso hace extrañar más la patria de uno.

Siento que un balde de agua fría cae sobre mí. Él, sin embargo, me mete un empujón amistoso y estira su mano abierta para chocar los cinco.

—Yo lo que extraño son mis piernitas sanas. —Solloza irónicamente José, que se levanta y renguea tambaleante.

—¡Qué vas a extrañar, si acá te tienen lástima, mentiroso! ¡Te sentás en las veredas y te dan dinero a cambio de nada!

Para mí la noche termina cuando empieza la ronda de tragos: circulan botellas de ron y de ginebra en una competencia para determinar quién es el menos «marica». A la mañana siguiente, la vibra cambia rotundamente: mi día comienza muy temprano en el sector principal de la ciudad, el que enorgullece a los quiteños. El casco antiguo fue declarado por la Unesco, en 1978, como el primer Patrimonio Cultural de la Humanidad: según el organismo, se trata del conjunto histórico mejor conservado del continente. En este territorio se asentaron tres civilizaciones, aunque no se han encontrado datos certeros que confirmen el inicio exacto de cada una de ellas. Sí se sabe que fueron los pacíficos quitus sus primeros habitantes y quienes le dieron el nombre. Hacia el siglo xv, el Tahuantinsuyo lo anexó a sus dominios y lo convirtió en uno de sus puntos neurálgicos del norte. Para 1526, cuando llegaron los españoles, el general Rumiñahui decidió incendiarlo antes de entregarlo sin mayor resistencia, motivo por el cual no quedan restos incas. Finalmente, su fundación, fechada por la historia oficial de los vencedores, fue el 6 de diciembre de 1534, cuando Sebastián de Benalcázar sentó, sobre las cenizas de los indígenas, las bases de la actual Quito.

En soledad, emprendo mi recorrido bajo la lluvia. No soy el único que agacha la cabeza y sigue su camino obstinado. De arriba y de abajo, porque se reflejan en las baldosas mojadas, las nubes negras pintan un panorama desalentador. Los colores de las fachadas le dan un poco de vida a una ciudad que se oscureció por completo. Una de esas tantas calles pintorescas es La Ronda, una angosta y empedrada cuyos edificios ya cumplen más de dos siglos. Antes, en tiempos de revoluciones, servían como escenario ideal para que logias tramaran conspiraciones en contra de los funcionarios; hoy

albergan restaurantes de gastronomía local y congregan a aquellos que buscan una alternativa más autóctona al moderno Mariscal. Nada de eso vivo. Antes del mediodía, solo algunas tiendas tienen sus puertas abiertas al público y aromatizan el aire con incipientes preparaciones: las sopas, el loco y la fritada, entre los platos más vendidos.

—Pase, joven.

En un vínculo aceitado con los años, una pareja de viejitos comparte el pequeño garaje de su casa. Él selecciona y pica los ingredientes, ella revuelve ollas con las dos manos. Un olor fuerte y confuso invade el ambiente. Llegan a hacer más de tres comidas distintas al mismo tiempo.

—¿Quiere canelazo, hijo? Hace frío hoy.

Me voy calentando el cuerpo con esa mezcla de canela y licor, mientras miro cómo a mi izquierda el Panecillo intenta mostrarse a través de las tinieblas. En la cima de la colina, la patrona de Quito, «la única Virgen del mundo representada con alas», enorgullece a los quiteños, entre quienes se cuela algún feroz crítico: en palabras de un policía que pasa por allí, «mira hacia el norte, donde viven los ricos, y le da la espalda al sur, donde estamos los pobres». Los marginados desafían su desprecio y cruzan todos los días ese límite para entrometerse en el paisaje citadino y ganarse algunas migajas en las calles. A una de esas personas tampoco le importa el clima desfavorable: una falda larga verde, otra corta de color rojo, un suéter celeste y un sombrero oscuro visten a una señora que, pegadita contra la pared, ofrece manzanas empaquetadas en la vereda mientras cuenta moneditas dentro de una pequeña cartera que lleva sujeta a su cintura. Como ella, decenas de vendedores callejeros caminan la plaza de San Francisco, una amplia explanada que da respiro entre tantas construcciones apiñadas. Uno de sus lados está delimitado por el largo frente blanco de la iglesia homónima, que se apoya sobre un muro de piedras en cuyas arcadas se hacen un lugar negocios de comida al paso. Su monasterio, que empezó a construirse semanas después de la fundación de Quito, es el edificio colonial más grande de los centros históricos del continente. A las sombras de sus torres gemelas, algunos alimentan a las palomas y otros, los más niños, juegan a correrlas, mientras yo descanso tirado en la escalinata. Aprovecho la ocasión para degustar una empanada de viento: es una variedad

ecuatoriana rellena de queso, conocida de esa manera porque se inflan al freírlas.

Otro punto convocante de la ciudad es la plaza Grande, donde se reúnen los estatales que trabajan en los edificios gubernamentales para pasar las horas libres del mediodía. En las galerías externas del Palacio Municipal, los trabajadores se amontonan bajo techo a discutir las tapas de los diarios, jugar a las cartas y apostar a la quiniela. La visual de este escenario está muchísimo más abarrotada, los árboles se mezclan con el cemento en la imagen y se hace difícil establecer los límites entre una cosa y la otra. Poder político y poder eclesiástico, viejos amigos en el control de las ciudades, se representan en edificios no demasiado ostentosos ni muy imponentes; quizá el hecho de que no se destaquen tenga que ver con el amontonamiento. Por un lado, se alza la catedral Metropolitana, entre cuyas obras más destacadas de la Escuela Quiteña —producto del sincretismo cultural entre europeos e indígenas— llama la atención *La última cena*, en la que se ve a Cristo y a sus discípulos disfrutando de un asado de cuy, chicha y humitas. En el templo también descansa, desde hace ciento diecinueve años, la tumba del venezolano Antonio José de Sucre, prócer de la independencia de Ecuador y protagonista en las liberaciones del Perú y de Bolivia. Pero los mandatarios de su país natal han hecho reiterados reclamos por repatriarlo: «Si el presidente odia tanto a los venezolanos, que nos devuelva sus restos», le exigió Nicolás Maduro a Lenín Moreno en enero de 2019.

El presidente ecuatoriano tiene su oficina en el palacio de Carondelet, en otro de los costados de la plaza. Es una construcción baja y alargada que no facilita indicios para reconocerla como la casa de Gobierno; a simple vista parece una más entre tantas otras. Desde lo más alto, mueve las manecillas un gran reloj, ladeado por campanas que chocan en cada hora exacta y espantan a las palomas que se posan en los ventanales. En los balcones señoriales y en las distintas salas del interior, la bandera nacional decora cada recoveco de la residencia: como Colombia y Venezuela, Ecuador adoptó los colores del pabellón de la Gran Colombia, la unión que proclamó Simón Bolívar en 1819 a partir de los territorios del precedente Virreinato de Nueva Granada. El cuarto integrante del bloque regional, Panamá, desarraigado de sus orígenes, optó por emular la gama de los Estados Unidos, su interesado protector.

Inmediatamente después de cruzar la puerta de entrada, custodiada por oficiales rectos, un mosaico del famoso pintor indigenista Oswaldo Guayasamín recuerda la aventura de Francisco de Orellana por el río más caudaloso del mundo. En 1541, el conquistador español fue el primer europeo que navegó la arteria que atraviesa la panza gorda de América; cuando regresó a la metrópolis, exageró la narración de sus andanzas y a las mujeres guerreras que reinaban esas tierras las llamó amazonas, como el mitológico pueblo griego. Y en una esquina del templo católico vecino, una placa también se enorgullece por el acontecimiento: «Bien se podría gloriarse Babilonia de sus muros; Nínive, de su grandeza; Atenas, de sus letras; Constantinopla, de su imperio; que Quito las vence por llave de la cristiandad y por conquistadora del mundo, pues a esta ciudad pertenece el descubrimiento del gran río de las Amazonas». Lastimosamente, hacia 1967 vio la luz un chorro de líquido negro, y lo que podría haber sido una gruesa fuente de trabajo para el pueblo ecuatoriano fue un pozo para que manos ajenas se llevaran la vida y dejaran la muerte. La empresa estadounidense Texaco, rápidamente dueña de los derechos sobre el territorio, no tardó más de cinco años en extraer el primer barril de petróleo. Lo que sí llevará tiempo será la rehabilitación de la otrora vívida selva, que padeció litros de veneno, la enfermedad de sus nativos y la degradación de su fauna y flora. También opuesta a la ágil reacción de la industria fue la respuesta de los dirigentes que deberían defender al país: la reforma constitucional de 2008 reconoció a la naturaleza como sujeto de derecho —hecho inaudito en el mundo— cuando ya era demasiado tarde.

En otro orden de reconocimientos latentes, «Luz de América» llaman a Quito, porque aquí sonó el primer grito de la Independencia, y en honor «a los héroes del diez de agosto de 1809», como indica la inscripción, se erige un monumento en el centro de la plaza. Por aquel entonces, un grupo de intelectuales quiteños, enterado de la acefalía metropolitana y tras convocar un cabildo abierto, asumió el poder y relevó en sus funciones al enviado del tambaleante rey de España para regentear la Real Audiencia: así se formó la primera junta de gobierno criolla de Sudamérica. La gestión doméstica no duró más de un año frente a las presiones de territorios vecinos, donde todavía resistía el ejército real, pero alcanzó para encender otras chispas revolucionarias en las colonias españolas. Convertido a capa y espada en reducto leal a la Corona, la consolidación de la soberanía ecuatoriana llegó

desde afuera: en 1822, cuando ya seis países sudamericanos se habían quitado las cadenas, José de San Martín se reunió en Guayaquil con Simón Bolívar para juntos liberar definitivamente a la región toda. La batalla de Pichincha, sobre la falda del volcán que asoma por encima de la capital, confirmó la emancipación de la ciudad y significó una de las últimas tareas que les quedaban por realizar a los libertadores antes de darle rienda suelta al gran anhelo del nacido en Caracas: construir la Patria Grande.

—¡Vienen a robar el trabajo estos venezolanos! —le explica un quiosquero a un cliente mientras le muestra la portada de *El Comercio*.

Detrás de ellos, por una de las calles que dan salida a la plaza Central, el horizonte termina en una verde colina coronada por la basílica del Voto Nacional. Esta iglesia es una de las imágenes icónicas de Quito y la más afamada entre los casi cincuenta edificios religiosos del casco antiguo. Quizá esa superpoblación basta para justificar su comparación con un claustro. Por si no fuera poco semejante número, el poder católico aquí no tiene que hacer esfuerzos por imponerse ante la vigencia de obras indígenas preexistentes, como es el caso del Cusco y la cultura inca. En la etapa de consolidación del Estado, los conservadores representaron su consagración con la construcción de una basílica que superara las dimensiones de las otras existentes en el país. Inspirado en la catedral parisina de Notre Dame, el arquitecto a cargo dio vida al templo neogótico más grande del continente. En una pendiente a sus pies, un parque de césped fresco y brillante la muestra de perfil, el único de los lados que tiene al descubierto sin interrupciones visuales: ocupa toda una manzana, con la que contrasta fuertemente por su estilo, pero solamente su lateral izquierdo respira con una distancia considerable respecto a otras construcciones. Su fachada, que supera los cien metros gracias a las impresionantes torres, prácticamente olfatea la comida que el restaurante de enfrente está cocinando para la hora del almuerzo.

La larga nave central aleja el altar lo suficiente como para creer que uno nunca llega a la gloria de Dios. Los bancos de madera, ubicados en dos filas paralelas, parecen reproducirse a cada paso, y las altas columnas sostienen estoicas la estructura, bendecida por Juan Pablo II en 1985. El techo alcanza los setenta metros en el crucero, allá arriba donde están plasmados los santos ecuatorianos en enormes vidrieras de colores que dejan pasar la luz y producen un animado efecto de iluminación. Los

pequeños visitantes paran a fotografiarse junto al enorme vitral frontal, que mezcla flores para formar una *mandala* redonda que cuadriplica sus tamaños. No todos ellos se atreven a caminar por una movediza tabla de madera vieja que atraviesa el interior del techo a dos aguas y lleva, escalones de por medio, a la torre trasera, más pequeña que las protagonistas.

—¿Se animan? Esto no es todo. —Nos motiva a subir todavía más el guía del templo, un joven muchacho, estudiante de Teología.

Cómodos en el logro, nadie se percató de la angosta escalera que se desprende de la pequeña plataforma donde estamos. Aún podemos llegar más alto a través de dos tramos muy empinados que se alejan de la estructura y se suspenden en el aire. A fin de cuentas, el sufrido ascenso vale la pena. Desde el lugar más alto al que se puede acceder en la iglesia más alta de Quito, tengo una panorámica alucinante de la ciudad. Eso que aprecié en mi llegada lo puedo comprobar con otra vista: las construcciones forman, desde lo más profundo del valle, una especie de estanque de agua que rebalsa hasta las laderas de las montañas. Hacia el sur, el Panecillo se cuelga entre las dos torres frontales, idénticas, con sus relojes en el centro y las cruces en las cumbres. Parado sobre el quiebre del tejado, la imagen goza de una asimetría casi perfecta que me hace bien a la vista. Allí los ruidos de la civilización suenan disminuidos, de fondo, en eco, venidos de todas las direcciones; el espíritu calmo del templo parece bajarle las revoluciones a su alrededor. En un inquisidor recorrido, mis ojos se cruzan con patios internos de colegios católicos y con los altos edificios de la zona moderna, y buscan, sin resultado, entre las nubes blancas el teleférico que sube hasta el Pichincha y entre el cemento el estadio olímpico Atahualpa. Metáfora de la vida: desde esa posición no hace falta apuntar tan lejos para observar lo más anecdótico. Cuando asomo la cabeza entre los ventanales de la torre, desde los laterales superiores de la nave me saludan curiosas gárgolas: características de la arquitectura gótica, sus formas no son solo de seres mitológicos, sino que representan animales endémicos y exóticos del Ecuador, como iguanas y tortugas.

—¿Banana? ¿Quiere banana? Lleve banana. —Ya afuera de la iglesia, la voz de una viejita me saca de la somnolencia.

Estoy abstraído en un banco de la plaza Simón Bolívar, en una de las esquinas más neurálgicas de la capital. Un rayo de sol abre un

hueco entre las nubes y apunta directamente a la nariz de la estatua del Libertador, que, galopando un caballo, da instrucciones con la mano a su fiel séquito. La temperatura aumenta de a poco y le devuelve la alegría a la población. Los pájaros entonan sus mejores melodías, y las bicicletas tintinean sus campanitas mientras esquivan los pocos charcos que quedan en el piso. Recién a estas horas de la tarde, ya con el cielo despejado, entra en movimiento el observatorio astronómico nacional, el más antiguo del continente, que forma una isla en el centro de La Alameda. Este parque es uno de los espacios verdes más grandes del centro de la ciudad, pulmones que dan respiro entre tantas edificaciones y separan el casco antiguo del Mariscal. El Ejido, vecino por pocas cuadras, es un popular punto de encuentro para los quiteños. Cuando me interno en sus caminos, aunque me hayan recomendado no hacerlo, un griterío ininteligible me llama: se está llevando a cabo un torneo de ecuavóley, una variante criolla del vóley convencional. El público, conformado íntegramente por hombres, rodea la cancha a escasos centímetros de sus límites y espera su turno, mientras los seis competidores —tres por equipo— se juegan los puntos, la plata y el honor. Afuera, adolescentes, adultos y ancianos comentan las jugadas, apuestan de palabra el resultado y comen las chatarras que les ofrecen vendedores ambulantes.

El clima es moderadamente hostil, aunque no hay mucho favoritismo por alguno de los tríos. La pelota cruza la red de acá para allá, roza la copa de los árboles y la gente grita chicanas para poner nerviosos a los jugadores, independientemente del lado que toca. Yo intento hacerme una idea de las reglas, de la organización del campeonato, pero no reconozco un árbitro ni una persona a cargo. Tampoco encuentro diferencias entre unos y otros: todos visten ropa oscura y ninguna deportiva. Las zapatillas son de tela y suela lisa —más de uno se patina con la superficie todavía húmeda—. La pelota, sencillamente blanca.

—A nosotros no nos dejan ni entrar en ese parque, marica. La policía nos saca cuando estamos vendiendo, dicen que no se puede, pero después tú ves gente de acá haciendo comida en carritos. ¿Entonces cómo es la vaina, compadre? —me cuenta José, mordiéndose los labios de la bronca, durante la segunda cena que compartimos en el *hostel*.

Ese discurso antiinmigratorio lo escucho y lo vivo en distintos ámbitos de la ciudad, una meca para los venezolanos, que pateando llegan y pateando siguen en busca de unas monedas. Gente bien predispuesta, en la prolija terminal de La Ofelia, en el norte, un muchacho vuelve a darme la derecha. Yo ando desconcertado entre numerosos andenes y coloridos carteles, sin encontrar el ramal que me acerque a mi próximo destino. Los micros van y vienen en todas las direcciones. Bajan y suben pasajeros, que se mandan y cruzan los carriles sin mirar para los costados. Llevan mochilas, maletines y grandes bolsos con mercadería. Se apretujan y empujan, corren, piden permiso a los gritos, atropellan sin perdón. Es un caos en perfecta armonía. Aunque solo unos centímetros separan la situación de la catástrofe, nadie sale lastimado. Se respira el típico ambiente de una estación central, bulliciosa, alborotada, donde confluye la mayoría de las líneas internas y sirve como base para conectar hacia otros puntos de la región.

—¿Anda perdido, mi hermano? ¿Lo puedo ayudar?

—Quiero ir a la Mitad del Mundo y no sé qué bus debo tomar.

—Venga, le preguntamos al agente.

El tipo, que estaba formado en una larga fila, se olvida de lo suyo y me acompaña hasta una garita. Y, en ese momento, pasa su colectivo. Solo hace una mínima demostración de lamento, pero me dice que no me preocupe, que la frecuencia es bastante fluida y él no está apurado.

—¡*Che, boludo!* ¡Nos tomamos el mismo *bond!*

—¡Qué bien, genial! ¿Es muy fácil identificar que soy argentino?

—¡Se les nota a tres cuadas de distancia, hombre! Además, yo viví un tiempo en Buenos Aires: tienen una manera particular de hablar, de gesticular. Ahora está mi hermana con su pareja allá.

Mientras esperamos por el próximo colectivo, primeros en una fila que se vació por completo, se acerca a nosotros una pareja con la misma duda que yo tenía hasta hace unos minutos. El pana las ubica detrás nuestro rápidamente, pero yo quedo embobado.

—¡Un mate! ¿Argentinas?

—No, uruguayas —me contesta una en seco, de cuya mochila cuelga un pañuelo verde.

—Siempre lo mismo, estos se creen el ombligo del mundo.

—Tenés razón, mala mía. ¿Me darías un mate?

—Pero no lo revuelvas ni le hagas nada raro.

Nos acomodamos los cuatro en un rincón del fondo: ellas sentadas y nosotros parados. Jazmín, una de las chicas, demuestra una habilidad innata para cebar con el colectivo en movimiento, que clava los frenos de golpe y arranca dando empujones. La yerba tiene unos yuyos raros, pero no me animo a abrir la boca.

—¿Qué andás haciendo acá? —le pregunta Romina al joven venezolano.

—Llegué hace un año y, afortunadamente, ya pude montar mi tienda de autopartes. Soy ingeniero mecánico.

Se lo ve contento, cómodo. Se desenvuelve en la ciudad con soltura. Nos enseña a reconocer las monedas del dólar, porque nos confundimos sus valores y sus tamaños, y nos advierte sobre algunas falsas.

—Primero vine solo, a probar suerte. Fue un tiempo muy duro alejado de mi familia. Después tuve la posibilidad hacer un dinero y traer a mi señora conmigo.

Ya dejamos atrás la continuidad de la gran ciudad, en las afueras los barrios residenciales se hacen cada vez más espaciados. Carlos —así se llama— mira para todos lados; se comprometió a avisarnos en qué parada debemos bajarnos y no quiere equivocarse.

—El sueño de todo venezolano que está en mi situación es emigrar a la Argentina.

—Y nosotros queremos irnos a Uruguay: cannabis medicinal, aborto legal, «el Maestro» Tabárez...

—No, gracias. Ustedes quédense donde están.

El colectivo se vació. Solo quedan turistas, es evidente. Cuando avizora la avenida Equinoccial, Carlos hace sonar el timbre. Él sigue unas cuadras más, pero nuestro turno de bajar llega. Como nosotros, hasta ese lugar habían viajado, en 1736, los científicos franceses Pierre Bouguer, Louis Godin y Charles Marie de La Condamine y los navegantes españoles Antonio de Ulloa y Jorge Juan y Santacilia.

La discusión del momento en la Academia giraba en torno a la forma de la Tierra: hasta finales del siglo XVI, el paradigma la consideraba una esfera perfecta, pero otras concepciones tomaron fuerza. Así, por orden del rey Luis XV, la Misión Geodésica Francesa llegó al entonces Virreinato del Perú, donde se sumó el ecuatoriano Pedro Vicente Maldonado. A través de un experimento, típico del iluminismo imperante de la época, el equipo debía resolver el dilema. Aunque en la Laponia finlandesa rápidamente se corroboró que nuestro planeta está aplanado en los polos, en la colonia española la expedición terminó alargándose por nueve años. A pesar de las dificultades —las adversidades del terreno y del clima, una bienvenida no muy amable de los locales, complicaciones burocráticas y la falta de financiación—, la expedición en las afueras de Quito resultó más precisa que su competidora en la medición de un arco del meridiano, entre otros logros resonantes vigentes hasta la fecha en las ciencias. La Condamine, por ejemplo, durante sus travesías al Amazonas, se encontró con el caucho, que los indígenas extirpaban de los árboles y que hoy es utilizado para confeccionar neumáticos y recubrir cables, entre otras aplicaciones. Como si eso no hubiese bastado para revolucionar la vida de la época, sentó las bases del actual sistema métrico, que reemplazó medidas absolutamente subjetivas —como la pulgada, la yarda o el pie— y facilitó a los comerciantes el intercambio de productos. En 1795, veintiún años después de que falleciera su pionero, la Academia de Ciencias de Francia estableció el metro como una diezmillonésima parte de la distancia desde el polo norte hasta el ecuador.

La valiente expedición, además, y principalmente, señaló en el mapa un destino exótico para los europeos y animó a exploradores a que siguieran su camino de descubrimientos históricos, como lo hicieron el alemán Alexander von Humboldt y el inglés Charles Darwin. El mundo puso los ojos en Quito y los quiteños pusieron los ojos en sí mismos. ¿Qué los traía hasta acá? ¿Por qué los visitaban? El aluvión internacional

los motivó a autoreconocerse y, mediante una profunda reflexión sobre su identidad histórica y social, tomaron una «conciencia geográfica» acerca del lugar especial que ocupaban en el globo terráqueo. Influenciados por los ideales del iluminismo y de la Revolución francesa, que la masiva llegada de europeos trajo, sembró en los criollos un sentimiento nacional y una conciencia política que desencadenaron en el primer grito de liberación contra España, una metrópolis alejada completamente de su realidad. La misión tuvo tal repercusión en los habitantes de la Audiencia y Cancillería Real que, cuando se independizaron, el emergente país —que iba a llamarse República de Quito— adoptó el nombre que los investigadores le dieron a la línea que separa a la superficie terrestre en dos mitades.

Desde 1979, un monumento se alza sobre el trazo imaginario como referencia a la división de los hemisferios y en homenaje al trío francés, dentro de un complejo que fue especialmente construido para albergar al «atractivo turístico más visitado» del país. Ahí nos bajamos, en la Ciudad Mitad del Mundo, a poco más de veinte kilómetros de la capital, y nos recibe ansioso un empleado de la secretaría de turismo de San Antonio de Pichincha. A pesar de que inmediatamente le explicamos que no buscamos un guía, que preferimos caminar por nuestra cuenta, nos narra, en la vereda, a las afueras de su oficina, las maravillas de su tierra, el orgullo que le genera su posición privilegiada y curiosidades de los alrededores que nos rodean. Muy cerca de donde estamos existen dos instrumentos que se valen del Sol para marcar el tiempo y la reserva geobotánica Pululahua, que contiene un extinto volcán en cuyo cráter se asentaron familias que viven del cultivo de sus suelos asombrosamente fértiles.

Pero la atracción principal de la zona no es ninguna de esas. Los vendedores ambulantes, en su mayoría venezolanos, dan vueltas por el frente del parque que da nombre a la localidad ficticia y ofrecen *selfie sticks* a quienes evidentemente no los necesitan. En las boleterías, padres ecuatorianos, colombianos y peruanos hacen fila para retirar las entradas, mientras sus numerosas familias se toman fotos con un cartel que da la bienvenida. Para este entonces, yo ya me separé de las chicas uruguayas, que optaron por emprender otro rumbo menos masivo. Me alejo de los grupos bochincheros, típico de los latinos en manada, e ingreso solo a través de una avenida peatonal delimitada, a ambos costados, por bustos

de los integrantes de la Misión Geodésica: ¿la moda era imitar a un lord inglés y usar melena hasta la barbilla y flequillo corto o al escultor se le facilitaba tallar ese *look*? En el centro del escenario, todos los caminos conducen a la pieza que las cámaras buscan: una enorme bola de latón en la cual está tallado artesanalmente el planisferio y que corona una base trapezoidal de treinta metros de altura.

—¡Este! ¡Oeste! ¡Este! ¡Oeste! ¡Este! ¡Oeste!

Los cuatro lados de la torre, de ladrillos a la vista, llevan impresa la inicial del correspondiente punto cardinal al que enfrentan, y el más codiciado es el este, el que incluye una placa que recuerda cuál es el transcendental suceso por el que se erigió la estructura. Sobre una franja amarilla que en el piso simula la trayectoria del ecuador, la gente hace una fila improvisada e intenta ganar su lugar por anticipo. La secuencia es una constante: los visitantes apoyan un pie en cada hemisferio y alzan sus brazos según las órdenes del camarógrafo de turno, que acomoda al modelo e intenta meter el mundo en sus manos. Todos se toman su tiempo, pero se escuchan bufidos cuando alguien pide repetir la captura o retratar otra pose.

—¿Este o este? ¡Decídanse! —Me divierto en soledad mientras un elenco de danza, con todas sus bailarinas vestidas con el mismo traje, ensayan una coreografía para la foto.

El monolito, que a simple vista no parece ameritar más que unos minutos de contemplación, esconde en su interior la respuesta a curiosos misterios de la geofísica. Ideal para los niños, que tocan con todos los dedos y miran con los ojos bien abiertos, un museo interactivo explica divertidos mitos de la ciencia mediante tecnología de avanzada, como pantallas táctiles y juegos participativos. Teoría y práctica se fusionan en distintos experimentos que enseñan, de manera muy didáctica, el movimiento de la Tierra y la ocurrencia de solsticios y equinoccios, el origen de las estaciones del año y sus características, las corrientes marítimas y las variaciones del clima en las tres regiones del Ecuador continental. Es una experiencia que sorprende y entretiene a grandes y a chicos, que requeriría horas para disfrutarla por completo y el acompañamiento de un profesor especializado para entenderla en detalle. Pero uno se va feliz cuando lee que la balanza le arroja aproximadamente un kilo menos con

respecto a lo que le marca habitualmente en su casa. ¿Cómo puede ser posible esto? Es que la larga distancia del lugar en relación con el centro de la Tierra y la mayor fuerza centrífuga que existe en la mitad del mundo, dos números que superan los de otras latitudes, provocan una mínima disminución del peso de un cuerpo.

—¿Nos quedamos a vivir en Quito, amor? —le suplica, en tono jocoso, una mujer a su marido.

El disfrute no se agota allí. Las construcciones del complejo emulan el estilo colonial del centro histórico y rodean, también, una plaza de Armas donde suena música andina. Una banda, con la vestimenta característica del pueblito de Otavalo, toca instrumentos de viento, percusión y cuerdas al compás de las palmas del público, que, mientras tanto, degusta especialidades de la gastronomía ecuatoriana: la cerveza y el cacao, por ejemplo, ostentan exposiciones propias. El espacio, según se escucha en los puestos de artesanías, genera en los locales un baño de agua fría: les oculta por un momento la globalización actual y les recuerda su esencia, su pasado y sus tradiciones. Ese propósito busca la representación, a escala real, de las viviendas amuebladas donde habitaron sus ancestros: en una esquina muy concurrida del parque, fielmente montadas están las cotidianidades de los amazónicos *shuar*, de las tribus de la Sierra y de los indígenas de la Costa. El lugar es una fiesta reivindicatoria de la cultura autóctona, así se vive en el reconocimiento personal de los visitantes mayores cuando les cuentan a sus hijos historias de sus niñeces y adolescencias.

Distinta es la realidad a menos de quinientos metros. Todo ese jolgorio se aplaca a unos pasos de distancia, aún sobre la rotonda. Las voces y las risas ya no se oyen. Puedo escuchar al viento silbar. Es la hora del almuerzo. Los dorados y adorados rayos solares descienden verticales con furia e impactan de lleno en mi cabeza. La temperatura desconcierta: no dejo de sentir cómo se me eriza la piel por el fresco de la brisa altiplánica, pero el calor del mediodía enciende las zonas descubiertas de mi cuerpo. Y los árboles no existen en esa explanada gris donde me encuentro parado, estático, atento, buscando un movimiento, un sonido, pensando en las posibilidades de que algo o alguien le dé vida a este escenario muerto, haciendo fuerza para que eso suceda. Tengo frente a mí un maravilloso pero doloroso elefante blanco, un edificio de estilo modernista, con

forma de nave espacial futurista, digna de una película de ciencia ficción. Su estructura cubista, de armónicas líneas rectas, bien podría haber sido creación de Pablo Picasso, y no de Diego Guayasamín, su verdadero diseñador. Las partes superiores se expanden más allá de la corta base, no le hacen caso a la gravedad y flotan en el aire. Lo noto endeble y firme a la vez. Resiste estoico. Como yo, unas pocas personas se interesan en esa mole blanquinegra y se acercan a su puerta. Está cerrada. Asoman sus ojos al vidrio y se hacen sombra con las manos.

—No hay nadie, familia. No se puede pasar —avisa un empleado de mantenimiento.

La Unión de Naciones Suramericanas, que nació en 2004 como Comunidad Suramericana de Naciones, fue concebida como un intento por unificar las trayectorias económicas del Mercosur y de la Comunidad Andina y superar la misión de esos espacios hacia una integración que se preocupe también por los factores cultural, social y político. Su constitución definitiva se selló cuatro años después, cuando Quito fue elegida sede permanente de la Secretaría General. El organismo inicialmente aglutinó a los doce países independientes que conforman el subcontinente; afuera quedó Guayana Francesa, un territorio que aún acata órdenes de París. La iniciativa encontró las condiciones necesarias en un contexto que reunía a presidentes preocupados por la injerencia de los Estados Unidos en la región, a los que les negaron la conformación del Área de Libre Comercio de las Américas. Néstor Kirchner, Evo Morales, Luiz Inácio Lula da Silva y Hugo Chávez, entre otros, coincidieron en la era de reestructuración de sus Estados, después de la crisis del fin del milenio, y pusieron en escena una nueva diplomacia de los pueblos. Sin embargo, ese flaco desgarrado, que ahora está inmortalizado señalando el horizonte en una estatua y que le da el nombre al edificio, no fue, junto con sus compañeros, un innovador.

Ya en 1815, cuando a las colonias les faltaban casi diez años para la batalla final, Simón Bolívar había explicitado, en *Carta de Jamaica*, su anhelo: «Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo». En consonancia, José de San Martín explicó en 1822 que «la causa del Continente Americano» era el principal motivo por el que se encontraría con el líder venezolano en la histórica reunión de Guayaquil. Desde el sur

se sumó José Gervasio Artigas, caudillo de la Banda Oriental: «Nosotros no debemos tener en vista lo que podemos respectivamente, sino lo que podrán todos los pueblos reunidos». Ellos, y otros más, eran conscientes de la urgencia que tenían los nacientes países de constituirse en una confederación que reemplazara el orden colonial y pudiera contraponer, desde la unidad, la fortaleza con la que contraatacaría España. Además, los Estados Unidos y Gran Bretaña, protagonistas del incipiente capitalismo mundial, se lanzaban sedientos en busca de fragmentar el mapa de juego, debilitar las partes aisladas y establecer convenios comerciales unilaterales. El resultado está a la vista: hoy son diecinueve los Estados que conformaron el territorio de Hispanoamérica.

Tras un largo y complicado proceso de casi dos siglos, luego de los fallidos Congresos Panamericanos y de la desarraigada Organización de Estados Americanos, emergió la Unasur, un ilusionado e ilusionante proyecto que intentó consolidar la solidaridad entre doscientos ochenta millones de habitantes, incluidos muchos pueblos originarios. Para competir con otros bloques regionales, como la Unión Europea, el territorio tiene con qué: es uno de los primeros en elaboración de alimentos y el segundo en producción de energía; y posee grandes reservas de agua dulce, de biodiversidad y de hidrocarburos. Sin embargo, no hay lado bueno sin uno malo: a causa de más de doscientos años de dominación económica y de una dirigencia con el interés puesto en las afueras, la mitad de la población sobrevive bajo la línea de la pobreza. Lo avisó algún avispadito al día siguiente de la liberación de Quito, el 10 de agosto de 1809: «Último día del despotismo y primero de lo mismo», escribió en un muro una mano anónima.

—Desde hace años es mi trabajo, para que esté todo en orden al momento de que se pongan de acuerdo y empiecen con las actividades —se justifica el barrendero que seguía sacándole brillo a un suelo ya reluciente.

Por la falta de consenso entre sus miembros, que renovaron funcionarios con intenciones diferentes, quedó truncado el funcionamiento del organismo, cuya Secretaría General carece de un titular hoy en día. A partir de mediados de 2018, más de la mitad de sus integrantes lo abandonaron, incluido Ecuador: Colombia acusó que es «una caja

de resonancia de Venezuela» y la Argentina, que tiene «alto contenido ideológico», como si las decisiones de sus ejecutivos no respondieran a jugadas por derecha. Desinteresado en reflotar los lazos con sus vecinos, inmersos en una nueva ola neoliberal, el presidente ecuatoriano Lenín Moreno hace todo lo posible por terminar de corroer el prestigio de la institución: inició los trámites para convertir la sede en un Centro de Educación Superior Indígena y la Asamblea Nacional decidió retirar la escultura del exmandatario argentino, aunque aún se mantiene en pie a mi visita. Actualmente persisten —inactivos— cinco participantes, mientras Quito fue anfitriona de la II Reunión de Contacto para buscar una solución a la crisis venezolana, que fue presidida por la jefa de la diplomacia de la Unión Europea y a la que asistieron numerosos enviados de otro lado del Atlántico.

Ahogada por las presiones de los Estados Unidos, la Patria Grande que soñó Simón Bolívar no alcanzó a apoyar los dos pies que ya estaba desplomada en el piso: los héroes de la emancipación acabaron exiliados, encarcelados e, incluso, asesinados. Por estos días, el intruso de siempre sigue fomentando en los Gobiernos sudamericanos la balcanización y recomienda no luchar por su segunda independencia. Sin embargo, el Libertador no aclaró cuándo llegaría esa «época dichosa de nuestra regeneración», pero lo hará. Lo siento en las doce banderas que, a un costado del símbolo de la integración de nuestras tierras, ondean al mismo ritmo.

Migración selectiva

Me despido de Quito con un sabor amargo. Pensé en subir al volcán Pichincha en mis últimas horas antes de partir al próximo destino, un poco por el cielo gris que opacó los dos días que pasé en la ciudad y otro poco como cierre panorámico de mi estancia. Sin embargo, cuando se acerca el momento, las nubes no se dignan a darme el gusto y tengo que decidir si malgastar la plata a sabiendas de que no veré más que las entrañas de esas malditas aguafiestas. Así lo hago. Terco. Como tenía previsto cuando pagué el boleto del teleférico, no diviso ni siquiera las siluetas de los gigantes monstruos que conforman la Avenida de los volcanes y encierran a la ciudad. Doy unas vueltas sin sentido, tiritó de frío, me conformo con imaginar el —seguramente— majestuoso escenario y emprendo el retorno a los treinta minutos, casi nada convencido del pobre consuelo, tradición en mi familia, que alienta ante una visita frustrada: siempre hay que dejar algo pendiente para un futuro regreso. Abajo, en una de esas casitas que sí pude ver desde arriba, me despido de los amigos venezolanos que hice en el *hostel* —uno de ellos, el recepcionista, con quien más congenié—. Nos tomamos una foto y enérgicamente convenimos reencontrarnos en la Argentina, a donde anhelan viajar más pronto que tarde. De ninguna manera acabaría con ese momento de abrazos e ilusiones, pero me temo que mis humildes estadísticas indican que pocas —poquísimas— veces se cumplen esas promesas.

Cargo mi espalda con la mochila grande, mi pecho con la pequeña, la mano con un bidón de agua por la mitad, y me voy sin mirar atrás. Un viajero sabe que alguna vez debe partir y por eso rara vez se permite forjar vínculos tan profundos, para poder continuar, liviano, sin ataduras que lo sujeten. Así, con extensiones en el cuerpo que duplican mi tamaño normal, hago esfuerzos —y molestias— por acomodarme en el tranvía, en hora pico, abarrotado de trabajadores, hasta una de las dos terminales más congregadas: Carcelén, en el norte de Quito. Improviso un rápido repaso por los tableros de las agencias —no tengo referencias de ninguna de ellas, mucho menos preferencias—, evalúo los horarios de las próximas salidas y elijo el más inminente. Sobre las cuatro de la tarde, subo al bus —de un piso y cómodos asientos— rumbo a Tulcán, la última ciudad antes de la frontera con Colombia, y me siguen más vendedores ambulantes que pasajeros. Los

fuertes olores que se reúnen hacen que me olvide del calor húmedo que el trajín me hizo levantar. El ambiente, alborotado por empujones y por ofertas gritadas en español y en quichua, es una condensada y abrumadora mezcla de frutas exóticas, *snacks* locales y frituras del día anterior.

Después de seis ajetreadas horas, de curvas y contracurvas que esquivaron montañas e incontables paradas en pueblitos improbables, donde a la vera de la ruta subieron y bajaron más productos que bolsos, llego. Precavido, reservé un modesto albergue para pasar la noche; pero cuando arribo, con la oscuridad devorando las calles, me percaté de que mi precaución olvidó algo fundamental: alistar su dirección y el mapa de la ciudad. Dos compatriotas me proponen, apenas bajamos, tomar un taxi hacia el paso fronterizo, cruzarlo y dormir ya en Ipiales. «No habrá gente y tardaremos poco», dicen. «Por la mañana colapsará, como es habitual», dicen. Lamento no haberlo pensado antes, pero prefiero cumplir el plan que tracé. Camino al centro, a paso veloz, con mirada inspectora en todas las direcciones, siempre a punto de caerme hacia adelante por el peso adicional que cargo, con los gemelos y los muslos tensionados, trabajando para no perder el equilibrio. Doy por perdida la reserva y pregunto por alojamientos económicos, pues simplemente quiero enterrarme en una cama y me marcharé con los primeros rayos del sol. Encuentro una casona de mala muerte, atendida por un joven desganado, que me ofrece una habitación cuyo precio excede el presupuesto que estoy dispuesto a gastar en esas pocas horas de sueño.

—¿No hay nada más barato? —pregunto cuando ya estoy a punto de irme, en un último intento, harto de vagar.

—Sí, hay, pero no tiene televisor.

Tampoco tiene más de dos metros el cuarto. Lo compruebo en una escena tragicómica que protagonizo solamente porque nadie sabrá de su existencia: me acuesto en el piso, apoyo los pies en una de las paredes, estiro las manos y fácilmente toco la otra. Se me hace imposible imaginar cómo llegó allí la cama, que encaja perfectamente como una pieza de *tetris*. A sus pies, una silla de madera. Sobre ella, un rollo de papel higiénico. Casi que no puedo moverme, tres pasos bastan para ir de lado a lado. Una gran ventana que da al patio interior evita que caiga en una claustrofobia que nunca padecí hasta este momento. Por lo demás, tengo hambre y cansancio

físico, pero sobre todo mental. No tengo conexión y me siento solo. La situación es realmente deprimente. Me salva un bar contiguo, donde puedo comunicarme con mis pagos y donde la empleada, mientras ultima detalles para dar por finalizada su jornada laboral, me sirve amablemente un tazón de sopa caliente y un abundante plato de pollo con arroz.

El despertador suena apenas un instante después de que apoyo la cabeza en la almohada y, como si ese abrir y cerrar de ojos me hubiese renovado unas energías azotadas, me levanto de un salto, con la motivación de pisar otro suelo en el horizonte. Antes de cruzar la frontera, me veo obligado, ya que estoy en el pueblo, a cumplir con la visita de rigor: el cementerio de Tulcán. Patrimonio Cultural del Ecuador desde 1984 por sus arbustos —de un verde chillón— tallados a mano y hechos esculturas regordetas y agraciadas, alberga las tumbas de excombatientes de la guerra de 1941 contra el Perú por tierras amazónicas. Frente a su portón principal, en el patio de una familia local, me tientan unas empanadas fritas rellenas de queso: ese es mi calórico desayuno, que jamás consumiría en mi casa. Al tiempo que mastico el último bocado y pongo un pie en la plaza central, encuentro, a lo lejos, el transporte que me acercará a la Unidad de Control Migratorio, en la frontera. De camino hasta la esquina donde forman en fila las minivanes, inútilmente intento esquivar casas de cambio ambulantes. Los arbolitos aparecen por detrás de autos —a propósito— mal estacionados; sostienen su herramienta de trabajo —calculadoras científicas o antiguos celulares, da igual— con una mano y con la otra se abanicán con los fajos de billetes. Pregunto por preguntar —al fin y al cabo, en algún momento deberé hacerlo—: cotizan el peso colombiano con variables centesimales, diferencias que me despiertan curiosidad y no mucho más. De a ratos se tornan molestos, pero me divierte esa insólita competencia en la que se esfuerzan por ganarse mis dólares sin que yo jamás haya dado el visto bueno a una probable transacción. Puedo sortearlos sin sufrir bajas y me apunto a la siguiente partida, que se larga cuando la miniván que encabeza la fila se llena hasta el último hueco. De los diez pasajeros, solo tres somos viajeros; el resto es gente local, que vive en las afueras y que vuelve del mercado, de la escuela y del trabajo.

El transporte me deja en una playa de estacionamiento donde ya otros escupen hombres y mujeres, valijas y mochilas. Inmediatamente me ataca una especie de pandilla burocrática que me asegura un veloz tramiterío.

No veo la necesidad. Tampoco veo, desde allí, el caos en el que se han convertido las aduanas. En medio de un cálido paisaje montañoso, el descampado ofrece un panorama desolador que me deja boquiabierto. Nunca presencié una situación así: tengo frente a mí a uno de los grupos de poblaciones desplazadas más grandes del mundo. Los edificios rebalsan de familias enteras a la espera de un permiso, no pueden contenerlas a todas en su interior. Cuando me acerco a la oficina ecuatoriana, un agente de seguridad, sin hacerme ni una pregunta, me invita a pasar por una ventanilla desocupada. Eso implica que me adelanta a otras tantísimas personas que aguardan, por el ímpetu de sus quejas, desde hace bastante. Miro al policía, que entiende mi desconcierto:

—Son venezolanos.

Analizo la organización del espacio: ellos tienen una fila aparte. Los padres, nerviosos, alertas, reservan el lugar en largas colas irregulares; las madres, tiradas en el piso, rodeadas de bolsos, alimentan con migajas de pan o tetas desnutridas a sus bebés; y los niños, inocentes, jueguetean a su alrededor. A mi lado, mientras me sellan el pasaporte y oficialmente salgo de Ecuador, un hombre, que lleva la gorra de su patria, ingresa y derrama una lágrima. Intercambiamos miradas y sonrisas.

—He pasado toda la noche aquí para esto, hermano —me dice, como justificándose.

Él apenas carga una pequeña mochila a la que le sobra lugar. En un discurso evidentemente recitado en reiteradas oportunidades, directo y sin tartamudeo, me resume toda su historia sin que se lo haya pedido: abandonó Maracaibo con lo puesto y poco dinero, lleva andadas unas dos semanas por Colombia y su objetivo es llegar a Chile, donde lo espera su hermano, para allí trabajar y luego trasladar a su esposa y a sus hijos.

—Logré llegar antes de que pusieran una visa. —Suspira y mira sin disimulo mi bidón de agua. Se lo doy: me agradece como si le hubiera dado la llave del Paraíso.

Ese hombre que se va hacia el sur saltando de felicidad es una de las tres mil a cuatro mil quinientas personas que —según calcula el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados— han llegado

por día a esta frontera. Ante este éxodo, el de mayor magnitud en la historia reciente de la región, Ecuador, si bien hospeda a un pequeño porcentaje, se convierte en un corredor humanitario: la mayoría lo usa de paso para dirigirse hacia otros países, como el Perú, Chile y la Argentina. Mientras tanto, la zona limítrofe presenta grandes riesgos para esas almas vulnerables y desamparadas que fácilmente pueden tropezar, cegadas por su desesperación: caen en engaños o en mafias (un ejemplo sencillamente visible: el pago de una inalcanzable suma de dólares por un lugar más avanzado en la fila); sufren discriminaciones, amenazas y violencias xenófobas; y, especialmente las chicas, se ven expuestas a redes de trata y explotación sexual.

—¡Buena vida! —le deseo.

—Ojalá —me responde.

Yo tengo por delante el cruce del puente internacional Rumichaca, suspendido sobre un río que funciona como límite geográfico entre ambos países. No es más que una estructura sencilla por donde los vehículos pueden circular en ambos sentidos y que los viajeros de a pie pasan caminando y algunos venezolanos arrodillados, persignándose ante Dios. Paso por debajo de un enorme cartel que agradece la visita de la República del Ecuador, mientras otro, más pequeño, al costado de la vía, avisa que allí es el kilómetro cero de la carretera E35, la Troncal de la Sierra, que recorre el país de norte a sur. A mi lado también caminan personas sin valijas, sin mochilas, sin más que algún abrigo ocasional: asumo que son locales que habitualmente cruzan la frontera por el día, parte de la rutina cotidiana, y no se preocupan por los trámites migratorios. Los autos avanzan a paso de hombre con baúles cargados de bolsas y trapitos organizados se les tiran encima porque, según dicen, tienen para ellos el lugar ideal para estacionar. Yo me freno a mitad de camino, me asomo al precipicio y miro al horizonte: imagino un mundo sin divisiones, más sencillo, sin tanta burocracia, porque intento y no encuentro justificaciones en la naturaleza, en el remoto origen del planeta Tierra, para esas fronteras ficticias, creadas por el hombre, impuestas por el hombre, que se abren ante unos y se cierran ante otros, que ponen alfombra roja para los bienes y servicios y un cerrojo para las personas. Es un anhelo nacido desde lo emocional, sin mucho sustento teórico, una reflexión que me suele invadir en los pasos fronterizos, un pensamiento que interrumpo cuando huelo arepas.

El lado colombiano ofrece, además de otros tantos arbolitos, gastronomía local: vendedores ambulantes y puestos de comida callejera. Hay una potencial clientela bastante importante, pero no parece interesada en absoluto: bajo una enorme carpa de la Cruz Roja se refugian cientos de venezolanos, que portan como sello identitario el amarillo, el azul y el rojo en sus prendas, en sus accesorios y en sus equipajes. Pasaron la noche a la intemperie y ahora pasan el día, y quizás alarguen la espera por otras veinticuatro o cuarenta y ocho horas, hasta que les caiga el permiso del cielo para seguir migrando. En el lugar están presentes organismos de la Unión Europea, organizaciones no gubernamentales y muchos efectivos de distintas fuerzas de seguridad. Los tienen cercados como aves de corral, mientras deciden qué hacer con ellos. Los ciudadanos de Colombia, por su parte, ingresan rápidamente a su país por una fila, y los extranjeros —los no venezolanos— esperamos, entre vallas, en otra: avanzamos, retrocedemos, pasamos de a tres, nos frenan, empujamos, nos frenan nuevamente, quedamos apretados. Existe otro carril liberado para los comerciantes que venden botellas de agua, café y chips para los celulares. Es una situación sobrecargada por las antagónicas realidades que conviven: viajeros eufóricos que planean visitar el santuario de Las Lajas, en Ipiales; vecinos aburridos que vuelven a sus casas; y exiliados que son revisados por médicos y aconsejados por abogados, que abren sus bolsos ante las narices de perros policía, que reciben vacunas y comida, que juegan a las cartas en el piso, que lloran en el piso, que duermen en el piso.

A los cuarenta y cinco minutos, logro entrar al edificio de migraciones: otras siete hileras, una por cada ventanilla, con cantidades de gente dispares. Los casos son variados: indocumentados, papeles que faltan, vacaciones, visas de trabajo, voluntarios. Me miran el documento: me mandan a la anteúltima, donde esperan solamente cuatro personas. En la última, los colombianos: lo sé porque vuelven de hacer compras. Del otro lado de la sala, todo es un descontrol. Los oficiales no dan abasto. Y los empleados tampoco: las estadísticas de ingresos y egresos difieren entre una aduana y la otra, distantes entre sí por unos pocos metros.

—¿Dirección de residencia en Colombia? —Me llega el turno y la primera pregunta ya me descoloca.

—No sé, voy a viajar tres semanas.

—¿Ciudad?

—Son muchas.

—Dígame todas.

Lo hago.

—Bien: tiene noventa días para salir del país.

Ya estoy oficialmente adentro de Colombia. Nunca me revisaron las mochilas antes de sellarme el papel que me avala como visitante legal. Apenas salgo del edificio, me subo a otro taxi compartido, hacia Ipiales, para hacer la visita de rigor. Y luego me tocará tomar un colectivo de larga distancia, uno regional, otra miniván y una 4x4 para llegar, veintisiete horas después, al desierto de la Tatacoa. Jamás, en veinte días por tierras cafeteras, me preguntarán cómo ingresé ni me pedirán mi identificación. Podré circular libremente sin restricciones ni demoras, como lo han hecho a lo largo de la historia, en distintas circunstancias, millones de personas a través del mundo, sobre todo los privilegiados que lo han elegido gustosamente y no padecido por imposición coyuntural. ¿Será porque yo llevo pulseras celestes y blancas y no amarillas, azules y rojas? Parece ser que la migración, histórico movimiento del ser humano, nacido en una naturaleza ilimitada, sirve como sistema de control poblacional selectivo, amparado por estas fronteras ficticias, para mantener el orden internacional y no molestar donde no corresponde.

Otra mejilla

*¿Por qué la originalidad que
se nos admite sin reservas
en la literatura se nos niega
con toda clase de suspicacias
en nuestras tentativas tan
difíciles de un cambio social?*

Gabriel García Márquez

—¡Atención! Estamos arribando a...

Entreabro un solo ojo. La situación me desconcierta mientras una parte de mí sigue dormida. Afuera todavía es de noche y adentro repentinamente se hace el día. La luz del interior del colectivo, blanca, resplandeciente, me encandila la vista. Investigo a través de la ventana fría y transpirada: no logro identificar señales certeras. Me desentiendo por completo del aviso del copiloto, respiro profundo y acomodo mi cabeza sobre el buzo que me sirve de almohada, no sin maldecir, pues difícilmente uno vuelve a encontrar la posición correcta sin buscarla dos o tres veces.

—¡Buen día, cariño! ¿Me vienes a buscar?

—¡Hola, jefe! Vino ligerito esta vez. En unos minutitos estoy allí.

—Cómo va a ser la Terminal del Norte, si yo vengo del sur, hombre.

El reconfortante silencio del viaje desaparece en segundos. Los pasajeros comienzan a llamar por teléfono y anuncian sus llegadas a los gritos. A otros les suenan las teclas mientras escriben mensajes de texto. Dos o tres bebés —sus berrinches se mezclan, es imposible numerarlos— compiten el primer puesto por el llanto más insoportable jamás escuchado. Ante ese caos que atenta contra el profundo sueño que había conseguido, aprieto fuerte mis párpados, como si ese gesto cancelara, además de mi visión, el sentido de la audición. Creo que, a pesar de todo, logro descansar unos diez minutos más.

—No queda nadie, ¿verdad? —grita el chofer y lo escucho cerca de mi oído.

Me incorporo de un salto y el hombre, que está parado en el pasillo de frente a mí, se me ríe en la cara.

—¿Esta es la última parada?

—¡Esto es «Medallo», joven!

Como yo, otras dos viajeras se quedaron dormidas, unos asientos más atrás. Agarramos rápido la mochila, el abrigo y los auriculares —yo también llevo un bidón de agua de cinco litros—, y a los tumbos bajamos, avergonzados. Saludamos y agradecemos al chofer sin levantar la cabeza. Todavía sigo sin entender mucho sobre lo que pasa a mi alrededor, mi cuerpo responde casi automáticamente. El maletero, que ya está por cerrar el baúl, rezonga cuando ve que no terminó su trabajo. Las chicas le dejan cinco dólares cada una.

—¿Las cuatro de la mañana!?

Me asombro cuando veo la hora en un gran reloj que cuelga en el centro de la estación. También me molesta un poco. Hasta este momento, en tres oportunidades he unido destinos de Colombia viajando por la noche, lo que me ha permitido aprovechar el transporte como alojamiento y no malgastar los rayos del sol. Es que el país es el tercero más grande en cuanto a superficie en Sudamérica, y a las extensas distancias las alargan aún más las tres cadenas montañosas que irrumpen en su territorio: aquí la cordillera de los Andes, antes de morir, se divide en occidental, central y oriental. En ese paisaje escarpado, los colectivos circulan lentamente por caminos estrechos y zigzagueantes y, en la mayoría de los casos, salen a oscuras y llegan, con demora, al alba. En esta ocasión, infortunadamente para mí, el trayecto de los doscientos kilómetros que separan la capital de Antioquia con Pereira se completó en el tiempo estipulado.

—Oye, ¿tú tienes idea de cómo salir de aquí? —me pregunta una de las muchachas, españolas, al ver que vago por los corredores.

—Estoy intentando saber eso.

—No lo recomiendo, chicos. Si yo fuera su padre, no los dejaría andar hasta que no se hicieran, al menos, las seis o las siete. —Un policía, que se mete en la conversación para darnos una advertencia, nos inspira algo de miedo. Aunque involuntaria, esta es la primera definición de Medellín que le escucho a un local.

La terminal, como la ciudad, todavía no calentó motores. Es espaciosa y corre una brisa que me hace tiritar. Los negocios están cerrados, con sus persianas bajas, y solamente andan por allí empleados de limpieza, agentes de seguridad y algún vendedor ambulante de café.

—¿No funciona ningún medio de transporte que nos lleve al centro?

—Sí, pero de aquí a la parada más próxima deben caminar unas diez cuadras, y todavía la gente no salió al trabajo. Van a estar solos y es peligroso.

—¿Y qué hacemos? Faltan, como mínimo, dos horas.

—¿Acaso no tienen sueño? Acuéstense en esos sillones. Yo los despierto cuando empiece a haber más movimiento.

La sala de espera ofrece un bonito y amplio *living*, donde una familia afrodescendiente se instaló y come galletitas en silencio. No les presto demasiada atención y, sin mucho drama, me abrigo con todas las prendas que tengo y me tapo con una toalla. A falta de almohadón, uso la mochila pequeña, y abrazo la grande para tenerla controlada. Sin embargo, no puedo tener un descanso continuo, y no porque la superficie no sea cómoda, algo que no pretendo. Mientras yo intento relajarme y olvidarme de la situación, unas voces me recuerdan las historias de la ciudad que, durante muchos años, se han contado: crónicas de violencia, peligros repentinos, delitos salvajes, hechos vandálicos sin justificación alguna, en cualquier lugar y a cualquier hora. Por ese motivo, por relatos —muchos de ellos, infundados, prejuiciosos— que han impreso malas vibras, tomé otro rumbo y evité Cali, la «capital mundial de la salsa», un punto alegre que debería ser conocido por su baile y su espíritu festivo, pero que está implícitamente prohibido por lo que dicen de él.

—¡Ay, no! ¡Otra vez, no!

Llevo unos largos minutos sentado frente al escritorio. La puerta me fue abierta gracias a un portero eléctrico, pero nadie me dio la bienvenida cuando entré. De hecho, luego me di cuenta de que jamás me anuncié; solamente toqué un timbre con una melodía risueña. Me parece raro y me desilusiona un poco. Esperaba un *hostel* «bacano» —como lo catalogó el colombiano que me lo recomendó en el desierto de la Tatacoa—, y la primera impresión siempre determina el ánimo. Sin embargo, entiendo que a estas tempranas horas es lógico que no se crucen tantas palabras.

—Por favor... No quiero esto para mi país. Por favor, basta...

La recepcionista, que antes exclamó con asombro y llevó sus manos a la boca, ahora suplica con tristeza. Yo todavía no le veo la cara, oculta detrás de la pantalla, y ella no se percata de mi presencia, aunque fue quien me permitió el ingreso. Carraspeo para hacerme notar, algo que es en vano.

—Hola... —Trato de hablar lo más suave posible, para no asustarla.

—¡Ay!

Esa conmoción repentina, además de alzar la voz y patear la silla, hace que quite su atención de la computadora y se descubra. Es una joven morena, de boca ancha y labios carnosos. Tiene rizos morochos que apenas le llegan a los hombros y una gran contextura física. A partir de Bogotá, los rasgos de los colombianos cambian radicalmente entre el sur y el norte, producto del comercio de esclavos africanos en la época de la Colonia. Su rostro aún muestra una expresión de sorpresa y decepción.

—¿Qué pasó? —le pregunto como quien indaga despacio, sin punzar demasiado, a un desconsolado.

—Hubo... un atentado... en Bogotá.

Le costó decir esas cinco palabras, tanto como a mí me cuesta reaccionar. Estuve allí tres días atrás. La guía de la Secretaría de Turismo que me llevó a conocer la ciudad, una ciudad cosmopolita que me atrapó por su cultura y su dinamismo, me pidió, sobre el final del recorrido, que los ayudara con el relato de mi experiencia a erradicar la mala imagen que la ciudad y el país se han ganado por causa de la violencia.

—No puedo creer lo que estoy diciendo. Esto me contaban mis padres, esto había quedado en el pasado —repite indignada.

Hasta este momento, solamente se sabe que un autobomba esquivó unos puestos de control y explotó contra la Escuela de Policía Francisco de Paula de Santander. Si bien la gente lastimosamente se acostumbró a los mensajes mafiosos, esta modalidad impacta de una manera particular, porque no se utilizaba desde hacía nueve años, cuando la situación era completamente otra. Las víctimas fatales superan la veintena y los heridos se estiman en sesenta, cifras que no se sufrían desde 2003. El resto es caos, desesperación, angustia, *flashbacks* terroríficos y cientos de hipótesis al voleo.

—¿Ya viste lo que pasó?

De la cocina sale una mujer rubia, que todavía viste su pijama, y me ofrece un mate. Apoya el termo sobre la mesa y se sienta a mi lado. Yo repaso unos diarios que dejaron en el comedor y tomo un «tinto», el modismo que utilizan los colombianos para referirse al café negro.

—Me acabo de enterar. Ahora iba a buscar algo más en Internet.

—Te la tiro: el Gobierno va a culpar a la guerrilla y los medios lo van a reproducir hasta el hartazgo. Nada nuevo: las estrategias son las mismas en toda Latinoamérica.

En efecto, rápidamente el presidente Iván Duque se encarga de calificar al suceso como un «demencial acto terrorista», un «ataque contra toda la sociedad», y las autoridades inclinan la responsabilidad hacia el Ejército de Liberación Nacional (ELN), que ha mantenido células vivas refugiadas en zonas remotas del territorio, principalmente sobre la frontera con Venezuela.

—Y claro, si este tipo estaba en contra del proceso de paz. ¿No te acordás, gorda? —Interviene el novio, que recién ha salido de la ducha y se junta con nosotros para desayunar.

En agosto de 2016, cuando el Estado, al mando de Juan Manuel Santos —luego le otorgarían el Premio Nobel de la Paz—, y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) iniciaron oficialmente la

fase de diálogos, el entonces senador y precandidato presidencial por el Centro Democrático publicó en *El Tiempo* una nota de opinión titulada «La verdadera paz empieza con el No». Protegido por Álvaro Uribe, máximo mandatario en el período 2002-2010 y férreo opositor al acuerdo, Iván Duque manifestó que «votar a favor del plebiscito es aceptar el triunfo de los criminales sobre el Estado de Derecho y legitimar la violencia como una forma de hacer política». Durante 2017, luego de estrechar las manos con el grupo guerrillero más famoso del continente, llegó el turno de abrir la mesa de conversaciones con el ELN, instalada primero en Quito y después en La Habana, y con la participación especial de la Iglesia católica. La negociación no fue sencilla, hubo idas y vueltas, y se firmó un cese al fuego bilateral de manera provisoria, pero nuevas acciones ofensivas desestimaron las condiciones pactadas y tiraron por la borda el contrato original. «El nivel de cumplimiento es ínfimo de parte del Estado», había acusado Pablo Beltrán, el líder y jefe negociador de la organización, a través de *La Tervera*. En este contexto lleno de obstáculos, la embestida contra el instituto de cadetes es la excusa perfecta para que Iván Duque, que desde su asunción en 2018 no ha hecho esfuerzos por ocultar su poco interés en lograr la firma definitiva, disuelva toda posibilidad de reanudar las tratativas. «Pareciera que se está configurando un escenario para recrudecer la política de seguridad nacional», le dijo Johan Avendaño, experto en desarrollo territorial y social de la Universidad Central, a *El Espectador* la misma noche de la agresión.

El académico quiso decir, en otras palabras, que la gestión militarizará la vida pública, que las Fuerzas Armadas aumentarán su presencia en las calles, que los agentes fortalecerán su accionar y que sus consecuencias —por más atroces que sean— estarán legitimadas institucionalmente. Estas medidas no innovan en la materia, sino que se desprenden de otras dos antiguas propuestas importadas en administraciones precedentes. Durante la década de los sesenta, los Estados Unidos idearon e impusieron la Doctrina de Seguridad Nacional, bajo la cual en la Escuela de las Américas se instruyeron a los ejércitos latinoamericanos en técnicas de contrainsurgencia. Esta hipótesis anticomunista, estandarte de la política exterior estadounidense que se concibió al calor de la Guerra Fría, sostenía que los propios conciudadanos eran potenciales amenazas al orden interno de los países. Aunque el emulador de Ernesto Guevara

no había sido abatido definitivamente, con el devenir de la coyuntura al enemigo inicial se le sumó otro. Hacia los noventa, el apuntado pasó a ser el narcotraficante, y mientras César Gaviria comandaba la Organización de los Estados Americanos (¿reconocimiento de Bill Clinton por haber acabado con Pablo Escobar?), el Plan Colombia se pensó en la Casa Blanca y se impuso en la agenda de la Casa de Nariño. Desde el comienzo del milenio, las arcas de Washington inyectaron cuantiosas cantidades de dólares en calidad de ayuda militar y convirtieron al Estado colombiano en el principal receptor mundial de dinero *yankee* para asuntos de esa índole, después de Israel y Egipto. Sin embargo, es sabido que las colaboraciones en la geopolítica nunca son desinteresadas: el empréstito lo erigió como aliado de la superpotencia y como gendarme regional ante la flamante Revolución Bolivariana de Hugo Chávez, y la dirigencia local acató una serie de postulados represivos para combatir a los rebeldes. Como si no fuera poco, miles de soldados estadounidenses desembarcaron para brindar asesoramiento policial, legislativo y judicial y, de paso, para controlar de cerca las siete bases aéreas, navales y terrestres diseminadas a lo largo y ancho del territorio.

—Puedes ir al centro, pero anda atento.

Afuera, a metros del estadio Atanasio Girardot, la rutina parece intentar desarrollarse con normalidad, continuar con sus procedimientos domésticos sin alteraciones. La atmósfera, de todos modos, revela una sensación distinta a la de cualquier otro día. Yo cargo cierta intranquilidad que traslado a todas aquellas personas que me cruzo. En sus caras veo muecas de preocupación. La gente actúa rápido, nerviosa, torpe, como si estuviera en estado de alerta permanente. Sobre la avenida 70, la más dinámica del barrio, los empleados les limpian la cara a los bares tras una noche de excesos y barren las veredas de acá para allá, de acá para allá, aun cuando ya están relucientes desde hace tres lampazos. Son cuerpos presentes en la dimensión física, pero con la cabeza en otro lado. Mientras viajo en el transporte público, nadie me sostiene la mirada por más de dos segundos; la mayoría lleva los ojos perdidos en dirección hacia el piso. Muchos me evaden preguntas sencillas o se desligan con monosílabos incoherentes. Lo que sucedió a más de cuatrocientos kilómetros cayó como un balde de agua fría sobre los medellinenses. «La ciudad de la eterna primavera» perdió sus colores vibrantes y me recibe con un triste otoño.

Resignado por la indiferencia de mis compañeros de vagón, sobrevuelo Medellín en el metro, el único sistema ferroviario urbano del país, y trato de reconocer los contrastes de la segunda área metropolitana más grande de Colombia. En la zona baja del valle de Aburrá, donde se asentaron las oficinas de varias empresas locales y extranjeras, la formación se eleva y serpentea entre altos y modernos edificios. A la periferia, sobre las pendientes de las montañas, fueron confinadas las barriadas, que se abalanzan sobre el centro y desafían el trazado que nunca fue planificado. Es que los más de tres millones de habitantes exceden el área original sobre la que los españoles —judíos perseguidos por la Inquisición— fundaron la ciudad en 1616. Todo comenzó a orillas del río homónimo, donde los colonizadores se repartieron pequeñas parcelas y labraron la tierra motivados por un espíritu de autosuficiencia. La prosperidad de los cultivos atrajo pobladores y aumentó paulatinamente el predominio de la villa en la región, hasta que en 1826 la nombraron capital del departamento de Antioquia. Al inicio del siglo xx, la llegada del ferrocarril y el auge de la producción cafetera potenciaron su crecimiento y los propietarios conformaron una incipiente burguesía que invirtió en la industria textil. La crisis de 1930 terminó de configurar la fisonomía actual: los campesinos, ante la caída del mercado de los productos primarios, emigraron en busca de nuevos trabajos y desordenadamente anexaron sus asentamientos en los alrededores de la urbe. Con el devenir del tiempo, esa mano de obra barata que felices hacía a los capitalistas empezó a alborotarles el estado de las cosas.

—¡Circulen! ¡Circulen!

Bajo en San Antonio, la estacional principal del sistema, donde se conectan tres líneas y miles de ciudadanos, desde los empleados estatales hasta los vendedores ambulantes, pasando por los comerciantes y los funcionarios. Pero los que dominan la escena son los de uniforme: impiden el amontonamiento a los gritos limpios e intimidan luciendo altivos sus armas de fuego. Los medellinenses, mientras yo miro atónito semejante exhibición de poder, ignoran totalmente su presencia. Con el paso de las horas, parecen haber olvidado la noticia que es tapa de todos los medios nacionales. Contemplo que también puede existir otra opción: acostumbrados a la violencia durante décadas, desarrollaron la capacidad de ocultar bajo la alfombra las desgracias y colocarse una careta para no fallarle al estereotipo alegre que divulgaron sobre ellos los

blogs de viajes. Cuando el sol alcanza el cénit, el tráfico vehicular ya da la sensación de que el ambiente ha vuelto a su ritmo ordinario. Ahora suenan bocinas que rompen el silencio triste de la mañana, y yo camino un poco más animado, aunque sin tener idea de hacia dónde voy.

De la ciudad no sé mucho más que su historia turbulenta, pero desconozco cuáles son sus atractivos indispensables, qué actividades puedo hacer, la ubicación de su monumento más icónico. ¿A dónde tengo que ir? Quizá deba retomar poco a poco el compás de la civilización y encontrarme en ella, después de pasar la mayoría de los días previos en incomparables parajes donde el hormigón apenas asoma y la naturaleza inunda el paisaje. Doy pasos lentos, sin un rumbo en concreto, y miro para todos lados. Desconcertado, pienso en la motivación que me llevó hasta acá. Si no hay algo en particular para ver, ¿qué hay? Me cuesta recordarlo, obstinado con la absurda idea de que debe de haber un espacio físico al que fotografiar. Después de adentrarme por unas cuadras de forma aleatoria, lo entiendo cuando me topo con una clase que, con un entusiasmo asombroso, baila salsa en un gimnasio de ventanales transparentes enormes. Las baldosas desde donde yo me deleito laten a causa de la música. El cantante se enorgullece de ese rincón del mundo donde vio la luz y le regala una incontable cantidad de calificativos como si fuera su amada pareja. Eso buscaba en Medellín: un destino para vivir, para experimentar su cultura, para aprehender su idiosincrasia. Si bien tiene sus puntos destacados, no preciso urgentemente dirigirme hacia ningún lugar; solo necesito vagar, dejarme llevar, perderme por ahí, disfrutar el camino.

—Trata de evitar el tema —me recomendó Cindy, la recepcionista.

Yo cargo con unas vagas nociones, y todas coinciden en un factor: la violencia. Y cuando pienso en ese concepto maldito, se me personifica en alguien puntual: Pablo Emilio Escobar Gaviria. El carismático y siniestro personaje fue el principal responsable de darle a la ciudad una fama internacional de la que carecía hasta su aparición: a partir de mediados de los ochenta y por alrededor de veinte años, el mundo la reconoció como la más violenta del planeta. En esas épocas oscuras, los neutrales esquivaban balas, no tenían tiempo para disgustarse por la etiqueta, pero hoy son tajantes cuando se les habla de aquel entonces. Yo presencio la mezcla de sufrimiento y enojo que les provoca el turista que anuncia,

fascinado, que los llevó hasta allí la serie *Narcos* de Netflix. La otra cara de la moneda —insensible o astuta, cada uno juzgará— le saca el jugo a esa innegable realidad. Algunos oportunistas han visto en la avalancha de interesados un negocio: de la misma manera que las agencias ofrecen un paseo por los edificios gubernamentales, estos invitan a un recorrido por los lugares más emblemáticos que pisó el rey de la cocaína —entre ellos, el tejado donde lo agujerearon a balazos—. ¿Y sus familiares? Uno podría deducir que rechazan esa práctica firmemente, pero sucede todo lo contrario: se prestan para el *show* y reciben visitas. A veintiséis años de su caída, el fantasma de Pablo Escobar deambula entre la glorificación de un Robin Hood y la abominación de un villano.

Entre las tantísimas y variadas opciones, de un lado y del otro de la mecha, que existen para asomar la nariz en la controversial historia medellinense, opto por visitar el museo Casa de la Memoria, que se presenta a sí mismo de una forma convincente: «un proyecto político, pedagógico y social, incluyente y representativo», que procura contribuir a través de «escenarios de diálogos abiertos y plurales, críticos y reflexivos, a la comprensión y superación del conflicto armado y las diversas violencias» de la ciudad, del departamento y del país. Fue creado en 2006 a partir de una iniciativa de la Alcaldía con la participación de diversas subjetividades: las víctimas, los victimarios, los testigos y los actores sociales y políticos que han conducido los hechos hacia uno u otro camino. Algo me dice que es el sitio indicado para hurgar mejor en un entramado tan complejo, complejo por la vigencia que mantiene y por la cantidad de aristas y perspectivas que presenta en relación con las miradas que lo analizan. Me entusiasma la idea de que los propios protagonistas me cuenten sus vivencias, en lugar de leer artículos escritos desde la comodidad de un escritorio a kilómetros del escenario sobre el cual hablan. Y eso que pasar horas en un museo no es una de mis actividades favoritas cuando viajo. Por lo general, las exposiciones están cargadas de demagogia, de pragmatismo, de descripciones políticamente correctas, que no se la juegan por una postura en el asunto, sino que, en busca de atraer a una masa heterogénea de visitantes, quieren quedar bien con todos y cuentan las cosas por la mitad.

Este museo se sale de la norma. Incorpora las voces de los buenos, de los malos y de los tibios; pinta sus paredes de blanco y de negro, pero

también pasa por toda la escala de los grises; amplifica las voces que desde siempre fueron acalladas: mujeres, niños y ancianos, comunidades indígenas y afrodescendientes, diversidades sexuales y de género. Todos ellos, retratados en una pared, con miradas profundas, inquisidoras, sin muecas de alegría en sus rostros, anticipan la esencia de la muestra *Medellín: memorias de violencia y resistencia*. El cuadro está acompañado por una frase de Estela de Carlotto, pronunciada en la Cumbre Mundial de Arte y Cultura para la Paz de Colombia, en 2015: «No hay nada mejor que convertir el dolor en una lucha positiva, que despeje nuestras dudas y que asegure para futuras generaciones que esto no va a volver a pasar». Algo sabrá ella... La exhibición se plantea interpelar, no a través de números puros y duros —aunque los hay—, sino desde los pequeños ritos cotidianos que el conflicto suprimió: el sabor de un plato favorito, la caricia de la brisa por la mañana, la voz chillona de los más chicos, el olor de la casa habitada, la tranquilidad de una familia segura y completa. Es una propuesta audaz, didáctica, multisensorial, que busca que el visitante se sienta parte del relato, se emocione, genere empatía y reflexione.

—Teníamos un jardín con hortensias, dalias, auroras, cartuchos, aguacates, naranjos y limones. Los niños me decían que les parecía una pesadilla dejar la casa, dejarlo todo.

—Nadie nos despidió; los familiares, los vecinos y los amigos no tuvieron valor para decirnos adiós.

Las voces, con distintos timbres y tonadas, hablan desde un espejo, donde se imprimen sus palabras y donde mi cuerpo también se refleja: yo soy parte de la experiencia. Las cifras difícilmente puedan causar la conmoción que generan los relatos, en carne propia, de los impactos intangibles en la cotidianeidad de los habitantes. Y las piernas tambalean un poco más con las definiciones de niños antioqueños que el escritor Javier Naranjo y otros maestros recogieron en el libro *Casa de las estrellas*:

—Distancia es cuando alguien se va de alguien.

—Guerra: gente que se mata por un pedazo de tierra o de paz.

Representados por fichas de dominó cayendo en hilera, los líderes comunitarios son otros que sufrieron el acoso de la época, que bien

escenificó Gabriel García Márquez, jugador destacado de la izquierda latinoamericana, en su pueblo ficticio de *Cien años de soledad*:

En la noche, después del toque de queda, derribaban puertas a culatazos, sacaban a los sospechosos de sus camas y se los llevaban a un viaje sin regreso. Era todavía la búsqueda y el exterminio de los malhechores, asesinos, incendiarios y revoltosos del Decreto Número Cuatro, pero los militares lo negaban a los propios parientes de sus víctimas, que desbordaban a la oficina de los comandantes en busca de noticias. Seguro que fue un sueño —insistían los oficiales—. En Macondo no ha pasado nada, ni está pasando ni pasará nunca. Este es un pueblo feliz. Así consumaron el exterminio de los jefes sindicales.

En cuanto al ámbito académico, fue Héctor Abad Gómez, luchador por los derechos humanos, pájaro cantante que todavía vuela por los aires, quien se pronunció en contra de los grupos paramilitares, en 1987, poquito antes de que lo asesinaran y firmaran la muerte de uno de los personajes más reconocidos durante el conflicto:

La Universidad está en la mira de quienes desean que nadie cuestione nada, que todos pensemos igual: es el blanco de aquellos para quienes el saber y el pensamiento crítico son un peligro social, por lo cual utilizan el arma del terror para que ese interlocutor crítico de la sociedad pierda su equilibrio, caiga en la desesperación de los sometidos por la vía del escarmiento.

Una mesa presenta un puñado de cada recurso de la naturaleza que fue afectado por el arrollador conflicto que no discriminó nada de lo que se le interponía; a su lado, unas manos —sus sombras— sueltan artículos de labranza, como lo han hecho por todo el país millones de campesinos desterrados. El pluralismo político, en una sociedad históricamente bipartidista, está graficado en la célebre frase de Voltaire: «Estoy en desacuerdo con lo que dices, pero defenderé hasta la muerte tu derecho a decirlo», y múltiples combinaciones entre la piedra, el papel o la tijera llaman a fortalecer la cultura democrática. Más allá, unos trozos de distintas telas, de diferentes colores y texturas, aluden a la problemática de crímenes por discriminaciones y prejuicios: «La libertad de decidir la opción sexual y el género despliega todas las tonalidades de cuerpos, atracciones e

identidades». Entre tantas propuestas originales, la representación más movilizante es una ruleta que simboliza la fortuna en medio del conflicto, los caminos que azarosamente la vida logra o no tomar entre la guerra: giro el instrumento y un obrero recibe un balazo a la salida de la fábrica, repito el movimiento y un almacenero refugia a un estudiante que escapaba de una emboscada, lanzo nuevamente y un padre consigue mudar a su familia al exterior, pruebo una vez más y un atentado acaba con un flamante matrimonio que disfrutaba la tarde en un centro comercial.

La cronología de los sucesos en el museo está dividida en cinco períodos:

- 1946-1958: Violencia bipartidista y régimen militar;
- 1958-1974: El Frente Nacional y las guerrillas revolucionarias;
- 1974-1994: Narcotráfico, expansión guerrillera y surgimiento paramilitar;
- 1994-2005: Degradación del conflicto y crisis humanitaria;
- 2005-hoy: Desmovilización, reconfiguraciones armadas, diálogos de paz y posconflicto.

Sin embargo, la historia personificada pega más que los datos frívolos. Un abuelo se proyecta en una pantalla digital y cuenta eufórico, con gesticulaciones ampulosas, la desesperación que sintió el mediodía en el que, sin saberlo, vio a dos amigos partir para siempre. Una adolescente clava su mirada en mí y me explica cómo huele el aire cuando la pólvora que dejan unos balazos cruzados corta los aromas de un comedor infantil. Algunos protagonistas prefieren mantenerse ocultos y me susurran al oído, a través de una cerradura, los instantes que dejaron de respirar adentro de un armario para que no los encontraran, la última vez que sintieron el contacto físico con sus seres queridos antes de que les fueran arrancados delante de sus narices, los destellos irreconocibles pero intimidantes que surcaban el cielo de sus noches más negras, los aullidos lastimosos de perros pordioseros que escuchaban en la madrugada desde sus camas, la sensación de que cualquier despedida podía ser la última. En otra sala, totalmente oscura, lo único que ilumina la escena son unas alegres fotos a color: celebraciones familiares, cumpleaños, casamientos... de repente, se apagan; tras unos segundos, vuelven a encenderse, con un detalle: todo se torna blanco y negro, excepto una persona, que permanece pintada. Por

homicidio o desaparición forzada, ya no está. Aún mantiene la sonrisa, inmortalizada en el recuerdo: así lo prefirieron los familiares presentes en las imágenes que ayudaron a construir ese memorial desgarrador que me eriza la piel.

El inicio de este cruento proceso que ha padecido Colombia podría fijarse en el Bogotazo, la furiosa reacción popular al magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán, líder liberal y muy probablemente futuro presidente, en 1948. A la rivalidad bipartidista se le sumó, con el ejemplo de la Revolución cubana en el horizonte, la lucha armada de las guerrillas rurales campesinas, bajo la influencia del Partido Comunista. Contra la represión del Ejército, las bases fueron organizando sus estructuras, guiadas por los ideales antiimperialistas y tercermundistas que difundían los escritores intelectuales de la época como Ernesto Guevara, Frantz Fanon, Jean-Paul Sartre y Régis Debray. El derecho al uso de la fuerza estaba legitimado por la violencia institucionalizada que históricamente ejercieron los sectores dominantes sobre los oprimidos, un postulado de la literatura política sesentista que afectó a toda Latinoamérica. Fue tal el poder que consiguieron los movimientos revolucionarios y contrarrevolucionarios que, ante la ausencia de las instituciones del Estado, lograron conformar gobiernos autónomos paralelos dentro del territorio. A partir de los ochenta el enfrentamiento se vio potenciado por la injerencia de los cárteles de la droga, que ya no discriminaban ideologías rivalizadas. «El narcotráfico tiene relación con guerrillas, milicias y sectores de la Fuerza Pública, eso en buena medida explica la magnitud que alcanzó el conflicto armado de la ciudad», señaló Marta Inés Villa, parte del Centro Nacional de Memoria Histórica que redactó el informe «Medellín: memorias de una guerra urbana». Según la investigación difundida recientemente, seis de cada cien personas fueron afectadas directamente entre 1980 y 2014: por causa de asesinatos selectivos, bombas en lugares públicos, aniquilamiento de líderes de izquierda y defensores de derechos humanos, secuestros, masacres de pandillas y otras modalidades, se contabilizaron 132 529 víctimas de 2 184 000 habitantes, pero el número podría aumentar si se tuvieran en cuenta los implicados indirectos y si se hubiesen denunciado todos los casos que realmente sucedieron en la ciudad.

—¡Amigo, amigo! —Un pibe se acerca a ofrecerme algo.

—No, gracias, che —le respondo rápidamente. Sospecho de qué se trata, ya me pasó esta secuencia en otros lugares del país.

—Aaah, ¿argentino?

—Sí, sí.

—Mirá que tengo la del Diego, che. —Remarca el vocativo.

—Paso, yo soy de Riquelme.

Entre el Palacio de la Cultura y el Museo de Antioquia, la plazoleta de las Esculturas es uno de los puntos de encuentro icónicos de Medellín. Esta tarde pisan fuerte las botas militares, pero los *dealers* no pueden darse el lujo de perder una jornada de trabajo. Pillos, se escabullen entre los uniformados, encuentran la forma de pasar desapercibidos y ofertan en voz baja los estupefacientes más variados. Mientras tanto, la gente ya no está aterrada e inmortaliza sus sonrisas junto a las veintitrés voluptuosas obras del artista local más reconocido de la ciudad. Las *gordas* y otras figuras, hechas de bronce por Fernando Botero, arden al calor de los rayos, que tiene a los visitantes sedientos y aplacados bajo la primera sombra que encuentran. En la altura, el tren hace vibrar la estación de Berrío, que parece una nave espacial desde abajo, donde se instauró una especie de galería con locales. La zona comercial es muy movida, llena de vida, bochinchera: se venden empanadas rellenas y camisetas de fútbol, se arreglan celulares y cualquier artefacto electrónico y se predica la Palabra del Señor. A los medellinenses ya no los encierran las noticias terribles como la de esta tarde; por el contrario, adoran celebrar reuniones en los espacios públicos.

Quizá hayan encontrado refugio en la religión, que profesan ostentosamente en las expresiones divinas que utilizan y en los colgantes que portan. De hecho, cuando paso por el parque frente a la basílica Nuestra Señora de la Candelaria, un pastor que habla a través de un altoparlante ha logrado atraer fácilmente a un numeroso grupo de personas que lo escuchan hipnotizados. De inmediato recuerdo a Camilo Torres, otro de los locales que más notoriedad tomó durante el conflicto armado: lo imagino sacudiendo todos los esquemas mientras anuncia que se une a la lucha violenta. El sacerdote y sociólogo tomó esa decisión, impensada años antes, después de la

Conferencia Episcopal que hospedó Medellín en 1968, convocada sobre las bases del Concilio Vaticano II y de la encíclica *Populorum Progressio*, documentos innovadores con vistas en el desarrollo integral del ser humano y en contra de la explotación de los países «subdesarrollados». De los ciento veinte obispos latinoamericanos que acudieron a la reunión, dieciocho le dieron vida al Manifiesto de los Obispos del Tercer Mundo, en el cual reafirmaron su compromiso con la realidad social y se inclinaron por la Teología de la Liberación, una corriente irruptora para la institución eclesiástica. Este cristianismo revolucionario tuvo en el colombiano a uno de sus referentes más icónicos, que se sumó a las filas del ELN y lo justificó sin tapujos:

En la estructura actual de la Iglesia se me ha hecho imposible continuar el ejercicio de mi sacerdocio en los aspectos del culto externo. La comunidad cristiana no puede ofrecer en forma auténtica el sacrificio si antes no ha realizado, en forma efectiva, el precepto de amor al prójimo. Como sociólogo, he querido que este amor se vuelva eficaz mediante la ciencia y la técnica. analizando la sociedad de mi país me he dado cuenta de la necesidad de una revolución para poder dar de comer al hambriento, de beber al sediento; para vestir a los que están desnudos y para realizar el bienestar de nuestro pueblo. Estimo que la lucha revolucionaria es cristiana y sacerdotal. con todo, es una labor que riñe con la disciplina de la iglesia actual. No quiero faltar a esa disciplina, pero no quiero traicionar a mi conciencia. Por ello he pedido al cardenal me libere de las obligaciones clericales para poder servir al pueblo en el terreno temporal.

La Iglesia católica hoy continúa ejerciendo un rol clave en la vida política del país. Así lo demuestra el hecho de que haya sido convocada a la mesa de negociaciones entre el Ejército de Liberación Nacional y el Estado, como también lo fue en el proceso de paz con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia. Sin embargo, consultado por la cadena alemana para el extranjero *Deutsche Welle*, el padre Darío Echeverri, coordinador de la Comisión de Conciliación Nacional, marcó una diferencia entre ambos diálogos: «El ELN es más pequeño que las FARC, pero tiene otra concepción de la política, de la democracia y de la sociedad. Esa es una de las grandes dificultades: con las FARC, se negoció con el equipo negociador en La Habana; con el ELN, se va

a negociar y se tiene que ir consultando a las bases. Es un grupo más federado; el otro es más centralista, más vertical».

—¡Vamos! ¡Descálzate y anímate!

En el parque de los Pies Descalzos, por ejemplo, me invitan a sentarme alrededor de una fuente y a relajarme en contacto con el agua mientras una tierna abuelita narra un cuento para niños y no tan niños. Gracias a las innovaciones arquitectónicas se ha recuperado, en parte, la vitalidad de Medellín; los edificios se destacan por sus osadas fisonomías y juegan un papel importante en la resocialización de los ciudadanos, en la victoria que significa poblar nuevamente las calles sin miedo, compartir y fortalecer lazos con los vecinos tras décadas de desconfianza. También el Pueblito Paisa, réplica de un típico poblado antioqueño en la cima del cerro Nutibara, es hoy un sitio al que acuden para esparcirse, al tiempo que rememoran las ricas tradiciones de la región cafetera, cuna de origen del producto colombiano por excelencia. El símbolo de la resurrección de la ciudad, sin embargo, no se encuentra en el centro administrativo, sino en las afueras, tambaleando sobre una ladera. Allí, a principios de este siglo, un mar de casitas humildes con bajadas y subidas y pasillos laberínticos, de aspecto similar a una favela de Río de Janeiro, servía de refugio para las milicias urbanas de las guerrillas. Entonces, en el marco de la política de seguridad democrática, el presidente Álvaro Uribe lo señaló como el escenario de combate donde vencer definitivamente a las organizaciones armadas. Alentado por la DEA (la Administración para el Control de Drogas, estadounidense), entre el 16 y el 19 de octubre de 2002 le dio vía libre a Orión, la más grande operación militar urbana que ha tenido lugar en Colombia, con el objetivo de que las fuerzas públicas recuperaran el control de la zona.

—La incursión fue en la madrugada. Llegaron. Se sintió una presencia fuerte de personas caminando por los senderos, por las vías, y sacando personas de las casas. Cuando nos dimos cuenta de eso, lo que hicimos en ese momento fue resguardarnos debajo de las camas, esperar y rogarle a Dios que no nos pasara nada —recordó Martha Cecilia Rugeles, sobreviviente de la avanzada, en una entrevista con *La FM*.

Hay una imagen tomada por el fotógrafo Jesús Abad Colorado que significa mucho en el contexto de lo que se vivió durante esas jornadas. Un

vecino de remera blanca sale de su casa y se para tieso delante de la puerta, quizá como cualquier día, pero algo lo perturba. Delante de él, por la calle, no corren niños divertidos; en cambio, una decena de soldados de las Fuerzas Antiterroristas Urbanas, camuflados, caminan y apuntan sus armas largas en todas las direcciones. La fila está encabezada por el único uniformado que lleva el rostro tapado por una capucha solo deja a la vista sus ojos— y levanta un fusil: su mano derecha, que señala, delata, dictamina la persecución de alguien, un sospechoso que inmediatamente pasa a ser un sentenciado. Ese fue el principal *modus operandi*, traicionero, con el cual se realizaron cerca de ciento cincuenta allanamientos y se capturaron más de trescientas personas.

—Cuando ya aclaró el día, los grupos que estaban presentes en la zona empezaron a hacer un proceso de defensa. Unos y otros, de manera indiscriminada a toda la población civil, sin distinguir al uno y al otro, empezaron a disparar. Luego, con un helicóptero empezaron a rodear la zona, a hacer disparos. Ahí fue donde cayeron una cantidad de civiles inocentes en ese objetivo militar que era recuperar la zona. Y lo lograron, pero ¿a cuenta de qué? —continuó la participante de Mujeres caminando por la verdad, un colectivo que lucha por el esclarecimiento del número de víctimas y por la búsqueda de aquellos familiares que no fueron identificados como fallecidos.

El despliegue de mil quinientos efectivos dejó un saldo de trescientas personas desaparecidas y ochenta civiles asesinados, entre los que se encontraban ajenos al conflicto, por lo que hasta el día de hoy el grupo femenino pide justicia al Estado. Para las autoridades, en cambio, el resultado fue el triunfo de la institucionalidad. También hubo un efecto colateral que, de cierta manera, perdura hasta la actualidad: la estigmatización del barrio y sus vecinos. Contra esa etiqueta lucha el que fue el vecindario más peligroso de Medellín y hoy es la atracción a la que todos los viajeros quieren llegar.

—Nosotros nacimos aquí y queremos mostrar la otra cara.

Apenas uno baja del bus, en la entrada a la bulliciosa comuna, un mural simboliza su presente: de una colorida *mandala* florecen plantas y la palabra *vida*. Al vistazo inicial, ya es toda una declaración. Es el primero de muchos grafitis, y todos tienen un porqué intrínseco, significativo: hay

rostros humanos que renacen entre rasgos de la naturaleza, grandes frases inspiradoras o pequeñas palabras que alguna mano dejó al azar, amistosos animales, nombres de seres queridos que ya no están y recuerdos de un pasado desgraciadamente inolvidable. Otras paredes no están decoradas, pero sí lucen colores alegres: esa fue una de las tantas medidas que tomó la Alcaldía para devolverle la energía al barrio. En algunos lugares se ve el escudo del Deportivo Independiente de Medellín, uno de los equipos de fútbol de la ciudad, pero también huellas de balas en los ladrillos aún descubiertos, lo que hace recordar que, a pesar de las mejores actitudes, el escenario todavía convive con vestigios de la muerte.

—Yo presencié ese disparo. Es un recuerdo que nunca pude borrar —señala y dice, seco, sin preámbulos, Aníbal, uno de los guías nacidos en el lugar.

Él y su novia nos llevan por las calles que gatearon desde bebés y van saludando a todos los que se nos cruzan. Al parecer, las sensaciones de los vecinos son dispares. Algunos, a los que les gusta nuestra visita, nos dan la bienvenida sonrientes; otros, que insultan el estorbo que resultamos ser, evidentemente la rechazan. Quizá por eso se recomienda entrar acompañado. Los gringos sujetan sus carteras bajo la axila exageradamente y llevan sus mochilas abrazadas en el pecho, andan pegaditos de a dos o tres, cuchichean advertencias constantes y se alarman ante el paso de cualquiera que se les aparece de repente. A diferencia del centro administrativo, tal vez las autoridades concluyen que en el barrio no es necesaria la presencia de agentes de seguridad. Al fin y al cabo, estos no la merecen, pues les han dado protección a los violentos. O puede suceder que los cables de las cámaras de la televisión no lleguen hasta tan lejos y por eso no valga la pena armar un montaje de película.

—Muchas veces no vienen porque la gente los mira con recelo. Lo que pasó sigue muy presente. Están en la entrada generalmente, y si quieren pasar, mejor que lo hagan con una figura reconocida del barrio.

El asentamiento alcanza unos cuantos pisos, que están comunicados por unas largas escaleras eléctricas colocadas por el Gobierno para dinamizar la circulación y, obviamente, para propiciar la llegada de extranjeros. Mientras todo el grupo se mueve compacto, yo intento romper la formación y alejarme, con la esperanza de interactuar con

algún local. Quiero salirme del circuito turístico y ver qué actitud toman para conmigo. Poco le gusta a Aníbal, que se desespera y me reta por no obedecer su ley primera cuando ve que me acerco a unos adolescentes que exhalan humo reunidos alrededor de unos bancos. Me causa curiosidad que ni él confíe en sus coterráneos. Los más pequeños gritan risueños, corretean, patean la pelota, se tiran por un tobogán y andan en triciclos y bicicletas. Mi ingenuidad sentencia que seguramente ellos no saben cómo ha sido la traumática infancia de sus padres o hermanos mayores, pero a mí me alienta verlos jugar con inocencia y despreocupación. Arriba otros jóvenes entusiastas, equipados con un potente altoparlante, bailan hip hop, cantan al unísono y animan a un público espontáneo que aplaude y vitorea al ritmo de la música. Mientras ellos son inmortalizados por las lentes gracias a las piruetas que realizan en el suelo, las letras aprovechan la atención para reivindicar la cultura de su vecindario y contar las vivencias que en los medios difícilmente se publiquen. Desde lo más alto, al borde del precipicio, la Comuna 13, que alguna vez estuvo cerca del infierno, en este instante armónico y perfecto ve el cielo, a orillas del cerro, con otros ojos, desafiantes, optimistas, y avisa a los gritos que ni Medellín ni Colombia son tierras violentas, sino violentadas.

Cable a tierra

—Zapatillas y ojotas, un solo pantalón y una malla, dos remeras (la de Boca y la de la Argentina) y un buzo para cuando refresque a la noche, dos pares de medias y dos calzoncillos. Gorra y anteojos; protector solar, manteca de cacao y repelente; toalla y jabón, cepillo y pasta; un bidón de cinco litros y una botellita; dinero en efectivo, el pasaporte, la entrada al parque y el certificado de la fiebre amarilla. El cargador que va a la pared y el inalámbrico. Bolsas de plástico. Termo, mate, bombilla y yerba. Latas de atún, galletitas de agua y hay que comprar fruta a la pasada. Un cuchillo y un tenedor... Todo eso en esta mochilita nada más. —Suelto un fuerte suspiro cuando termino el repaso. Estoy preocupado, ansioso, excitado, todo junto.

—Con eso deberías de andar bien para tres días, hijo.

En un español claro, la dueña del *hostel*, una señora francesa pálida, delgada y dientuda, me da el visto bueno —que yo estoy buscando, sin manifestarlo explícitamente— como si fuera mi madre. «*Oui*», exclama mientras enumero mi equipaje en voz alta, para hacerme saber que me está presentando atención. Se asentó hace unos años en Santa Marta por culpa de un amor de verano y, a pesar de que él la abandonó por un nuevo puerto, le tomó tal cariño al viento tropical —que en este momento le revolea la ropa del tendal— que no pudo marcharse. Desde entonces se dedica a hospedar a jóvenes que simplemente quieren hacer base en la ciudad para luego adentrarse en la selva: bien sabe de esa búsqueda particular y tiene preparado un cuarto especial para guardar las mochilas grandes que usualmente llevan los viajeros en sus caravanas, ya que se hace imposible cargar con ellas durante las largas caminatas que les esperan.

En la mañana siguiente, después de desayunar como si se tratara de la última vez que comeremos gustosamente durante días —efectivamente, así será—, nos encaminamos con Pame hacia el mercado público, donde tomaremos el bus para el Tayrona. Todavía nos falta cambiar dólares por pesos colombianos, llenar el bidón con un *sachet* de agua cuya existencia

nos sorprendió la noche anterior y comprar frutas varias en los carros que circulan por doquier. Por comodidad, elegimos bananas, mandarinas y manzanas. Ya nos daremos el lujo de comer ananá en Cartagena, nos lo prometimos. Cuando llegamos al punto de encuentro, ardientes por un sol abrasador, no hace falta preguntar demasiado. En fila, desde la esquina, unos tres colectivos se alistan para partir: los choferes esperan en su posición, con el pie en el acelerador y las manos en el volante, y sus asistentes interceptan a cuanta persona con pinta de mochilero ven venir. Nos meten a los empujones —somos los necesarios para llenar los últimos asientos—, y detrás nuestro sube un rapero que improvisará rimas con cada uno de los pasajeros y animará el trayecto durante unos quince minutos.

—Bueno, si nos olvidamos algo, ya está. Empieza la aventura.

Salimos por la carretera troncal en dirección a la desértica región de La Guajira. A nuestra derecha, la Sierra Nevada, la cordillera costera más alta del mundo, que alcanza los cinco mil setecientos metros en tan solo cincuenta y dos kilómetros. A nuestra izquierda, unos espesos metros hacia adentro, el legendario mar Caribe. Todo corresponde al Parque Nacional Natural Tayrona, un fiel exponente de la biodiversidad colombiana, con diecinueve mil hectáreas y varios ecosistemas: litoral rocoso, pastos marinos, manglares, lagunas, matorral espinoso, arrecifes coralinos, bosques nuboso, húmedo y seco. Cuando dejamos atrás las últimas casitas de la ciudad y ya no puedo observar el comportamiento matutino de los vecinos, le devuelvo a Pame el auricular que me compartió —escucha relatos de Eduardo Galeano— para entablar una conversación con Víctor, que se nos unió en el *hostel*: de dónde sos, qué estudiaste, a qué te dedicás, de dónde venís, a dónde vas, preguntas de protocolo típicas entre los viajeros. Coincidimos en algo: existe en nosotros cierto misterio acerca del parque, no tanto por los relatos que lo nombran, sino por la falta de información sobre la estadía que nos espera allí. Apenas bajamos del bus luego de una hora, justo en el momento que me cae la primera gota de sudor, una mujer se presenta como guía oficial y nos enseña un rudimentario mapa del lugar, sobre una rudimentaria mesa de plástico, bajo una rudimentaria casilla. Después me daré cuenta de que la escena nos está advirtiendo algo. Lo que en un principio parece un consejo desinteresado se convierte en una oferta que debemos aceptar casi obligatoriamente.

—Les recomiendo este *camping*, el de don Pedro Bermúdez. Y les recomiendo que reserven ahorita mismo. Adentro puede ser que lleguen y ya no haya disponibilidad.

Es una negociación en condiciones desiguales, pues nosotros no sabemos demasiado. Por lo poco que leí, tengo entendido que no es así el procedimiento, que uno llega y probablemente consigue un lugar donde quiera, sin la necesidad de intermediarios. A regañadientes, pagamos: unas hamacas en lo de don Pedro. Después de evitar otras promotoras —curiosamente, todas oficiales— y vendedores de agua y frutas —que recuerdan, amenazantes, que adentro los precios sufren hiperinflación—, empezamos la travesía faltándole el respeto a su esencia: pagamos por una miniván que nos acerca al inicio del recorrido. Una vez que bajamos, con algo de culpa, nos proponemos entregarnos por completo a la naturaleza. El camino está marcado por pasarelas de madera y cuando no, por huellas igualmente útiles para no perderse. En otros tiempos, esos senderos fueron parte de las vías de comunicación entre los pueblos indígenas, que se refugiaron en lo alto de la montaña luego de pelear por sus tierras y su autonomía ante la invasión de los españoles. Hoy la selva sigue siendo sagrada y el hogar de cuatro tribus descendientes de los taironas, y cada febrero cierran el paso a los visitantes para realizar una limpieza espiritual del lugar. «¿Has pensado cuál sería el futuro del Parque si se permitiera la construcción de grandes complejos hoteleros y no se respetara la capacidad de carga?». Al cansancio físico, un cartel tallado prácticamente nos suma una reflexión sobre la creación del universo.

A cada paso que doy, mientras intento conjeturar un porvenir invadido por el cemento, me siento observado desde todas las direcciones, pues se supone que la fauna autóctona abunda y yo espero toparme con ella asiduamente. Al final, tan solo nos cruzamos con tres amistosos monitos tití que saltan de copa en copa, iguanas exóticas y cangrejos con grandes tenazas, pero no dejo de imaginar serpientes escabulléndose entre nuestros pies, arañas calculando la cantidad de tela que deben tejer para alcanzarnos, yaguaretés acechando con los ojos clavados en nuestras yugulares y demás —posibles— encontronazos en los que siempre salimos perdiendo. Cada unos cuantos metros frenamos la marcha y agudizamos los oídos con las paradójicas ganas de escuchar a

nuestros probables victimarios. Sin embargo, a nuestro sentido auditivo le falta acostumbrarse a los sonidos de la selva y solamente captamos el canto entrecruzado de distintas especies de pájaros y el rugido de las olas que rompen con furia. El camino, que encuentra paso zigzagueante entre frondosos arbustos y gruesas ramas, nos aleja y nos acerca del mar, al que nos encontramos de golpe, sin aviso, y nos regala una postal pocas veces vista: una playa virgen, de arenas limpias y aguas azules.

Cuando retomamos el interior de la selva, por el mismo camino —una avenida salvaje— pasan personas a caballo, que van dejando su mierda donde nosotros pisamos minutos después. Exhaustos, transpirados, a las puteadas contra el olor nauseabundo, la humedad y los mosquitos, llegamos a un terreno cercado, de frente al mar, que tiene una tranquera abierta y cuya antesala corresponde a una granja superpoblada y hedionda. Sin embargo, para nuestra confusión, exactamente enfrente, hacia el continente, otro campamento se anuncia como «lo de Bermúdez».

—Buen día, señor. Reservamos unas hamacas. —Le muestro un papelito: la factura.

—Acá no es. Este es el camping del pueblo, del Bermúdez bueno. —Bufa, con una voz ronca y resignada.

Nos enteraremos más tarde de que el hombre es el hermano de don Pedro y su competidor en el rubro y de que cobra menos por el mismo servicio. También nos daremos cuenta del ambiente amistoso del que goza. La plusvalía de nuestro obligadamente elegido resulta de la ubicación frente al mar, una posición bien usada para la venta, pero engañosa: unos largos quinientos metros, con la vista al horizonte interrumpida por árboles, solo descaradamente pueden ser contados como una privilegiada cercanía al agua. Más allá de esa trampa marquetinera, su dueño y sus empleados no parecen entusiasmados con sus huéspedes, más bien les rezongan ante cada consulta como si la hospitalidad no estuviera incluida en el alojamiento. A nosotros nos señala nuestras hamacas desde lejos, debajo de un tinglado improvisado, y descubrimos los baños, la duchas y las demás precarias instalaciones cual exploradores descarados. Lo primero que hago es probar la que será mi cama por dos noches: con un gesto de optimismo exagerado, considero aceptable la adaptabilidad de la superficie a mi cuerpo; el único problema quizás es la incómoda posición que debe adoptar la cabeza.

Sin perder mucho tiempo, nos bañamos en un cóctel aceitoso de repelente y protector, reducimos aún más nuestra carga —una botella de agua, una toalla y un libro— y tomamos nuevamente la avenida hacia las otras playas, pues la nuestra no es apta para el baño debido a las peligrosas corrientes marinas que acuden a esa altura: de las treinta y cuatro que hay, solo seis lo son. Sí la disfrutaremos para contemplar, recostados contra un tronco, tomando mate, el atardecer y el amanecer, dos fenómenos que normalmente busco y que, en ese paisaje compuesto, con el mar de frente y la sierra detrás, me dejarán maravillado por la gama de colores pastel y la infinita cantidad de estrellas brillantes que contaré. Por el camino, en el que las hojas de los árboles filtran la luz y se dibujan divertidos patrones, van y vienen personas en busca de su opción predilecta entre las tantas que ofrece el litoral, y me reencuentro con todos los argentinos que conocí durante mis quince días en Colombia. Claro que rápidamente formamos un batallón que se mueve compacto, entre tonadas provincianas, cargadas futboleras y litros de mates. El primer día optamos por la Piscinita, una larga ribera, de agua mansa, pero con una angosta playa y altas palmeras que proyectan una temprana sombra. La calma del escenario nos aplaca, algunos se disponen a dormir una siesta, otros a leer, hasta que el mar dice basta con una ola que se extiende más allá de lo normal y nos agarra desprevenidos. Resulta ser una oportuna alarma: pegamos la vuelta cuando el sol ya se esconde y tenemos que desenfundar nuestras linternas para iluminar el sendero.

Caminamos al borde del trote —las ojotas no son un impedimento en esa desesperada situación—, asustados, en la más profunda oscuridad, rogando no molestar a los cocodrilos o a las otras bestias autóctonas que (estoy seguro) vigilan nuestro paso. Después de unos eternos minutos en los que contenemos la respiración, divisamos una luz artificial: el comedor del campamento dispone de electricidad durante tres horas por la noche. Pero no es un ambiente muy amigable: la novela colombiana al máximo, las cejas fruncidas del dueño y su familia, los precios exorbitantes de los menús, la lucha silenciosa por conseguir enchufes. En cambio, apartada, al costado de la granja, la cocina para los huéspedes es el punto de encuentro de viajeros curtidos y desinteresados por los lujos de la civilización que el horario permite. Una parrilla enclenque, de ladrillos lastimados y una rejilla débil, es el horno donde se cocina una única olla —la más generosa,

aunque no tan grande, de los viejos cacharros que tenemos a disposición—. El comentario común celebra que los lugareños hayan dejado el fuego prendido, pero no hay que descansar en esa comodidad: se necesita buscar más piñas y ramas secas para alimentarlo. El ánimo comunitario del sector, donde europeos y americanos se funden y confunden, ofrece, además de un acercamiento más real a la experiencia salvaje, un solo plato: el que resulta de la combinación de los ingredientes que cada uno puede aportar.

A las pocas horas —la sobremesa se extendió entre debate acerca del lenguaje inclusivo y el reconocimiento de micromachismos colombianos—, nos levantamos pesados por la bomba gastronómica que inventamos. Y el plan de la jornada nos necesita frescos y livianos. Cargamos mucha agua —más para desintoxicarnos que para hidratarlos—, evitamos el abarrotado cabo de San Juan —a la vuelta, cerca del mediodía, nos refrescaremos ahí— y emprendemos la subida a Chairama, un pueblito en la sierra donde habitaron unas tres mil personas y aún hoy subsisten algunas familias. El camino, comido por el paso del tiempo y la naturaleza, es exigente, agobiante, pero motivador por el desafío que representa: si queremos alcanzar la meta, estamos obligados a superar enormes piedras que se desprendieron hace millones de años y a hacer equilibrio sobre gruesos troncos igual de añejos mientras transpiramos asquerosamente y soportamos la picadura de bichos minúsculos. Divisar, a lo lejos, parejas bajitas y morenas vestidas con casacas blancas nos da la señal de que llegamos. Siento la energía del lugar y busco, sin éxito, las palabras exactas para describirla. Tres chozas circulares, hechas íntegramente con elementos naturales, impresionan por su perfecta simetría y conforman junto con el paisaje selvático una postal digna de un documental. En un sector contiguo al residencial, donde no corretean unos pequeños curiosos pero tímidos, la comunidad toda, uniformada, presta su fuerza para ofrendar a la Tierra el pago habitual que le deben. Por supuesto, quiero capturar ese momento, típica primera reacción de un bicho de ciudad.

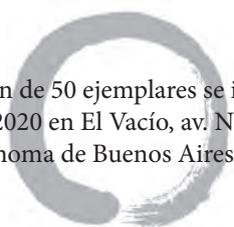
—No foto. —Uno de ellos me reta, evidentemente molesto.

Avergonzado, quito la vista de la pantalla y la pongo en unos árboles. No me queda otra que conectarme con la naturaleza.

Tabla de contenidos

Obsequio de iniciación	15
Recorrido sur	19
Maldita sal	21
Amargo sabor	33
Corazón del diablo.....	39
Descendiente	53
Resistencia eterna	59
Ventana abierta al escenario.....	79
Recorrido norte	91
Mundo a la mitad	93
Migración selectiva	115
Otra mejilla	123
Cable a tierra	143

Esta edición de 50 ejemplares se imprimió
en abril de 2020 en El Vacío, av. Nazca 1851,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.





FACULTAD DE PERIODISMO
Y COMUNICACION SOCIAL

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Un viaje es la ansiedad de los días previos, el armado del itinerario y de la valija, el detalle de los gastos, el repaso final de documentos y de pasajes. Es disfrutar el camino que nos lleva a destino, mirar el paisaje, tomar unos mates e imaginar lo que nos espera al llegar.

Viajar es una experiencia que se vive con todos los sentidos: probar el plato típico, asistir a celebraciones donde disfrutamos de la música local y conocer los lugares más emblemáticos. Así, nuestro «modo turista» se convierte en un pretexto para saber acerca de la cultura de esos pueblos que elegimos visitar.

Fronteras ficticias reconstruye esta excusa y nos invita a descubrir —y redescubrir— las diferencias que existen dentro de América Latina, para desdibujarlas y recuperar, de esta manera, la historia y el presente de un continente que resiste y persiste.

Cynthia Díaz

